



ESCLAVOS DE LA PASIÓN

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

ESCLAVOS DE LA PASIÓN

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

Alexander Lowell entró en el salón y miró a su hija. Su ceño se frunció involuntariamente al ver a Freddy Seymour. No era de su agrado. Era un buen muchacho, pero no tenía carácter. Carecía del temple que él requería en un hombre. Lo único que le importaba era vivir a costa de la fortuna paterna y divertirse.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntó su hija.

—Mejor —respondió con una sonrisa. Caroline era su mayor tesoro. Era dulce, cariñosa y muy bella. Y con un genio de mil demonios, todo el que le faltaba a su admirador.

Freddy se levantó y lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, señor. ¿Se ha enterado? Lord Hallman dará una fiesta para celebrar el compromiso de su hijo. Supongo que irá.

—Sería una descortesía no acudir.

—¿Podré hacerme un vestido nuevo, papá? —dijo Caroline sonriéndole con seducción.

—Naturalmente —contestó Lowell. Era un error malcriarla, pero no podía negarle nada.

—Caroline será la muchacha más hermosa de la fiesta —dijo Freddy mirándola con devoción.

Lowell se sirvió una copa de brandy y se sentó.

—Por cierto, muchacho. ¿Qué sabes de los caballos de Sir Thomas? Dicen que son los mejores del condado.

Freddy alzó los hombros con indiferencia.

—Ni idea. De eso se ocupa papá.

—Deberías aprender el negocio. Algún día, que espero sea lejano, todo pasará a tus manos —le aconsejó su anfitrión.

—¿Para qué? Ya tenemos una verdadera fortuna. Lo mejor que podré hacer es disfrutar de ella, como lo hará mí esposa —repuso dirigiendo la mirada hacia Caroline.

Ella sonrió dichosa al imaginar un futuro lleno de vestidos, fiestas y viajes; mientras su padre pensaba que sería un gran error.

—Tengo entendido que estuviste en casa de Lady Mansery —comentó Allen.

—Sí, señor. Y fue un escándalo. Peter Wilson tuvo la osadía de acudir a la recepción.

—¡Cielos! Su desvergüenza no tiene límites —se escandalizó Caroline.

—Ciertamente. Todos sabían lo que ocurrió entre ellos dos.

—¿Y qué hizo Lord Mansery? ¿Lo echó? —se interesó Lowell.

—Lo recibió con cordialidad. No podía arriesgarse a cometer un alboroto. Estaba presente el consejero real. Así que, todos actuaron como si desconociesen los hechos.

—En Londres la inmoralidad está a la orden del día. Por suerte aquí, en el campo, las cosas son muy distintas —dijo Lowell lanzando un suspiro de alivio.

Caroline, por supuesto, no estaba de acuerdo. A ella le parecía el lugar más aburrido de la tierra y anhelaba poder trasladarse a la ciudad. Pero su padre no estaba bien de salud. Debería esperar a casarse con Freddy.

—No exageres, papá —rió Caroline.

—¡Adelante! —dijo Lowell al oír unos golpes en la puerta.

Scott Darby entró en el salón.

—Señor, debo hablar con usted.

Caroline lo miró con enojo. Ese hombre no le agradaba en absoluto. Siempre con aspecto de disgusto y aires de autosuficiencia a pesar de ser un esclavo. Se paseaba por la casa como si perteneciese a la familia y lo peor de todo era que su padre lo consentía. Sin embargo, todo cambiaría el día que ella tomara las riendas de las posesiones.

—Vamos, muchacho —dijo Lowell alzándose.

Salieron y subieron al despacho. Lowell se sentó tras el escritorio.

—Toma asiento. ¿Qué ocurre?

Scott se acomodó frente a él.

—Ronald se niega a pagar el caballo que se lastimó por su causa. Asegura que no tuvo nada que ver —le comentó.

—Arréglalo —dijo su amo.

—¿A mí modo?

Lowell asintió. Ese chico, a pesar de sus recién cumplidos veinticinco años era realmente eficaz y no se interpondría en sus métodos; puesto que sabía que eran del todo correctos. Jamás tuvo noticias de que fuesen violentos o degradantes para el inculpado.

—Sabes que tienes total libertad en estos asuntos. ¿Algo más?

—Molly acusa a Sarah de haberle robado una gallina. Y la otra de envenenar a su cerdo. Pero no hay prueba de nada de ello.

—Asunto concluido —decidió Lowell haciendo revolotear la mano con cansancio. Esas dos campesinas se odiaban desde la infancia y buscaban cualquier excusa para perjudicarse.

—Sobre los caballos de Sir Thomas, he oído que piensa venderlos a un precio bastante superior al del año pasado.

—¡Dios Santo! ¿Se ha vuelto loco? —Lowell golpeando la mesa con el puño.

—Los valen, señor —aseguró Scott.

—¿Los has visto? —se extrañó su amo. El viejo Thomas los guardaba como un verdadero tesoro y jamás permitía que los ojos de los futuros compradores los viesan antes de ser expuestos.

—Pude infiltrarme en la finca —dijo Scott con una sonrisa—. Tengo amigos. Le aconsejo que compre un semental. Será un dinero nada desperdiciado.

Lowell no sabía como lograba sus informaciones. Era el criado más eficaz que había tenido y no comprendía como un hombre como él había terminado en manos de la justicia por robo. Jamás lo engañó con las compras y la finca marchaba como nunca en sus manos.

—Si ese es tu dictamen, compraré. ¿Has hablado con el abogado?

—Vendrá dentro de una hora.

—Perfecto. ¿Eso es todo?

Scott sonrió divertido.

—El criado de La Condesa Forman ha venido a pedirnos unas semillas de rosal. Su jardín se ha marchitado y se siente desesperada. Por supuesto, en su nombre, se las he entregado.

—¡Mujeres! Solo tienen preocupaciones banales. Prudence moriría sin sus flores. Hasta mí hija, a la que considero inteligente, solo siente interés por vestidos y fiestas; y lo peor de todo por ese imbécil de Freddy.

A Scott tampoco le gustaba. No era el adecuado para esa jovencita testaruda y caprichosa. Necesitaba un marido que la hiciese cambiar. De todos modos, estaba seguro que su señor acabaría por aceptar y Caroline sería una desdichada. Pero eso a él no le importaba. Había visto crecer a la muchacha y jamás lo miró con afecto ni respeto; por lo que le daba lo mismo si no encontraba la felicidad.

—Temo que deberé hacer algo al respecto. No puedo consentir que se case con ese patán —dijo Lowell en un murmullo.

—Caroline... Digo, la señorita, lo hará si se empeña. Ya la conoce.

—Soy su padre y me obedecerá —aseguró Lowell con gesto resuelto.

—¿Seguro? —inquirió Scott acomodándose en el respaldo de la silla.

Su amo soltó un bufido.

—No permitiré que mis nietos sean una replica de ese niño.

Scott rió divertido al imaginar el jardín lleno de pequeños Freddys.

—No le encuentro el lado gracioso —dijo Lowell evidentemente preocupado.

—Deje de inquietarse, señor. Su hija aún es joven para casarse. Solo tiene dieciséis años. Ya habrá tiempo.

El rostro de Lowell se tornó sombrío.

—No dispongo de él, amigo mío.

—El medico dice...

—Ese matasanos no sabe nada. Sé que pronto moriré —lo interrumpió Lowell.

—Señor, se preocupa sin motivo. Es simple agotamiento. Últimamente trabaja demasiado.

—He visitado a otros doctores. Me quedan apenas unos meses de vida, hijo —le confesó con semblante afligido.

Scott lo miró abatido. Lo apreciaba de verdad. Ese hombre era el único que lo había tratado con dignidad, no como a un criminal. Le había otorgado su confianza.

—¿Comprendes mi desasosiego? Caroline se casará con ese mentecato. Si no hago algo pronto, será una desdichada —dijo Lowell.

—Hable con ella —le aconsejó su criado.

—Sería infructuoso. Soy el único familiar que tiene y no podré darle órdenes desde la tumba. Los abogados administrarán la finca, pero no decidir sobre su vida. Se encontrará sola y su desesperación la hará cometer una locura. He de intentar encontrar una solución.

—Seguro que da con ella, señor.

Lowell aspiró con fuerza.

—Así lo espero. Ahora, puedes seguir con el trabajo —lo despidió.

Scott abandonó el despacho y se encaminó hacia las caballerizas, mientras Lowell regresaba al salón.

Freddy continuaba contándole cotilleos de Londres a Caroline y la

estúpida de su hija lo miraba embobada. ¿Pero que veía en él? Era guapo, cierto, pero con una belleza que lo asemejaba a una damisela delicada. No había ni un ápice de hombría en él. Su hija no tenía ni idea de lo que era un hombre de verdad.

Pensó que todo sería distinto si Freddy fuese como Scott, fuerte, atractivo e inteligente. No se opondría a la boda.

—¿Iremos a Londres este fin de semana? —le preguntó su hija.

—No lo creo.

—¡Oh, por favor! ¡Necesito ir! —exclamó ella decepcionada.

—Ya veremos.

—¡Esto no es justo! Todas las chicas van y yo debo quedarme aquí junto a los campesinos.

—Gracias al campo somos ricos. No lo olvides —la regañó su padre.

—Pero soy joven y tengo derecho a divertirme. ¡No quiero quedarme encerrada como mamá! —protestó.

Lowell apretó los dientes. Caroline lo había herido en lo más hondo. Su esposa también se había quejado de la poca actividad social y del destierro al que la sometió lejos de la gran ciudad. Aquello fue motivo de su desdicha matrimonial.

—Lo siento —se disculpó Caroline al ver el semblante doliente de su padre.

—Ella tiene razón, señor. Es joven y...

Lowell alzó la mano.

—Freddy, no es asunto tuyo. Si nos disculpas, tengo que hablar con mi hija a solas. ¿Te importa?

El joven lo miró ofendido. Él tenía todo el derecho a opinar. Sería el esposo de Caroline. De todos modos decidió no contradecir a su futuro suegro. No le convenía enfrentarse a él.

—Como desee, señor. Caroline, nos veremos mañana —dijo abandonando el salón.

—Hija, creo que me he equivocado —dijo Lowell.

—Veo que entras en razón. ¿Iremos a Londres? —dijo Caroline sonriendo.

—No me has comprendido, querida. Me refiero a tu educación. Te he malcriado. He consentido todos tus caprichos y ahora piensas que tienes derecho a hacer lo que te apetece.

Ella sacudió los hombros con indolencia.

—¿Y por qué razón no debe ser así? Somos ricos. Sería una majadería

privarnos de nuestros deseos. ¿Acaso piensas que estaría tan bella sin las joyas y vestidos?

Su padre la miró. Caroline era una muchacha preciosa. Su cabello dorado y ensortijado brillaba como el oro. Sus ojos azules eran nítidos como el mar. Ella estaría igual de hermosa hasta vestida con un harapo.

—No te estoy pidiendo que prescindas de esas cosas —dijo él al fin.

—¡Menos mal! —suspiró ella aliviada.

—Aunque, considero que debes comenzar a madurar. Hay cosas más importantes que el dinero. El futuro...

—No te pongas tan dramático, por favor. Lo único que te he pedido es ir a una fiesta. Además, el porvenir lo tenemos garantizado —lo interrumpió ella con un mohín de despreocupación.

—Por el momento —dijo su padre con gesto circunspecto.

—¿Y no es fantástico? —dijo Caroline con desenfado.

—Hija, estoy hablando de la vida. Jamás consentiría que pasaras penurias, pero tampoco quiero que seas tan frívola. Deseo que seas feliz.

—Y lo seré, papá —aseguró ella.

—¿Con Freddy? ¡Por Cristo! ¿Qué ves en él? —se exasperó su padre.

—Es el marido ideal. Guapo, rico, noble y me ama. ¿Qué más puedo pedir?

—Un hombre de verdad. Ese chico es un irresponsable. Únicamente desea disfrutar.

—Lógico. Tiene mucho dinero.

Lowell se impacientó.

—¿Y deseas pasar el resto de tu vida con un parásito como ese? Caroline, mientras yo viva, no permitiré que te cases con él.

Ella se levantó enfurecida.

—¡Lo haré!

Su padre negó con la cabeza.

—Le amo, papá. ¿Por qué te empeñas en hacerme desgraciada? —dijo comenzando a sollozar.

—De nada te servirán tus artimañas en esta ocasión. No pienso ceder. ¿Comprendido? A partir de ahora no quiero más protestas. Sé que es un poco tarde para remediar los errores que he cometido contigo. De todos modos, lo intentaré. Se acabaron los antojos.

—Freddy no es un capricho —aseguró ella.

—Tú no sabes lo que quieres. No eres más que una niña mimada. Madura,

Caroline.

—Papá...

Él alzó la mano dejando por zanjada la discusión.

—Estoy cansado y espero una visita. Nos veremos en la cena —dijo dejándola sola.

Caroline lanzó un juramento. Su padre se había vuelto loco. Sin embargo, conseguiría convencerlo de que cambiase de opinión. Como siempre. Se casaría con Freddy. Lo había decidido.

No pudo hacerlo.

Aquella misma noche, el corazón de Lord Lowell dejó de latir y por primera vez en su vida, Caroline conoció el dolor. Afortunadamente, tenía a Freddy. Él se ocuparía de ella.

Caroline, visiblemente afectada, entró en el despacho acompañada de Freddy dispuesta a escuchar la última voluntad de su padre. Un gesto de desagrado cruzó sus ojos azules al ver la figura alta y atlética de Scott.

—¿Qué hace él aquí? —inquirió lanzándole una mirada airada.

—Órdenes de su padre, señorita Lowell —respondió el abogado tomando asiento.

—Es un simple esclavo. Considero que esto es inadmisibile —insistió ella con gesto despreciativo.

Scott se limitó a mirarla con el rostro impasible.

—Caroline tiene razón —dijo Freddy ajustándose la chaqueta.

—Los deseos de mí cliente estaban bien claros y si me lo permite señor, diré que su presencia no está justificada. Por ello, le rogaría que nos dejase a solas —dijo el abogado con sequedad.

El rostro de Freddy se contrajo en un gesto de ira.

—¿Cómo se atreve? Yo soy el prometido de Caroline y éste no es más que un vulgar sirviente. ¡Un ladrón!

—La situación de este joven no me incumbe. Simplemente estoy actuando según las instrucciones de mí cliente —repuso el letrado con voz tajante.

—Señor Kelly, como heredera y dueña de esta casa, deseo que el marqués permanezca en la habitación hasta que la lectura del testamento esté finalizada. Supongo, que no pondrá ninguna objeción. Al fin y al cabo, es mí futuro marido —dijo Caroline con decisión.

—Como quiera — decidió el abogado.

—¿Podemos comenzar? Tengo asuntos que resolver —pidió Scott irritado.

—Por lo que veo estás impaciente por ver que te ha dejado el viejo amo —se burló Freddy.

Los ojos azules Scott le lanzaron una mirada hosca.

—Será mejor que nos relajemos, señores. ¿Puedo comenzar? —intervino Kelly.

—Por favor —le pidió Caroline deseosa de que acabara la lectura cuanto antes.

El abogado carraspeó y abrió el sobre que contenía las últimas voluntades de Lord Lowell.

—“Yo, Alexander Lowell, en pleno uso de mis facultades mentales, dispongo que: Todos mis bienes sean legados a mí único heredero, Caroline Lowell. La casa, las tierras y el millón de libras. Notifico también, que en el día de hoy he saldado la cuenta que Scott Darby mantenía con la justicia convirtiéndose en un hombre libre. Del mismo modo, he decidido nombrar a un tutor para que administre el legado de Caroline hasta su mayoría de edad...

—¡Esto es absurdo! ¡Caroline no necesita a nadie! —protestó Freddy agitándose molesto.

—¿Acaso estaba en su mente ser el administrador? —se burló Scott.

—No consiento que hables así, esclavo —le espetó el muchacho con desprecio.

Darby se acomodó en la butaca y sonrió.

—Ahora soy un hombre libre, como tú. Ya no debo guardar respeto a un pelele. Espero que a partir de ahora aceptes la nueva situación, chico.

Freddy se levantó furioso.

—¡No consentiré que un ladrón hable de un modo tan insolente a un marqués!

—Señor Seymour, por favor, calma o me veré obligado a echarle —dijo el abogado.

—¿Está a favor de este maleducado? ¡Es inaudito! ¡Me siento muy ofendido! —protestó el muchacho.

—Sencillamente le recuerdo que su asistencia no es necesaria, al contrario de la de él. ¿Puedo seguir o se marcha? —replicó Kelly bastante harto de la situación.

Freddy volvió a sentarse con gesto irritado.

—Bien. ¿Dónde estábamos? Sí... “hasta su mayoría de edad. Tras meditarlo, he optado por alguno de mí total confianza. Un hombre que ha sido fiel, respetuoso y eficaz en todos los asuntos de la finca. Su nombre es Scott Darby...

—¡Esto es inaceptable! —explotó Freddy con el rostro encendido.

Caroline miró a Scott estupefacta, viendo como él también había quedado paralizado ante los deseos de su antiguo amo.

—Señor...

—¡No me hará callar, Kelly! ¡Lowell no estaba en sus cabales al redactar este testamento! ¡Lo haré impugnar! ¡Está dejando una fortuna a un ladrón! —

gritó el muchacho.

—Señor Seymour, salga —le pidió el abogado.

—No tiene...

—Tengo todo el derecho del mundo. Es la ley. Váyase —le exigió Kelly.

Freddy se levantó. Sus ojos brillaban iracundos. No dejaría que ese esclavo se adueñase de las pertenencias de Caroline. Que dilapidara la fortuna. Se encargaría de que ese criminal retornase al lugar que le correspondía.

—Lo haré. Sin embargo, esto no quedará así. Se lo aseguro —repuso saliendo de la habitación.

—Señor Darby, lea esto —le pidió Kelly entregándole un sobre.

Scott lo abrió. Era una carta de Lowell.

“Querido Scott. Sé que esta decisión te habrá sorprendido. Sin embargo, creo que es la indicada. Tal como te confesé en nuestra última conversación, no deseo que Caroline se case con ese mentecato. Quiero que madure, que cambie. Tú puedes lograrlo. Eres fuerte, con carácter y no le consentirás caprichos absurdos, tal como yo hice. Te doy plenos poderes, aunque te ruego que ella no sufra nunca. Enséñale como es la vida real. Aunque no lo crea, te necesita. Espero que en esta ocasión me demuestres la confianza que siempre he tenido en ti.

Con referencia al dinero, haz lo que consideres oportuno. Sé que no pondrás en peligro la fortuna de mí hija.

Supongo que en estos momentos la duda te invade. Es una ardua tarea la que te pido. Caroline no es dócil y te causará molestias. De todos modos, confío que aceptes. Lo dejo todo en tus manos.

Afectuosamente, Alexander Lowell”

Scott se la entregó al abogado. Éste la leyó con atención.

—¿Qué dice ese papel? —quiso saber Caroline.

—Es personal. ¿Qué decide, señor Darby? Si no acepta, nosotros tomaremos la tutela; del mismo modo que si le ocurre algo. Dios no lo quiera —dijo el abogado tras la lectura.

Scott, pensativo, se frotó la barbilla. No le apetecía permanecer junto a Caroline tras haber recuperado la libertad. Sin embargo, le debía a Lowell mucho. Fue el único ser humano que le mostró respeto a pesar de ser un condenado por la justicia. ¡Y que diablos! Tenía la oportunidad de domesticar a esa gata salvaje. Pagaría todos los desprecios que le había mostrado durante años. Caroline conocería el menosprecio.

—Acepto —decidió.

Kelly miró a Caroline.

—Señorita Lowell, a partir de este instante, el señor Darby será su tutor. Deberá acatar sus órdenes.

—¡Jamás! ¡No seré dirigida por un sirviente! —explotó ella levantándose.

—La ley así lo dictamina. Además, olvida que este hombre está liberado. Vuelve a ser honorable.

—Me importan un comino las leyes —siseó ella.

—Es mejor que lo acepte. Nada puede hacer por evitarlo. A no ser que el señor Darby renuncie —dijo el abogado.

—Por supuesto que no —dijo Scott.

—¡Naturalmente! ¿Cómo iba a despreciar algo así? Se convertirá en el dueño de todo, siendo yo la verdadera heredera.

—Solo administrará la fortuna, señorita —aclaró el letrado.

—¡Ah! Se gastará el dinero. ¿Olvida que fue detenido por robo? —le recordó ella.

Los ojos azules de Scott brillaron encolerizados. Ella se echó a temblar. Jamás nadie había osado mirarla de ese modo amenazante.

—Cálmese. El señor Darby ha demostrado ser fiel y honrado. Su padre no haría nada que la perjudicara.

—Pues, lo ha hecho. Me ha destrozado la vida —musitó ella comenzando a sollozar. Nunca imaginó que su querido padre la entregara a un esclavo. Era humillante. Sin embargo, no se sometería. Impugnaría el testamento. Freddy la ayudaría.

—No sea tan dramática. Todo irá bien —le aseguró el abogado sonriendo.

—¿De veras lo cree? —inquirió ella con escepticismo.

—Le aseguro que me ocuparé personalmente de que su tutor actúe con corrección, de acuerdo con la legislación— prometió Kelly.

—Un gran consuelo —replicó Caroline con sarcasmo.

El abogado se alzó.

—Siento que esta decisión no la haga feliz, Caroline. Señor Darby, en la caja fuerte están todos los documentos del legado. Si necesita mí ayuda, no dude en llamarme.

—Lo haré.

—Buenas tardes —se despidió Kelly.

Caroline miró a Scott con gesto huraño. Nunca lo había soportado, pero ahora lo odiaba. Se levantó y salió del despacho.

Cuando llegó a su habitación, se echó sobre la cama y estalló en un llanto amargo. No comprendía nada. ¿Por qué su padre le había hecho esa atrocidad? ¿Acaso no sabía que con esa decisión sería desdichada? ¿Por qué precisamente había escogido a Scott y no a sus vecinos que eran como de la familia?

Dedujo que aquello era premeditado. Su padre sabía que ese criminal no le permitiría casarse con Freddy. Pero no dejaría que le arrebatasen la fortuna que había caído en sus manos. Era un malhechor.

Se levantó de la cama y se enjugó las lágrimas. Tenía que ser fuerte o ese bastardo ganaría la batalla. Y por supuesto, no lo consentiría. Lo mejor que podía hacer era huir y casarse con Freddy. Su familia era rica y los mantendrían hasta que pudiese recuperar su legado al alcanzar la mayoría de edad.

Sonrió satisfecha. Se libraría de cinco años de angustias y humillaciones. Nadie la obligaría a quedarse al lado de ese bruto. Deseaba ser feliz y lo sería.

Cogió las joyas del cofre, guardándolas en un pequeño bolso y abrió la ventana. Saltó sobre el árbol y comenzó a descender. Pero cuando brincó hacia el suelo unos brazos la aprisionaron.

—¿Adónde crees que vas?

Caroline empalideció al reconocer a Scott. Sin embargo, no se rindió y comenzó a patear.

—¡Quieta! —le ordenó él.

—¡Suelta! ¡No tienes ningún derecho a retenerme! —gritó ella.

—Lo tengo —le recordó él cargando con ella hasta la casa. De una patada abrió la puerta.

Caroline tembló. Había cometido una estupidez desafiándolo. Ahora, estaba segura, sería castigada sin piedad. Incluso podría propinarle una paliza.

Scott entró en el salón y la tiró sobre el sofá.

—Jovencita, vamos a hablar largo y tendido —dijo mirándola con seriedad.

—No tengo nada que escuchar —dijo ella mostrando valentía.

—Lo harás. Tenemos por delante una larga convivencia y las cosas han de quedar claras desde un principio.

—Te advierto que haré todo lo posible por verme libre de ti —aseguró Caroline.

Scott tomó aire. Necesitaría paciencia para hacer entender a ese diablillo

que ahora era él el que mandaba y que no consentiría malos comportamientos.

—La ley dice que debes obedecer mis instrucciones. Así que, hazte a la idea cuanto antes y todo irá mejor.

—Un dictamen que únicamente te favorece a ti. Ahora podrás hacer lo que te convenga con la finca y mí dinero. ¿Qué irónico, no? El esclavo se ha convertido en el dueño de su antigua ama —dijo ella con sarcasmo.

—Tan solo en el administrador —aclaró él.

—¿Y debo confiar? No puedo olvidar que eres un convicto.

Scott no cayó en su trampa, apenas levantó la voz.

—Ni yo que eres una mocosa consentida sin un ápice de humanidad. Nunca he visto un gesto en ti de compasión. No es extraño que todos te tengan en tan mal concepto.

—La gente me adora y mi prometido me ama con locura—contestó ella.

—¿Freddy? Ese únicamente busca tu dinero.

—Él ya es rico.

—No son esas mis informaciones.

—¿Qué sabrás tú?

Scott esbozó una sonrisa enigmática.

—Mucho más de lo que crees.

Caroline sonrió con arrogancia.

—¿También de sus sentimientos? Te repito que Freddy me ama y nos casaremos con o sin tu consentimiento —aseguró ella.

—Olvida la boda por el momento. Jamás daré mí aprobación. Órdenes de tu padre. Como las que me dio para educarte.

—¿Recibiré lecciones de un hombre tosco como tú? ¡No me hagas reír, por favor! —se mofó ella.

—La cuna noble no es sinónimo de educación. En ti hay el mayor ejemplo. El dinero te ha proporcionado lujos y caprichos, pero nada más.

—Y a ti una condena por robo.

—Qué he saldado, no lo olvides —dijo él con voz gélida.

—Gracias a papá. Mientras que a mí me ha convertido en una esclava. Pero Freddy me recatará —dijo Caroline.

Scott sacudió la cabeza.

—Con franqueza, no sé que ve en ti. Aunque, no me sorprende. Sois iguales. Inmaduros e inconscientes.

—Y bellos —replicó Caroline.

—¡Ah, olvidaba la vanidad! —exclamó Scott.

—Es la verdad.

—Cierto. Eres hermosa. Sin embargo, tú falta de buenas cualidades impiden que esa belleza brille. Solo se refleja la fealdad de tu corazón. Las mujeres como tú me dais asco. Pero pondré remedio. Cumpliré los deseos de tu padre. Cueste lo que cueste.

Caroline lo miró estupefacta. Era el primer hombre que no la consideraba hermosa, que no sucumbía a sus encantos.

—¡Jamás te obedeceré! —explotó ella comenzando a levantarse. Él la empujó sin miramientos.

—Harás lo que se te mande. ¿Comprendido?

—Freddy me rescatará de tus garras —juró ella.

—Si veo a ese tipo cruzar la puerta, os arrepentiréis —amenazó Scott.

—Puedo recibir a quien me plazca.

—Ya no, preciosa. Soy el amo, por el momento. Y ese mequetrefe no es bienvenido.

—Es mí prometido —musitó Caroline.

—Era —sentenció él—. Aún eres joven para pensar en el matrimonio.

—Dentro de tres días cumplo diecisiete años. Mí madre ya estaba casada a esa edad y a punto de traerme al mundo.

—Una gata salvaje como tú no estás preparada para tener hijos, niña —dijo él con desdén.

—¿No dices que vas a remediar eso? —replicó ella.

Scott se inclinó y apoyó los brazos en el respaldo del sofá inmovilizándola.

—Hablo en serio, Caroline. No me provoques o el resto que nos queda de convivencia puede que sea para ti un infierno. Soy tu tutor, te guste o no. No permitiré desaires ni tonterías de niña malcriada. Puedes ir olvidando las fiestas y los vestidos caros, y a partir de ahora trabajarás como todos los demás.

—¿Cómo dices? ¿Trabajar? ¡Soy una dama! ¡Esto es un atropello! —se escandalizó ella.

—He jurado que cambiarías y siempre consigo lo que me propongo. No olvides eso jamás.

—Ahora veo que engañaste a papá. Él confiaba en ti, en un lobo traidor —musitó ella al borde del llanto.

—No, pequeña. Él sabía muy bien en quien depositar la confianza. Por eso me eligió para reformarte.

—Por supuesto. Confió en un ladrón, en un maldito esclavo al que nunca obedeceré —aseguró ella.

—Lo harás ahora mismo. ¡Vamos! —le exigió tirando de su brazo.

La arrastró tras él por las escaleras y la obligó a entrar en su habitación.

—¿Qué... qué piensas hacer? —preguntó ella realmente asustada.

—Nada de lo que imaginas. Estaría loco si deseara tenerte en mí cama. ¡Abre el armario!

Ella, muy a su pesar, obedeció. El rostro iracundo de Scott no admitía desobedecías.

Scott comenzó a tirar los vestidos al suelo.

—¿Qué... qué estás haciendo? —dijo Caroline con desconcierto.

—Aprenderás a ser caritativa. Hay gente que viste con harapos. ¿No lo sabías? Mañana entregaremos todo esto a los necesitados —dijo él.

—¡Ni lo sueñes! No te consiento...

—¿Olvidas quién es el que manda en esta casa? ¿Dónde están las joyas?

Caroline no contestó.

—¿Dónde? —siseó él.

Ella le entregó el bolso donde las había escondido.

—Buena chica. ¿Pensabas vivir de ellas? ¿Acaso no es rico Freddy? —se burló Scott.

—No quería que un ladrón se apoderada de las alhajas de mí madre —replicó Caroline.

—Ninguno lo hará. Las guardaremos hasta el día que tomes posesión de tú legado.

—¿Por qué eres... tan... cruel? —farfulló ella.

—Práctico, preciosa. En el campo no son necesarios estos lujos.

Ella se echó a llorar.

—Caroline, ahora no puedes entender esto, pero con el tiempo comprenderás que tengo razón —dijo él suavizando la voz.

—Comprendo que te mueve la venganza. Siempre me has odiado.

Él le acarició el rostro.

—No me toques —siseó ella apartando su mano con rudeza.

Scott lanzó un largo suspiro.

—Trataba de ser amable.

—Guarda tú amabilidad para otros. No la necesito.

—Cuando veas lo sola que estás, cambiarás de opinión —se burló él.

—Freddy no me abandonará jamás.

Scott se apoyó en la pared y la miró con socarronería.

—Veremos si resiste vuestra separación. Cinco años es mucho tiempo.

—Él me ama —aseguró ella.

—Caroline, lamento que estés tan equivocada. Ese muchacho no sabe lo que es amar y jamás podrá satisfacerte. No como un hombre de verdad.

—¿Te refieres a un hombre como tú? ¡Por Dios! Ninguna mujer en su sano juicio pondría los ojos en ti. En un delincuente grosero y sin honor. Freddy es un caballero educado y respetuoso con una dama. ¡Tú me das asco! —dijo ella con desprecio.

Scott apretó los dientes ante el insulto.

—¿Te he ofendido? ¡Pues me alegro! —exclamó ella triunfante.

Él avanzó con lentitud hacia la muchacha y en un acto irreflexivo la estrechó entre sus brazos.

—Podría hacer que te tragaras esas palabras. Demostrarte lo que es un hombre de verdad. Pero tienes mucha suerte, niña. No me interesas.

Caroline respiró aliviada. Había pensado lo peor. En aquellos momentos Scott parecía un animal salvaje.

—Retiro lo dicho. Por favor, déjame —murmuró azorada. Era la primera vez que un hombre la abrazaba de ese modo tan escandaloso, notando los músculos poderosos de Scott.

Él permaneció reteniéndola, observando su rostro arrebatado, sus labios carnosos que temblaban asustados, descubriendo bajo ese aspecto casi infantil que Caroline ya era toda una mujer. En un acto irreflexivo se apoderó de sus labios rojos y sensuales. Hurgó en su boca, explorándola sin piedad, mientras sus brazos la atraían con más fuerza hacia su cuerpo.

Caroline se debatió asustada. Pero la fuerza descomunal de Scott se lo impidió y continuó besándola con avaricia, sintiendo como la excitación se apoderaba de su cuerpo, de un modo peligroso e ilógico. Asustado ante su reacción se apartó con brusquedad. Sin duda se había vuelto loco. Caroline no era más que una niña. Se sintió avergonzado, pero se abstuvo de demostrárselo.

—¿Freddy también besa así? —dijo sonriendo con maldad.

Caroline alzó la mano y lo abofeteó.

—Nunca. Nunca más vuelvas a tocarme —jadeó ella.

—No tengo la menor intención de que esto se repita, cielo. Simplemente te he demostrado como actúa un hombre —respondió él frotándose la mejilla.

—Ahora que lo sé, sigo pensando que Freddy es lo que me conviene. Papá

se equivocó al elegirte. Si hubiese sabido esto, te habría echado de su lado.

Él lanzó un suspiro.

—Supongo que los acontecimientos nos han alterado. Ha sido un día duro. Si te sirve de algo, te ruego que aceptes mis disculpas.

—Sal de mí cuarto —le exigió ella.

Scott alzó los hombros con indiferencia.

—Buenas noches, Caroline. Que descanses.

Ella cerró la puerta de un portazo.

Scott, con gesto preocupado se metió en la cama. Ahora era el amo, cosa que le complacía, no podía negarlo. Sin embargo, lo ocurrido con Caroline lo intranquilizaba. Aún podía sentir en su cuerpo la excitación que ella provocó. Y no estaba seguro de evitar que volviese a suceder. Ahora Caroline le parecía muy apetecible. Y no estaba dispuesto a traicionar la confianza que Lowell había depositado en él. Debería poner remedio cuanto antes.

Scott miró con admiración al potrillo que acababa de nacer. Era el ejemplar más bello y perfecto que había visto. No se había equivocado en adquirirlo. En realidad, no había fracasado en ninguna de las inversiones, todo lo contrario. Ahora Caroline era más rica y él, gracias al tanto por ciento que le otorgó su viejo amo, ya había reunido una buena suma.

—Ron, espero que sepas cuidar bien de Black.

El muchacho miró emocionado al señor. Nunca pensó que le cediera tal responsabilidad.

—No me mires así. Jamás te concedería el cuidado si no supiese que estás capacitado.

—¡Gracias, señor! —exclamó Ron.

Scott abandonó las cuerdas deseando que nadie estropeará al chico, como hicieron con él. Si no hubiese sido por esa maldita mujer...

Sacudió la cabeza. No debía recordar esa pesadilla que le enfurecía y no era precisamente el día idóneo para que su tranquilidad se alterase. Caroline, después de permanecer un año en el selecto colegio Saint Mary, volvía a casa.

Tras lo ocurrido la noche de la lectura del testamento, Scott decidió apartar a la muchacha de su lado. No era conveniente tenerla hora tras hora a su lado, pues terminaría cediendo a sus instintos más salvajes.

Durante aquel año trabajó duro. Estaba dispuesto a demostrar a todos los que habían dudado de su integridad que era un hombre de honor. Y lo hizo. Se ganó el respeto de los amigos del difunto Lowell, siendo admitido en sus círculos elitistas. Incluso más de una dama respetable cayó rendida entre sus brazos.

Al entrar en casa miró el reloj. Caroline llegaría en media hora. Esperaba que el colegio hubiese aplacado el carácter irascible y caprichoso de su pupila. Pero sobre todo, que se hubiese apartado de su cabeza casquivana la absurda idea de casarse con ese mentecato de Freddy. Y si continuaba empeñada en ello, él se encargaría de desengañarla. El tipo era un cobarde. Nunca osó despreciarlo en las fiestas, como lo había hecho en infinidad de ocasiones cuando era un esclavo. Y a pesar de no importarle la felicidad de

Caroline, ni de ninguna otra mujer tras lo acontecido diez años atrás, conseguiría que esa ingenua no se destrozase la vida. Se lo debía a Lowell. Estaba convencido que sería una tarea ardua. No confiaba en absoluto que el internado hubiese obrado un milagro. De todos modos, lo descubriría enseguida. El carruaje estaba entrando en el patio.

Caroline inhaló aire. El exilio en el colegio había sido una pesadilla, pero le había liberado de la presencia de Scott. Ahora que volverían a estar juntos se sentía asustada. Darby era un salvaje sin el menor sentido del respeto. Aún podía sentir sobre sus labios la boca voraz y la excitación que ese depravado experimentó. Un deseo que jamás vio en Freddy.

Bajó del carruaje y entró en casa. Sus ojos azules, a pesar de todo, no reflejaron el miedo que la presencia de su tutor le provocaba.

Scott la miró con fijeza. El tiempo había mejorado el aspecto de Caroline. Parecía mucho más madura. Sin embargo, no debía dejarse engañar.

—Bienvenida, Caroline —la saludó.

—Gracias —repuso ella con frialdad.

—Espero que seas feliz con tu regreso.

—Únicamente por dejar ese maldito colegio —replicó Caroline con acidez.

—¿Acaso no lo encontrabas adecuado a tu rango? —inquirió Scott alzando una ceja.

—¡Oh, sí! Muy selecto, pero peor que una cárcel. Nos trataban como a simples criadas —se quejó ella.

—El lugar más idóneo para una chica como tú. Necesitabas un poco de mano dura —dijo él viendo que aún no había sido corregida.

—¿Un poco? ¡Ha sido humillante! —exclamó Caroline quitándose los guantes.

—Aprender no es indigno —le recordó Scott.

—No tengo necesidad de aprender estupideces. Mi situación social y poder crematístico...

—¿Acaso sabes si el dinero te durará toda la vida? —la interrumpió él.

Ella lo miró con preocupación.

—¿Me has arruinado?

—Aún no, querida. Pero tal vez tú padre se equivocó al elegirme y no soy tan diestro en los negocios como suponía —repuso él sin querer contarle la verdad. Prefería que pensase que podía perderlo todo. Merecía un buen susto.

—¡Eres un bastardo! —gritó ella.

Scott avanzó con lentitud, mirándola con enojo. Ella retrocedió asustada.

—Veo que la pequeña gata sigue tan salvaje como siempre. Tenía esperanzas que cambiases. Desgraciadamente no ha sido así. Tomaré medidas drásticas.

—No te atreverás —musitó ella.

—Cálmate. No voy a hacer lo que piensas. Te dije aquella noche que no me interesabas. Mis gustos son más selectos. Prefiero a mujeres de verdad.

—¿Qué harás? —preguntó ella sin apenas voz.

—Educarte como es debido.

—No me quedaré. Volveré al colegio —decidió ella.

—¿Olvidas que soy tú administrador? No pienso desperdiciar ni una libra más en ese internado que no ha servido de nada. Te quedarás —sentenció Scott.

—Y tú no olvides tampoco que Freddy me liberará de tus zarpas.

—Lo dudo, preciosa. Él jamás hará nada que pueda perjudicarlo. Es un cobarde. Y si por un casual lo intenta, lo enviaré directo a la cárcel.

Caroline lo miró con odio.

—¡Eres despreciable!

Scott lanzó un suspiro.

—Es una lástima que no quieras colaborar.

—¿Con un ex convicto? ¡Nunca!

Los ojos de Scott se oscurecieron peligrosamente.

—Sube a tu habitación y cámbiate de ropa. Necesitas un vestido más adecuado.

—No recibo órdenes tuyas y...

—¡Arriba! —rugió él.

Caroline, asustada ante su rostro iracundo, decidió obedecer. Entró en su habitación y miró el vestido que había sobre la cama. Era de sirvienta. Decididamente no se lo pondría. Era humillante.

—Será mejor que te lo pongas o lo haré yo mismo —le dijo Scott desde el quicio de la puerta.

—¿Te has vuelto loco? —inquirió ella.

—¿Acaso tendrías remilgos con Freddy? —se burló él.

—Jamás osaría cometer tamaña indecencia antes de la boda. Ni tan siquiera me ha besado del mismo modo que...

Caroline dejó de hablar. Había cometido una estupidez al confesar eso.

Su tutor sonrió con gesto vanidoso.

—¿De veras? Muy interesante. Nunca imaginé recibir tan gran honor.

—Olvidas que fui obligada —dijo ella.

—Y a pesar de ello, te gustó. ¿No es cierto, preciosa?

El tono socarrón de Scott la irritó.

—Me repugnó.

—Sí, por supuesto —rió él.

—¡Es cierto! —exclamó Caroline dando una patada en el suelo.

Scott avanzó unos pasos.

—¿Quieres que volvamos a aplicar el experimento para descubrir quien tiene la razón?

Ella retrocedió intimidada. Scott sacudió la cabeza con condescendencia.

—No es el momento adecuado. Te espera mucho trabajo. Vístete y reúnete conmigo en el salón.

Dio media vuelta y abandonó la habitación.

Una vez vestida, Caroline bajó. Los criados la miraron estupefactos.

—¿No tenéis nada que hacer? ¡Volved a vuestras tareas, panda de inútiles! —se enfureció ella.

Scott chasqueó la lengua.

—Este comportamiento no me parece nada adecuado en una dama. Así que, hasta que no mejore, vivirás como una simple sirvienta. La cocinera ha tenido que ausentarse. Tú serás la sustituta.

—¿Qué? ¡Ni lo sueñes! —se negó Caroline.

Scott apretó los dientes y en un arrebato la agarró del brazo arrastrándola hasta la cocina.

—Soy muy exigente, pequeña. A las doce quiero comer. ¿Comprendido?

Caroline asintió con ojos húmedos, mientras Scott la dejaba sola.

Miró a su alrededor. ¿Qué pretendía que hiciese? Jamás prestó atención a las clases de cocina.

Abrió la despensa. Encontró verduras, carne y fruta.

Decidió llenar una olla con agua y echó unas judías, mientras metía en el horno un trozo de carne.

Satisfecha se sentó ante la mesa esperando que el fuego acabara el trabajo.

De repente, su frente se frunció. No había visto pan. ¿También tendría que hacerlo? Supuso que sí. Cogió harina, la volcó en un cazo y la amasó con un poco de agua.

—¡Oh, Señor! —exclamó al ver como el agua sobre el fuego se derramaba. Apartó la olla y ahogó un grito al sentir la quemazón en los dedos.

Sin embargo, continuó con la tarea. No estaba dispuesta a que Scott tuviese un motivo para castigarla. No le daría esa satisfacción.

Tres horas después, suspiró aliviada. La comida estaba a punto. Preparó la mesa y Scott entró pocos minutos después.

Sonrió divertido al ver el estado en que se encontraba.

—¿Qué le ha ocurrido a tu pelo?

—¡No te burles!

—No lo hago. Veo que has trabajado duro, gatita. Ahora comprobaremos si el ágape es apetitoso —dijo sentándose.

—Por si no lo sabes, incluso me he quemado los dedos —se quejó ella.

Scott le tomó la mano.

—Sé como aliviar las ampollas —dijo comenzando a lamerlas.

Caroline jadeó horrorizada.

—Por favor... suelta...

—¿Acaso no sientes alivio? —dijo él mirándola fijamente, sin dejar de humedecer las heridas. Caroline estaba realmente preciosa con ese aspecto desaliñado y no le importaría extender a otros rincones de su cuerpo la caricia.

Ella se soltó con brusquedad.

—La comida se enfría.

Scott probó la verdura. Estaba demasiado cocida y la carne casi quemada. El pan crudo.

—¿Esto es lo que sabes hacer? —dijo con disgusto apartando los platos.

—¿Y qué quieres? Es la primera vez que cocino —se excusó ella.

—¡Por Dios Santo! En el colegio daban clases. ¡Debiste prestar más atención! ¡Esto no sirve ni para los cerdos! ¡Eres una completa calamidad! —gritó Scott.

Caroline comenzó a sollozar.

—No gimotees como una niña. No lo soporto. Ahora iré a la posada. Espero que esta noche la cena sea comestible.

—¿Y cómo lo lograré? Ya has comprobado que no sé cocinar —musitó ella.

—¡Aprende! —exclamó Scott saliendo de comedor.

Caroline estalló en un llanto desgarrado. La vida junto a ese déspota sería un infierno. No le quedaba más remedio que pedir ayuda a Freddy. Se las arreglaría para que Scott no se enterara.

Caroline corrió sigilosamente hacia la arboleda.

Freddy estaba aguardándola con evidente nerviosismo. Esperaba que el largo año separados no la hubiese hecho cambiar de parecer.

—¡Caroline! Pensé que no volvería a verte —exclamó.

Ella lo abrazó con ansiedad.

—Cariño, tienes que ayudarme.

—¿Qué ocurre? ¿Te ha hecho algo malo ese criminal? —le preguntó él con angustia.

—No. Pero me trata como a una vulgar criada. Me hace cocinar, fregar. ¡Y mira como me hace vestir! ¡Estoy pasando un infierno!

—Sin duda, ese tipo está loco —dijo Freddy sacudiendo la cabeza.

—Él sí conseguirá enloquecerme —dijo ella.

—Querida, debes tener paciencia —le pidió él.

—¡No puedo más! Tienes que sacarme de aquí —le suplicó Caroline.

—Ahora no es posible —se negó él.

—Dijiste que me ayudarías. ¿Qué te pasa? —se quejó ella.

—Eres menor de edad y si me atrapan, acabaré en la cárcel. ¿No querrás eso?

—Podríamos ir a América —sugirió Caroline.

Freddy sacudió la cabeza con énfasis.

—Darby nos encontraría. Te considera una de sus propiedades.

—¡Yo no soy nada suyo! —bramó ella encolerizada.

—Es tú tutor. La ley le ampara. Aguardaremos a que cumplas los veintitrés —decidió él.

Caroline lo miró aturdida.

—No estás en tus cabales. ¿Pretendes que conviva con ese salvaje tanto tiempo?

—Soy sensato.

Ella lo miró con seriedad.

—Temo que estoy en peligro —le confesó.

—¿A qué te refieres? —inquirió él desconcertado.

—Hace días que me mira de un modo muy extraño. ¿Y si tiene intención de matarme?

—¡No digas sandeces, Caroline! —exclamó Freddy.

—¿Y si tiene el propósito de quedarse con todo? —sugirió ella mirándolo con intención.

Freddy, pensativo, entrecerró los ojos. Era una posibilidad, aunque no la creía realmente. Darby era un ladrón, pero no tenía pinta de asesino.

—Si no has hecho testamento, el estado se quedará con tú fortuna. No hay peligro, querida —razonó él.

—No estoy tan convencida. ¿Recuerdas la carta que el abogado le entregó el día de la lectura del testamento? ¿Y si testaba a su favor en caso de mí muerte? —dijo Caroline.

Freddy comenzó a pasear con nerviosismo. Tal vez el viejo loco hubiese cometido esa gran majadería.

—Tenemos que calmarnos. Lo primero que debes hacer es visitar a un abogado y hacer testamento. A favor de quien sea, con tal que ese tipo no consiga nada que te pertenezca.

—¿Y a quién? —inquirió ella.

—No sé. Piensa en alguien que aprecies —propuso Freddy.

—El único ser que quiero eres tú. Te haré heredero —decidió Caroline.

Él sonrió levemente.

—Cariño, te estoy agradecido, pero no es necesario. Ya soy muy rico.

—No importa. Prefiero eso a que unos extraños vivan y disfruten de lo mío —respondió Caroline.

—Como deseas —dijo Freddy.

—¿Y después? —le preguntó ella.

—Ya pensaremos algo, tranquila.

—No tenemos tiempo. ¿Y si decide casarme con alguien que le interese? —argumentó ella con gesto preocupado.

Freddy respingó sobresaltado. Caroline no podía casarse con otro, le pertenecía.

—No lo hará. Perdería tú custodia. Scott es listo y...

Calló al escuchar unas ramas moverse.

—Son ardillas. Darby está durmiendo. Me asegure de ello —dijo Caroline.

Freddy miró hacia los matorrales.

—No confío en él. Es como un lince. Nada escapa a su sagacidad.

—Pues yo quiero huir. ¡Oh, cariño! ¿Acaso ya no te importo? He pasado un año infernal en ese internado y lo único que mantenía mis esperanzas era pensar en nuestro amor. Quiero que nos casemos y estás diciendo que debo esperar. ¿Acaso has conocido a otra? Sí. Debe de ser eso —dijo ella con tristeza.

—¿Otra? ¡Qué dices! Mí amor te pertenece. Y quiero cuidar de ti el resto de la vida. No temas, nos casaremos —protestó él.

—¿Cuándo? Ya no puedo esperar más o me volveré loca —dijo Caroline con angustia.

Freddy la atrajo hacia su pecho y le acarició la mejilla.

—Yo también estoy impaciente. Te quiero —le susurró besando sus labios con ternura.

—¡Bonita escena!

La voz enojada de Derby los hizo separarse con celeridad.

—¿Acaso no te advertí que no pisaras esta finca? —siseó Scott mirando con furia al muchacho.

—Necesitaba... hablar con Caroline —farfulló Freddy atemorizado.

—¿En medio del bosque? —inquirió Scott alzando una ceja.

—¡No le permites entrar en casa! —protestó Caroline.

—Es probable, que si lo hubiese pedido, no sería necesario este encuentro tan... como diría... tan indecoroso —repuso él con un brillo de irritación en sus ojos azules.

—Señor, no hacíamos nada malo —le aseguró Freddy con voz temblorosa.

—Tal vez porque mí presencia lo ha impedido. Ve a casa, Caroline —dijo Scott con evidente enfado.

—No impedirás que vuelva a verlo —dijo ella desafiándolo.

—Supongo que tu querido amor no querrá arriesgarse a que le denuncie por acoso a una menor. ¿Verdad, chico? —se burló Scott.

Freddy empalideció.

—No, señor —musitó.

—¿Lo ves, preciosa? Él es sensato. Espero que tú lo seas a partir de ahora. Supongo que ya te marchas. ¿No?

Freddy asintió y dando media vuelta se alejó casi a la carrera.

Scott estalló en carcajadas.

—Ya has visto lo valiente que es.

—Es un caballero. No se rebajaría a pelear contigo por una tontería —le defendió Caroline.

Scott la miró colérico.

—¡Es un cobarde, maldita sea! ¿Cuándo te darás cuenta? Y con referencia que no hacías nada inmoral, no estoy de acuerdo. ¿Puedes decirme que hubiese ocurrido si no llego? Ese tipo habría sido capaz de seducirte para así comprometerte y obligarme a que cediese a vuestro absurdo matrimonio.

—Y eso te molestaría en extremo ¿Verdad? —dijo ella con altanería.

Él alzó los hombros con indiferencia.

—En absoluto. Sin embargo, sigo órdenes estrictas de tú padre. Jamás te casarás con ese mentecato. Hazte a la idea.

—No podrás impedirlo. En cuanto cumpla la mayoría de edad, haré lo que me plazca.

Scott sonrió con maldad.

—Puedo buscar un pretendiente adecuado antes de que eso ocurra.

Caroline lo miró horrorizada.

—No serás capaz.

—Haré lo que sea con tal de evitar que ese interesado consiga sus propósitos ladinos. Para tú información, diré que he hecho algunas indagaciones y los Seymour están pasando un momento difícil. Casi están arruinados.

—No es cierto —musitó ella.

—Lo es, preciosa. Puedo mostrarte los documentos. Freddy el único interés que siente por ti es monetario. ¿O piensas que todo un marqués se casaría con una simple campesina, por muy rica que ésta sea? Despierta, Caroline. Él no te ama.

Caroline comenzó a llorar.

—¿Comprendes porqué tú padre no confiaba en él? No estaba errado. Pero no temas, te protegeré. Ese tipo no hará nada que te obligue a casarte con él — dijo Scott acariciándole la mejilla. Ella le apartó la mano con brusquedad.

—¿Protegerme? ¡Lo único que haces es torturarme, maldito criminal! — exclamó ella.

—Si recapacitas, verás que estoy actuando del modo correcto.

—Para tú propio beneficio —le recriminó ella.

—Soy el administrador, no el amo. Si consigo dinero es el que la ley estipula por mí trabajo. No pretendo adueñarme de nada, Caroline. Puede que en mí juventud cometiese un gran error, pero por mucho que te cueste creerlo, no soy un ladrón. Nunca hice nada deshonesto en esta casa. Siempre procuré servir a tú padre con lealtad, la misma que él me demostró a pesar de mí

pasado y ahora no cometeré nada que pueda traicionar la confianza que él depositó en mí. Me pidió que cuidara de ti y lo haré. No dejaré que nadie te engañe y menos ese embustero que te jura un falso amor —dijo él con el rostro contraído.

—Te demostraré, a pesar de todo, que Freddy sí me quiere —insistió ella con voz queda.

—¿Cómo lo harás? Eres rica. Un estado difícil para comprobar si a un hombre le mueve el interés o el amor. Claro que, puedes decir que te he arruinado. Entonces verás si permanece a tú lado. ¿Por qué no haces la prueba? ¿O te da miedo? —dijo Scott.

—Estás confundiéndome —susurró Caroline frotándose las manos con inquietud.

—Veo que dudas. Preciosa, confírmalo cuanto antes o puedes arrepentirte —le sugirió él.

—Haré lo que considere oportuno. Ahora, si no te importa, me retiro. Estoy cansada —dijo ella con acidez.

—Será lo mejor. Mañana te espera un duro día de trabajo.

—¡Te odio! —exclamó ella mirándolo con ojos encendidos.

—Aprenderás a apreciarme. Ya lo verás —se burló él.

—Lo único que conseguirás es que desee verte muerto —siseó Caroline.

—Ese es un capricho que no pienso concederte. Por el momento, claro —rió él.

—Algún día me liberaré de ti —aseguró ella.

—Si no calculo mal, dentro de cuatro años —especificó Scott—. Y mientras tanto, harás lo que te ordene. Como vuelva a ver a Freddy por esta casa o descubro que te encuentras con él a escondidas, te aseguro que os arrepentiréis. Crees conocer mí ira, pero eso no es nada si me enfado realmente. ¿Entendido?

—Si quieres evitarlo, devuélveme al internado —sugirió ella.

—No, preciosa. Prefiero que estés aquí. Bajo mis enseñanzas mejorarás mucho más. ¡Vaya si lo harás! Ahora, andando. Es tarde —dijo él asiéndola del brazo.

—¡No hace falta que me empujes! —protestó Caroline.

Scott ladeó el rostro y la miró burlón.

—Gatita, he descubierto que sola no puedes dar un paso correcto. Por cierto. Supongo que ya habrás podido apreciar que su beso no es comparable al que te di. ¿Verdad?

—Él tuyo fue indigno de un caballero —contestó ella airada.

—Por supuesto, preciosa. Yo soy un hombre —dijo Scott riendo divertido.

—Eres insufrible —masculló ella.

Unos meses después, Caroline ya no actuaba con tanta rebeldía y Scott decidió dar una fiesta para celebrar el cumpleaños de su pupila.

Caroline se movía entre los invitados con gracia y su rostro mostraba felicidad.

Scott no pudo dejar de admirarla. Estaba realmente preciosa con el vestido de seda azul y el collar de brillantes reluciendo en su esbelto cuello.

—Tiene un aspecto espléndido. ¿Qué le has hecho, Scott? —le preguntó Sir Thomas.

—Mantenerla activa —respondió él sin dejar de observarla.

—He oído rumores.

—¿Sobre qué? —inquirió Scott.

—Dicen que la haces trabajar como a una vulgar criada —le recriminó Sir Thomas.

—¿Y eso es malo? —dijo Scott sonriendo.

—Ella no tiene necesidad —le recordó Thomas.

—A Caroline le convenía probar un poco de lo que despreciaba. Le falta humildad. Además, dentro de poco se hará cargo de la finca y debe de saber llevarla.

—De eso se ocupará su esposo. ¿No crees? —opinó Thomas.

—Aún falta para eso.

—¿No está comprometida con Freddy? —preguntó Thomas.

—Ya no. Ese chico no le convenía —repuso Scott con aspereza.

—¿Así que has roto la relación? Ya me extrañaba que Freddy no estuviese en la fiesta. ¿Y qué tenía de malo ese muchacho? Un marqués no es nada despreciable para una chica que no posee ningún título —dijo Thomas dando un sorbo al champaña.

—Que sea noble, no significa que tenga buenas intenciones. Sé lo que hago, señor —replicó Scott casi con enojo.

—¿Y ella ha aceptado tú decisión? ¡Inaudito! —exclamó Thomas.

—Soy su tutor. No tiene más remedio.

Thomas lo miró con curiosidad.

—¡En fin! Si no es él, será otro. Caroline acabará casándose. Es lo lógico. Y ella es una preciosidad. Tendrá muchos pretendientes. Fíjate. Tiene a todos los jóvenes del condado a su alrededor.

Los ojos de Scott brillaron enojados.

—Creo que ya es hora que baile con la homenajeadá. Si me disculpa —dijo encaminándose hacia Caroline.

—Caballeros, esta dama me debe un baile. ¿Vamos? —dijo Scott asiéndola de brazo.

—Eres un bruto —musitó ella mientras se unían a los danzantes.

Él la tomó de la cintura.

—Veo que te diviertes —dijo.

—¿Acaso te importa? —inquirió ella con sequedad.

—Todo lo que te concierne, me interesa.

—En especial el dinero que te reporto —comentó ella con desprecio.

—¿Y a ti no te importa, preciosa? Mírate. Hoy estás radiante porque luces un vestido de seda natural y diamantes en la garganta. Pero a mí no me mueve la ambición. Únicamente lo deseo para conseguir un objetivo —dijo él sin dejar de sonreír.

—¿Cuál? —preguntó ella curiosa.

—Ese asunto no es de tu incumbencia —contestó él con aspereza.

Ella se apartó, pero Scott la retuvo.

—Nos están mirando, querida. No des un espectáculo en el día de tú gran fiesta.

Caroline rió con burla.

—¡Cielos! A Scott Darby le preocupa ahora su reputación.

—Ahora soy un hombre respetable.

—¿De veras? Un hombre como tú no puede cambiar. Eres orgulloso, calculador, déspota y...

—¿Solo defectos, Caroline? Me defraudas. Pensé que podrías ver alguna cualidad beneficiosa en mí —dijo él alzando una ceja.

—Ninguna.

—¿Ni mi experiencia al besar? —le recordó Scott.

—No fue nada especial. Si no recuerdo mal, me obligaste —replicó ella mirándolo con disgusto.

—Cierto. Sin embargo, noté cierta aceptación —dijo Scott sonriendo con malicia.

—¿Bromeas? Solo sentí aversión.

—Temo que tienes mala memoria, querida. Habrá que comprobarlo. ¿No crees? —dijo él con ojos chispeantes.

Ella se tensó.

—Yo no entro en el legado, Derby.

—No has comprendido, gatita. No te quiero para nada. Tengo a mujeres que ya me complacen. En todo. Solo pretendo demostrar que mientes.

—¡Eres... eres... un...! —se sonrojó ella.

—¿Te has quedado sin insultos? —se burló él.

—¡Un depravado! —exclamó ella.

—¿Por disfrutar de los placeres del amor?

Caroline dejó de bailar.

—La música ha terminado.

—¡Una pena! ¡En fin! Iré en busca de lady Prudence. Está ansiosa por bailar conmigo —dijo Scott alejándose.

Caroline miró a la mujer que recibió a Scott con una gran sonrisa dibujada en su hermoso rostro. Y no comprendía como una mujer como ella, madura y casada con todo un conde, podía sentirse feliz de estar entre sus brazos. Ese hombre era rudo, déspota y un sinvergüenza. Claro que, si lo miraba con atención, podría incluso asegurar que era atractivo. Alto, de cuerpo musculoso y un rostro duro, pero bien formado. Con unos ojos increíblemente azules que destacaban bajo su cabello de azabache.

Scott y la condesa se apartaron del centro del baile y se encaminaron hacia el jardín.

—Vamos al invernadero —le propuso ella.

—No sería prudente estando tú marido aquí. ¿No crees? —dijo Scott reticente.

—¡Oh, no te preocupes! En estos momentos está muy ocupado hablando de caza. Es lo único por lo que siente interés últimamente —dijo ella tirando de él.

Scott se dejó llevar. Esa mujer era ardiente y lo hacía disfrutar. ¿Por qué iba a privarse de una buena diversión?

Llegaron al invernadero. Él cerró la puerta.

—Eres un joven muy malo, Scott —rió ella.

—¿No me habrás traído aquí para ver las flores? —inquirió Scott mostrando un gesto de decepción.

—Hace días que no nos vemos y ahora pretendes ponerte cariñoso — le reprochó Lady Prudence.

—He estado muy ocupado. Pero, ahora te resarciré —contestó él abrazándola.

Ella se apartó mirándolo con falso candor.

—Señor Derby, esto no está bien.

—¿No crees que es un poco tarde para mostrar recato? —inquirió él avanzando con una sonrisa sutil en la boca.

La mujer retrocedió riendo.

—En la casa hay más de cincuenta personas.

—Pero aquí estamos solos. Podemos hacer lo que nos plazca. ¿Qué te apetece, preciosa? —dijo Scott abrazándola. Con ímpetu se apoderó de su boca y la besó profundamente.

—¡Oh, Scott! Haces que pierda la cordura —gimió ella apartándose con el rostro arrebatado.

Él alzó la ceja.

—¿Solo por un beso? —dijo arrastrándola hacia el banco. Con destreza le bajó el escote y tomó el pezón sonrosado en la calidez de su boca.

—Eres perverso —jadeó ella enredando los dedos en su cabello.

—Aún lo seré más —rió Scott sentándola a horcajadas sobre él.

—Deberíamos regresar —dijo Prudence sin mucha convicción. Era lo que menos deseaba en esos momentos.

—¿Tú crees? —dijo él ronco haciéndole sentir lo excitado que estaba.

Ella miró a su alrededor preocupada.

—¿Y si viene alguien?

—Todos estás disfrutando de la fiesta. Tranquila, preciosa. Tenemos tiempo —aseguró apartándole la camisola.

Prudence dejó caer la cabeza hacia atrás enardecida. Ese chico la excitaba de un modo salvaje, tanto que no le preocupaba lo más mínimo que su marido entrase en ese momento y los descubriese fornicando como dos animales.

Quien sí había descubierto la relación que mantenían era Caroline, que curiosa los había seguido.

Con un gesto de asqueo, se apartó del cristal y regresó a la fiesta, pensando que era espantoso lo que había presenciado. Esa mujer y Scott eran unos depravados, y unos traidores hacia el conde Mathesson.

Unos minutos después, regresaron los amantes.

Caroline los miró con hosquedad. ¿Cómo podía Scott hablar tan tranquilo con el marido de Prudence después de lo que habían hecho? ¡Qué desfachatez!

—¿Acaso te molesta cumplir años, querida? —le preguntó sir Thomas al

ver su rostro enojado.

—¡Por supuesto que no, sire! Es algo que me hace inmensamente feliz; sobretodo por que cada vez queda menos para verme libre de Darby —dijo ella casi con rabia.

—¿Tan mal te trata?

—Es un tirano —refunfuñó Caroline.

—Solo intenta educarte, querida.

—¡Ya! —bufó ella.

Sir Thomas miró el reloj.

—Creo que es hora de irnos. Felicidades de nuevo, Caroline —dijo Thomas besándola en la mejilla.

Poco tiempo después, los invitados abandonaron la casa.

—¿Te ha gustado la celebración? —le preguntó Scott.

—¡Ha sido fantástica! —exclamó ella entusiasmada olvidando que Darby no merecía ni que lo mirase.

—Pensé que no lo había sido del todo.

—¿Por qué?

Scott la miró fijamente.

—¿No olvidas algo?

—No entiendo —dijo ella.

Él sacó un estuche del cajón y se lo entregó.

—Aún no te había regalado nada.

Caroline lo miró perpleja. Ese hombre la desconcertaba. Abrió la cajita de terciopelo y lanzó una exclamación al ver el camafeo de marfil y rubíes.

—¿Te gusta, gatita?

Ella corrió hacia el espejo y se lo puso.

—Gracias, Derby.

—Supongo que este colofón ha hecho que tú fiesta sea magnífica —dijo él acercándose.

Caroline asintió.

—Iré a acostarme. Estoy agotada —musitó.

—Continúas olvidando algo —dijo él apoyándose en la repisa de la chimenea.

Ella lo miró temerosa al recordar que Darby la había amenazado con demostrarle que le gustaría que la besara.

—Creo que no —dijo al fin.

—Es extraño. Creí que era lo que más te importaba de este mundo. ¿Tan

frívola eres? —dijo él en tono burlón.

—No comprendo.

—Freddy no ha asistido y a ti parece no preocuparte lo más mínimo. Te sientes feliz. ¿No es cierto?

—Lo que ocurre es que pretendías aguarne la fiesta al negarle la entrada. ¡Pues no te he dado este gusto! —exclamó ella con ojos encendidos.

—Preciosa, si lo amaras, nada te hubiese hecho sentir dichosa.

—¡Lo amo! ¡Lo amo! —bramó ella casi llorando.

—Cuando alguien quiere de verdad, el corazón sufre por la ausencia del ser amado.

—¿Y tú que sabrás del amor? —dijo Caroline con desdén.

—Desconoces mí vida, Caroline.

Ella lo miró perpleja. Su rostro había adquirido un rictus de tristeza.

—Será mejor que nos retiremos. Ha sido un día duro —decidió él.

Caroline lo vio alejarse. ¿Sería posible que ese desalmado hubiese sufrido por una mujer? No tenía la menor idea. Como él había dicho no sabía nada sobre su pasado.

Tras la fiesta, Caroline pensó que las cosas habían mejorado, pero todo volvió a ser como antes. Scott continuó haciéndola trabajar duro y escudriñándola en cada uno de sus movimientos.

Muchas veces su profundidad azul mostraba odio, otra indiferencia y a veces, ese brillo vehemente que había visto en sus ojos la noche que se reunió con la condesa. Y eso la asustaba. Derby era un hombre sin escrúpulos.

—Hoy te has esmerado —le dijo Scott soltando la servilleta.

—¿Desea algo más, el señor? —preguntó ella con ironía.

—No es necesario que emplees ese tono, jovencita —dijo él con aspereza.

—¿Y cuál debo emplear? ¿Acaso no soy tú esclava? —se quejó ella.

—No digas estupideces —gruñó Scott.

—No me diferencio de ellas en absoluto. No puedo salir y me prohíbes que vea a Freddy. Estoy cautiva en mí propia casa.

—Aún no lo es —le recordó él.

—¡Lo sé, maldita sea! —gritó Caroline dando un puñetazo en la mesa.

—Esa actitud no es digna de una señorita —la reprendió Scott con gesto hosco.

—Ni trabajar como una criada —le recriminó ella.

Scott la miró con seriedad.

—Una niña caprichosa como tú deberías aprender como es la vida en verdad. ¿Acaso piensas que todo es tan fácil? Te estoy haciendo un favor, Caroline. Algún día me lo agradecerás.

—Estaré retribuida el día que te pierda de vista —siseó ella.

Él esbozó una sonrisa.

—Estoy seguro, que cuando llegue ese instante me echarás en falta.

—¿Echar de menos a un tirano? Sin duda estás loco, Derby.

—Tal vez —dijo él con indolencia.

Caroline se levantó.

—Buenas noches. Estoy cansada.

Scott la miró mientras subía. Esa muchacha era realmente hermosa. Incluso deseable, a pesar de su carácter de mil demonios. En más de una ocasión

había pasado por su cabeza tomarla entre sus brazos y hacerle el amor hasta el agotamiento.

Sacudió la cabeza apartando esa insensatez. Él no necesitaba seducir a una chiquilla y menos si estaba a su cargo, supuestamente protegida.

Apuró la copa y subió a acostarse.

Caroline se sobresaltó al topar con él en el corredor.

Scott la miró estupefacto. El cuerpo de Caroline apenas estaba oculto tras la toalla. Tenía el cabello revuelto y los labios temblorosos. Sus piernas largas y torneadas se mostraban con impudicia y no pudo evitar que un ramalazo de excitación le recorriera las entrañas.

—Perdón —musitó mirándola con ojos nebulosos.

Ella se sujetó la toalla con fuerza y corrió hacia su habitación, mientras él, permanecía petrificado ante la visión. ¡Jesús! Era aún más hermosa de lo que había imaginado.

Tras unos segundos, se encaminó hacia su cuarto, inmerso aún en pensamientos que intentaba rechazar. Pero era imposible. Caroline había dejado de ser la niña insoportable para transformarse en una mujer que lo encendía.

Mascullando un juramento se metió en la cama. Ninguna mujer merecía respeto y menos ella por sus desprecios. Sin embargo, debía lealtad a Lowell. No la tocaría. Jamás, se prometió.

Al día siguiente, mientras desayunaban, fue incapaz de controlar el brillo traidor en sus ojos. Era inútil matar la naturaleza de su cuerpo.

—Estás muy callada hoy.

—No tengo nada que decir —dijo Caroline recogiendo los tazones.

—¡Inaudito! ¿Estás enferma o acaso has decidido no hablarme nunca más? —exclamó él con tono mordaz, enojado con él mismo por su actitud absurda.

—No tengo ganas de discutir, Darby —repuso ella con frialdad.

Él jugueteó con la cucharilla y la miró fijamente.

—Mí nombre es Scott, preciosa. No es necesario que seas tan formal, después de todo convivimos juntos.

Ella lanzó un resoplido de exasperación.

—Forzosamente. No nos une ningún sentimiento amistoso.

—Si pusieras un poco de tú parte, la situación podría ser distinta —sugirió Scott.

—Un esfuerzo vano. Dos seres tan distintos jamás podrían ser amigos —replicó Caroline alejándose hacia la cocina.

Él se levantó y la siguió. Apoyó la espalda en el quicio de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho observando como Caroline guardaba el resto de comida en la fresquera.

—¿Por qué esa animadversión? Creo que no te trato tan mal —le preguntó. Caroline lo miró con ojos iracundos.

—¿Eso piensas? ¡Dios Santo bendito! Mírame, Darby.

Él clavó su mirada añil y recorrió su cuerpo de arriba hacia abajo.

—¿Qué tengo que mirar? Solo veo a una muchacha hermosa que se desenvuelve cada día con más habilidad entre los fogones. Eso no me parece nada cruel.

—¡Eres insufrible! ¡Lárgate! Aún tengo que preparar la comida del señor y molestas —explotó ella cerrando la puerta de la despensa con brusquedad.

—En esta casa mando yo y deseo ver como cocinas. Hoy no tengo nada que hacer —dijo él sentándose ante la mesa. Apoyó los pies en una silla y se acomodó sin dejar de observarla con ojos brillantes.

Ella le dio la espalda y dejó caer la harina en el cazo. La nube blanca subió hasta su cara haciéndola toser. Scott estalló en carcajadas.

—¿Te diviertes? —gruñó ella apartándose la harina de las mejillas.

Él miró el mechón que había abandonado la cinta protectora y que caía sobre su frente aún manchada de harina. ¡Señor, estaba verdaderamente seductora! Y olvidando el juramento que se había hecho durante la noche, se levantó avanzando hacia ella.

—Me gustaría divertirme aún más —dijo.

Caroline lo miró atemorizada. De nuevo sus ojos chispeaban de ese modo salvaje.

—No temas, preciosa. Solo quiero hacerte la demostración que te prometí —dijo sonriendo con seducción.

—¿Te has vuelto loco? —gimió ella.

Scott la arrastró hacia su pecho y la abrazó con fuerza.

—Me temo que sí —gruñó buscando su boca, evocando su cuerpo semidesnudo envuelto en una toalla.

Caroline se debatió exasperada. Tenía que escapar. Ese hombre se había vuelto loco y temía que no respetase su honor. Pero él la inmovilizó y continuó besándola con avidez, explorando su boca trémula.

—¿Besa así Freddy? —jadeó él apartándose por unos segundos.

—Por favor, Darby. Suéltame. Ya has hecho la demostración —le suplicó ella con el rostro encendido.

—Aún no. Falta la reacción que espero —musitó él.

Sus labios volvieron a buscar los suyos, pero de un modo distinto. Apartó la brusquedad y saboreó la boca con lentitud, recreándose en su néctar dulce.

Caroline continuó resistiéndose a su ataque sensual. Tenía que detenerlo, pero esa boca la estaba venciendo. Una sensación extraña y placentera la forzó a recibir sus besos casi con complacencia. Y dejó de protestar para saborear los labios hambrientos.

—¿Lo ves, pequeña gata salvaje? Tenía razón. Te gustan mis besos —musitó Scott rozando con la lengua la comisura de su labio inferior.

—Por favor, déjame —jadeó ella asustada ante su propia reacción.

Scott lanzó una risa profunda. Y desatendiendo su ruego la tumbó sobre la mesa, buscando de nuevo el néctar dulce de su boca inexperta, recreándose con deleite.

Caroline intentó oponerse, pero él se lo impidió. Una fuerza irresistible lo empujaba a desear que ella le aceptara, que su cuerpo experimentase la misma excitación que lo había invadido.

—¡No! —exclamó Caroline cuando la mano de Scott comenzó a perderse bajo el vestido acariciando la suave piel de su muslo.

Él impidió que volviese a protestar con su boca voraz e incansable. ¡Señor! Esa muchacha lo estaba trastornando. Anhelaba poseerla casi con desesperación. Y podría hacerlo sin ninguna duda. Caroline estaba cediendo. Su cuerpo tenso comenzaba a relajarse y sus protestas, ahora eran solo meros murmullos. Podía sentir como su piel temblaba excitada por sus caricias osadas. Sí. Sería fácil tomar a esa chiquilla.

De repente, se separó con brusquedad.

Caroline lo miró arrebolada y al ver su rigidez, bajó de la mesa.

—¡Eres... eres un canalla! —gritó.

Scott sacudió la cabeza en señal de acuerdo. Había estado a punto de quebrantar la palabra dada a Lowell.

—Temo que me he extralimitado. Lo siento —dijo con gesto circunspecto.

—¡Efectivamente! ¡En tú papel de tutor no entran estas... estas inmoralidades! Pero debí suponer que un canalla como tú intentaría aprovecharse de la situación. ¡Pero no soy tu esclava! Y te juro, que si vuelves a tocarme, te mato —exclamó Caroline con el rostro rojo de ira.

—Juro que jamás volverá a suceder —dijo Scott dando media vuelta.

Caroline se apoyó en la mesa respirando con agitación. Había estado a punto de sucumbir, de entregarse a ese delincuente. Aún podía sentir el fuego

que ese bastardo había desatado en su interior. ¿Por qué sus besos, sus caricias osadas la habían hecho sentir una sensación tan agradable y al mismo tiempo tan punzante? ¿Cómo había podido ocurrir si ella lo odiaba?

Con un gemido de angustia corrió hacia su habitación

Scott, paseando con nerviosismo, aún se estaba preguntando la razón que lo llevo a comportarse de un modo tan vil y traicionero con el hombre que le había otorgado su confianza. Y descubrió aterrorizado, que era incapaz de enfrentarse a Caroline; no al menos esa mañana.

Abandonó la casa y se dirigió a los establos.

—Muchacho, hoy estaré ausente. Si necesitáis algo, me localizáis en la mansión Greentree —le dijo al mozo montando el caballo.

—Sí, señor.

Caroline, desde la ventana de su habitación, miró como se alejaba. Un rictus de odio cruzó su rostro.

Bajó al salón y preguntó hacia donde iba. Al enterarse que no regresaría en todo el día, ordenó a un criado que fuese en busca del abogado que había en el pequeño pueblo vecino. Seguiría el consejo de Freddy y haría testamento. Ese bastardo no se llevaría nada, absolutamente nada que le perteneciese si moría antes de alcanzar la mayoría de edad.

Tras terminar con el abogado, desobedeciendo las órdenes explícitas de Scott, montó su caballo y se encaminó hacia casa de Freddy.

La prostituta lanzó un juramento al escuchar los golpes en la puerta. Freddy se separó de ella jadeante y abandonando la cama, se puso los pantalones.

—¡Pase! —gritó sentándose ante la mesa.

El hombre de aspecto siniestro entró en el cuartucho. Su boca se curvó en una sonrisa burlona al ver a Dora.

—Veo que no pierde el tiempo.

Freddy le lanzó una mirada hosca.

—No está aquí para opinar. ¿Qué hay de nuestro asunto?

—Ya he buscado a los hombres. Están dispuestos a trabajar para usted, si son bien recompensados, por supuesto. Este trabajo se sale de lo común —respondió el tipo mirando de reojo a la mujer que, desnuda, se levantó para servirse una copa de ron. Llenó otra y se la ofreció a Freddy.

—¡Por favor, Morris! Esos truhanes no son unas hermanitas de la caridad precisamente —dijo Freddy con cinismo.

—Ni él un hombre cualquiera. Si no pillan, nuestros cuellos penderán de la horca —replicó él.

—¡Maldita sea, no me vengas con falsos temores! ¿Qué es lo que quieres? ¿Más dinero? —bramó Freddy con el rostro contraído.

—Solo digo que, el precio varia depende de la victima. Ésta sale un poco más cara —repuso Morris sin alterarse.

Freddy tragó el contenido del vaso de un solo golpe.

—¿Cuánto? —preguntó.

—El doble —respondió Morris.

—No le hagas caso, cariño. El cabrón quiere timarte —intervino Dora.

—¡Mantén el pico cerrado, zorra! —vociferó Morris apuntándola con el dedo.

—¡No acepto órdenes de un bastardo asqueroso como tu! —le espetó ella mirándolo con repugnancia.

Freddy lanzó un suspiro.

—Solo ha expresado mis propios pensamientos. O aceptas la cantidad

inicial, o no hay trato.

Morris apretó la boca intentando mantener la calma. Si no fuese porque el chico era el mejor cliente que jamás había tenido, le rebanaría el cuello en ese mismo instante. No le caía bien. En realidad, nunca le cayeron bien los tipos con los bolsillos forrados que se pavoneaban de su poder. Y ese mequetrefe era el más arrogante con el que se había topado.

—Pongamos que la mitad más —propuso.

—Dejémoslo en un cuarto —contestó Freddy llenándose de nuevo el vaso.

—Deberías aceptar. Es una oportunidad única —dijo la prostituta recogiendo el cabello ante el espejo.

Morris clavó sus ojos saltones en su cuerpo. Era una mujer de curvas generosas, la puta más apetecible del puerto. Una puta que nunca aceptó que fuese su cliente.

—¿Es necesario que esta golfa esté aquí? —gruñó volviendo a mirar a su cliente.

Freddy la sentó sobre sus rodillas y acarició sus turgentes pechos con una sonrisa socarrona.

—No lo sería si no hubieses llegado antes de lo acordado. Aún no había terminado con ella. A decir verdad, nos interrumpiste en el mejor momento. ¿No es cierto, encanto?

Ella rió divertida al ver como el rostro de Morris se crispaba. Y provocándolo, besó a Freddy hondamente. Él la separó con suavidad.

—Ahora no, cielo. Estamos en medio de una negociación. ¿Y bien, Morris?

Él lo miró ceñudo. Debería rechazar el acuerdo por el trato humillante que estaba recibiendo. Sin embargo, no podía rehusar una cantidad tan sustanciosa.

Freddy sacudió la cabeza y palmeando en las nalgas de la prostituta dijo:

—Muy bien. Añadiré alguna mejora. ¿Qué te parece Dora? He podido comprobar que te gusta. Y según tengo entendido aún no has podido catarla.

Ella saltó de sus rodillas y lo miró iracunda.

—¡Ni lo sueñes! ¡Jamás me acostaré con este cerdo baboso! —bramó.

Freddy volvió a sentarla sobre él y le alzó el mentón.

—No eres más que una vulgar puta y las putas no eligen. Lo harás o te rajaré tu bonito rostro y no podrás trabajar nunca más. ¿Comprendes lo que digo? —le dijo con una sonrisa sibilina.

Dora asintió atemorizada al ver el brillo salvaje en los ojos del muchacho. Ahora ya no le parecía tan dulce ni adorable; si no el demonio reencarnado en

una cara hermosísima y casi infantil.

—¿Arreglado? —inquirió Freddy mirando a Morris.

Él sonrió por primera vez visiblemente satisfecho sin dejar de mirar a Dora con ojos lujuriosos.

—Solo tiene que decirme cuando y dónde.

—Serás avisado. Puedes irte —contestó Freddy alzando la mano.

—¿Y que hay de Dora? —inquirió Morris desconcertado.

Freddy estalló en carcajadas.

—Veo que estás impaciente. Pero, como dije, aún no he terminado con ella. La tendrás cuando el trabajo esté rematado. No temas. Esta zorra no te rehuirá nunca más. ¿No es cierto, cariño?

Dora tragó saliva y asintió.

—¿Lo ves? Ahora, largo —lo despidió Freddy.

—No puedes hacerme esto. Ese tipo es un degenerado y suele maltratar a las mujeres. Mary acabó con una costilla rota. No quiero. No —le dijo Dora angustiada en cuanto Morris cerró la puerta.

Freddy le rodeó la cabeza con las manos y la aprisionó con fuerza.

—¿Y piensas que me importa lo que pueda sucederte? Tú no eres nadie especial por quien preocuparse. Lo único que me interesa de ti es que esta noche me des placer. ¡Y me lo darás, maldita perra! —siseó arrastrándola hasta la cama.

Caroline miró a Scott que bajaba y dio media vuelta. No quería hablar con él.

—Espera —le pidió.

Ella se detuvo, pero continuó de espaldas. Él se acercó y tomándola del brazo la obligó con suavidad a mirarlo.

—Esta situación es absurda, Caroline. Ya te pedí disculpas —le dijo.

—¿Piensas que estas semanas actúo con frialdad por lo ocurrido en la cocina? Pues, te equivocas. Simplemente he llegado a la conclusión que es inútil mantener una convivencia civilizada entre nosotros. Lo mejor es que nos ignoremos y evitaremos los conflictos innecesarios.

—Preferiría que llegásemos a ser amigos, la verdad. Pero, como bien dices, temo que es imposible. Las circunstancias no han sido precisamente las más idóneas.

Caroline le apartó la mano y lo miró con seriedad.

—Opino lo mismo.

Scott exhaló un suspiro.

—He de irme. Espero que durante mí ausencia no cometas ninguna estupidez.

Ella le lanzó una mirada furibunda.

—¿Lo ves? ¡No puedes evitar mortificarme!

—Querida, sé lo insensata que eres. Lo único que pretendo es protegerte de las alimañas que intentan cazar a la mejor presa —repuso él sonriendo con cinismo.

Caroline lanzó un bufido.

—¡Eres insufrible! ¡Te odio!

Scott alzó una ceja.

—Tienes un modo bastante curioso de demostrar animadversión, cariño. Aún puedo recordar como me besaste, como...

—¿No tienes prisa? —lo interrumpió ella con sequedad.

—Bastante, pero estoy esperando que me desees un buen viaje —se burló él.

—¡Ojala la próxima vez que te vea sea dentro de un féretro! —deseó ella.

—Lamento no poder concederte este capricho, cielo.

—¿Cuándo me has otorgado alguno? Vivo peor que una criada. Por lo menos ellas, pueden salir, gastar el dinero que les pagamos y relacionarse con quien les apetezca —le reprochó ella.

—Podrás hacerlo el día que cumplas la mayoría de edad —le recordó él.

—Por supuesto, aún me quedan tres malditos años para soportarte —dijo Caroline con desdén.

—¿Y por qué no haces un esfuerzo por suavizar la relación? Yo estoy dispuesto —sugirió Scott.

—¿Piensas abandonar esa actitud autoritaria y déspota? —le preguntó ella.

—Siempre y cuando recapacites y comprendas que lo que hago es educarte para que seas una mujer de provecho —contestó Scott cogiendo la bolsa.

—Si el concepto que tienes de una mujer provechosa es obligarme a cocinar, olvidar los lujos y apartar al hombre que amo de mi lado, no tengo nada que pensar. Es inaceptable lo que me propones —rechazó con frialdad.

—Si esta es tu decisión, continuaré siendo el tutor severo e intransigente —replicó él molesto.

—¿Cómo no! ¿Acaso piensas que soy estúpida y no me doy cuenta que me tratas así por que me odias? ¡Tú nunca has querido educarme, si no, humillarme por los desprecios que contigo tuve cuando eras un miserable esclavo! —explotó ella con el rostro encendido por la impotencia.

Scott no perdió la calma.

—Veo que, por fin, confiesas que tuviste un mal comportamiento conmigo.

—Te traté conforme al rango que tenías por ser un ladrón —le escupió ella con desprecio.

Él apretó los dientes. ¡Maldita cría! Era incapaz de cambiar. Pero él lo conseguiría. Algún día pagaría por su crueldad y arrogancia.

—No tengo tiempo para discusiones inútiles. Regresaré dentro de cinco días —dijo zanjando la pelea.

Salió. El carruaje ya lo estaba aguardando.

—Podemos irnos.

Caroline sonrió satisfecha cuando el coche se alejó. ¡Por fin podría vivir tranquila durante unos días!

Scott repasó los documentos durante el trayecto. Los abogados estarían muy satisfechos con sus transacciones. Los negocios marchaban mejor que nunca.

Alzó los ojos cuando el carruaje se introdujo por las calles de Londres. Hacía meses que no acudía a la gran ciudad y estaba ansioso por disfrutar de sus diversiones.

Se inscribió en el hotel y tras cenar, decidió ir al espectáculo de variedades que se anunciaba en la gaceta dando un paseo.

Arrugó la nariz en un gesto de desagrado al ver que una niebla espesa había caído sobre Londres.

Él paseó quedó anulado y alzó la mano para que el carruaje se acercara.

—Al Salón Dorée —le ordenó al cochero.

Unos minutos después, el coche se detuvo. Abrió la puerta y un violento puñetazo lo empujó de nuevo hacia el interior.

Un tipo de ojos saltones brincó junto a él.

—¡Arranca! —gritó golpeando el techo.

Scott intentó abalanzarse hacia su agresor, pero él le asestó un nuevo golpe con el mango del puñal en plena cabeza dejándolo sin sentido.

—¡Maldito cabrón! Ha llegado tu hora —exclamó Morris estallando en carcajadas. El trabajo había sido más fácil de lo supuesto. El mozalbete estaría realmente satisfecho.

Cuando llegaron al puerto, dos hombres ayudaron a cargar a Scott trasladándolo hasta un velero. Sin miramiento lo dejaron caer sobre la cubierta.

Scott ahogó un gemido.

—Todo suyo, capitán. ¡Ah! Recuerde que debe lanzarlo vivo. A mí cliente le entusiasma la idea de que tenga una muerte agónica —dijo Morris entregándole una bolsa de monedas.

—¿Qué le ha hecho? —se interesó el capitán.

Morris chasqueó la lengua.

—El tipo anuló una alianza que para mí cliente era muy importante.

—¿Una chica rica, no? —rió el capitán.

—¡Oh, no sea tan materialista, señor! Al muchacho parece que, a parte de desear su dinero, también le gusta su futura esposa.

El capitán entrecerró los ojos.

—Este hombre viste con elegancia. Sin duda, estamos tratando con un hombre de posición alta. ¿Me equivoco?

—Ha dado en el clavo, capitán —respondió Morris.

—Entonces, deberemos sacar más tajada.

Morris lo miró con incompreensión.

El capitán lanzó un suspiro de hastío.

—No me extraña que no seas nada en esta vida. Tu inútil cabeza es incapaz de pensar. ¿Pero no ves que esto es un filón? Chantaje, amigo mío. Chantaje.

—¡Es usted un genio, señor! —exclamó Morris.

—¿Sabes dónde vive? —quiso saber el marino.

—Lo hice seguir. A unas horas de Londres, en una mansión cerca de Maidland.

El capitán asintió con seriedad.

—Hemos topado con un noble. Un aristócrata que pagará religiosamente si no quiere que hablemos. No lo pierdas de vista. A mi regreso haremos planes.

—¡En fin! Lo dejo en sus manos —dijo Morris bajando la pasarela.

El capitán ordenó que levaran anclas y que trasladaran al prisionero a un camarote.

Scout, medio aturdido, miró impotente como la puerta se cerraba. Pero el temor a la muerte fue superado por la rabia al comprender que Freddy y Caroline habían ganado la partida. Y se juró que, si salía con vida, pagarían con gran sufrimiento su traición.

Freddy entró en el salón y dejó caer el sombrero sobre la butaca. Sus ojos azules se clavaron en Caroline. Esa muchacha estaba cada día más hermosa y su deseo cada vez más incontrolable. Y se preguntó hasta cuando debía aguardar para llevarla en su cama.

—¿Alguna novedad? —le preguntó Caroline mirándolo con gesto preocupado.

—Nada. Es como si se hubiese evaporado —repuso él besándola en la mejilla.

Caroline respiró profundamente.

—No lo comprendo. ¿Qué puede haber pasado?

Freddy alzó los hombros con indiferencia.

—Querida, por lo que a mí respecta, me importa un comino. En verdad, me alegro de su desaparición. Ese tipo era un estorbo y un canalla contigo. Deberías alegrarte. ¿O has olvidado que temías que te matara? Incluso testaste a mi favor si eso pasaba.

—Y lo hago. De todos modos, no lo encuentro lógico. Darby jamás abandonaría esto, el poder que papá le entregó. Un hombre ambicioso y vengativo como él no —insistió ella.

—Cabe la posibilidad que ese bastardo huyera con parte de tú fortuna —sugirió Freddy.

Caroline negó con la cabeza.

—Los abogados me han informado que sigue intacta, incluso se ha incrementado. Darby ha sido un buen administrador y un sagaz hombre de negocios.

—Esa información me alivia. ¿Y qué piensas entonces? —le preguntó él sirviéndose una taza de té.

—Que algo malo le ha ocurrido —contestó ella en apenas un murmullo removiendo la cucharilla.

Freddy se sentó junto a ella y tomándola del mentón le alzó el rostro.

—Querida, eso sería lo mejor que pudiera pasar. ¿No lo comprendes? Ahora somos libres para casarnos.

Caroline sacudió la cabeza.

—Solo hace dos meses que mí tutor desapareció. Hasta que no lo declaren realmente muerto, seguimos estando en su poder. Y hay otro contratiempo. Papá, que sin duda había enloquecido debido a la enfermedad, dejó escrito a esos abogados que no permitieran nuestra boda hasta mi mayoría de edad o perdía la herencia.

El rostro de Freddy se tensó.

—Nunca me lo dijiste.

—Me enteré ayer.

—¡Eso es una mezquindad! ¿Pero por qué le desagradaba tanto a tu padre? ¿Acaso no era un buen partido para su preciosa hija? ¡Por todos los demonios, soy marqués y rico! —exclamó alzándose.

—Yo sí te considero el mejor y te aseguro que me casaré contigo. Simplemente deberemos esperar —le aseguró ella.

—¡Tres malditos años! ¡No puedo aguantar tanto tiempo! —bramó él paseando agitado.

Caroline se levantó y se acercó a él. Con una sonrisa triste lo tomó de las manos.

—Cariño, yo también te amo y desearía ser tu mujer hoy mismo. Pero no es posible. Perdería el legado y no creo que desees que eso ocurra. Tú más que nadie puede comprender. A ti tampoco te agradecería renunciar a la herencia de tus antepasados.

Él asintió.

—Por supuesto que lo entiendo. Pero me irrita que nos hagan perder tanto tiempo. Un tiempo que no podremos recuperar. ¿O tal vez me equivoco? —dijo mirándola con ojos brillantes.

Caroline, al comprender, se ruborizó.

—Freddy, no puedes pedir eso.

—¿Por qué razón? Nos amamos y pensamos casarnos. ¿Qué mal habría en disfrutar del amor? Yo te deseo, Caroline. No sabes cuanto. Sueño noche y día con tenerte, con acariciar tú piel de seda. ¿Acaso no sientes lo mismo? —dijo él abrazándola.

Ella apoyó las manos en su pecho y lo miró con gesto de reprobación.

—¿Quieres que deje de ser una mujer decente?

—Entregarse al hombre amado no es ninguna inmoralidad, y menos si éste será tú esposo. Necesito que pruebes el amor que dices sentir. Tres años es mucho tiempo. ¿Y si te enamoras de otro? No podría soportarlo. Caroline,

cariño. No seas tan cruel. Al menos, deja que te bese —dijo él con voz suave, acercando los labios hacia su boca.

—No está bien... No deberíamos...

Él la acalló con un beso voraz.

Caroline cedió. Si odiando a Derby había sentido complacencia con sus besos, amando a Freddy sería mucho más gratificante.

Dejó que el muchacho la besara con avidez e intentó corresponder con su misma pasión, pero descubrió horrorizada que no le reportó ningún sentimiento, solo un vacío que le pareció espantoso.

—¿No te ha gustado? —le preguntó él con la respiración agitada.

Ella se separó y dándole la espalda se sentó de nuevo.

—Es que nunca me habían besado —mintió sin apenas mirarlo.

Freddy sonrió divertido.

—Los próximos serán mejores, cielo. Y cuando te haga el amor, descubrirás que no existe mayor placer en este mundo —dijo sentándose junto a ella.

Caroline lo miró sofocada.

—Freddy, sobre esa cuestión aún tengo que meditar.

Él tomó sus manos entre las suyas y la miró con gesto serio.

—Amor mío, tenemos que hacerlo. Es la única solución a nuestros problemas.

Caroline parpadeó confusa.

—¿No lo entiendes? Si quedaras embarazada, esos abogados no tendrían más remedio que aceptar la solución lógica: permitir nuestra boda.

Ella sacudió la cabeza con énfasis.

—No confío que cedieran. Papá era un hombre realmente persuasivo y estoy convencida que, ni tan siquiera en esas circunstancias, dejó escrito que me permitieran casarme contigo.

—¡Maldito loco! —masculló él.

—Loco aún, te pido respeto hacia él —le recriminó ella.

—Querida, ruego me disculpes. El amor que siento hacia ti me hace cometer imprudencias. ¿Puedes comprenderlo, verdad?

Ella apartó el gesto huraño y sonrió.

—Sí. Ahora, será mejor que te marches. Pronto oscurecerá y no quiero que corran los rumores.

—Tus deseos son órdenes, amor mío —dijo él besándola en la mejilla mirándola con devoción.

El rostro de Freddy experimentó un gran cambio al montar el caballo. Un rictus de furia había transformado la dulzura casi angelical. Todo estaba saliendo mal. Darby, a pesar de que sabía que estaba muerto, aún permanecía vivo legalmente. Caroline no podía casarse con él, ni tampoco quería ceder para matar el deseo enfermizo que esa mujer le provocaba. Su padre ya estaba cansado de pagar sus deudas y había amenazado con repudiarlo. Pero aún le quedaba una solución: deshacerse de Caroline. Solo de este modo podría conseguir el dinero que necesitaba.

Caroline, con el rostro radiante, entró en el salón envuelta por los compases de la música. Era la primera fiesta a la que acudía después de la celebración de su cumpleaños unos meses atrás; y la primera vez que era invitada a pasar el fin de semana en la Mansión Treefox.

—Estás realmente hermosa, amor mío —le dijo Freddy tomándola del brazo con orgullo.

—¿Tú crees? Este vestido lo compré hace más de tres años. Pensarán que he empobrecido por no ir a la moda —se quejó ella haciendo un mohín de descontento.

Freddy la miró con embeleso.

—¡Tonterías! Eres la chica más bella de la fiesta.

Caroline sacudió levemente la cabeza indicándole que mirara a una joven de cabellos rojizos.

—¿Incluso más que ella?

—Incluso —sonrió él.

—Dicen que ella pretende casarse contigo. Y cuentan que tiene posibilidades. Es hija de un sire y con una dote colosal. ¿He de considerarla una rival? —le dijo Caroline frunciendo la frente.

—En absoluto, querida. No me interesa esa muchacha. Soy a ti a quien amo —aseguró él con seriedad.

—¿Y por qué la has visitado en varias ocasiones? —inquirió Caroline con tono irritado.

—¡Qué estupidez! Pero. ¿Quién ha dicho tamaña mentira?

—Lord Allen, el duque Preston, la condesa Mortimer. ¿Sugieres que mienten?

Freddy carraspeó inquieto.

—Querida, Betty es amiga de la familia desde siempre. Nos conocemos de niños y es lógico que los visite.

Caroline apretó los labios.

—He dicho que los visité. Nunca lo he hecho de un modo especial por ella. Vamos, querida. No debes preocuparte. Juro que no me importa lo más

mínimo esa chica. Ahora, relájate y disfruta del baile. ¿O quieres que esa falsa rival te amargue la noche? —dijo él intentando calmarla.

—¡Por supuesto que no! ¿Bailamos? —exclamó ella volviendo a sonreír.

Tras cinco bailes, Caroline y Freddy se acercaron a la mesa.

—¿Champaña, querida? —le ofreció él.

—¡Oh, sí! —aceptó ella saboreando el líquido burbujeante con deleite.

—Ahí esta el vizconde de Latimer. Debería hablar con él sobre un negocio. ¿Me disculpas? —dijo Freddy mirando hacia al otro extremo del salón.

—¿Ahora? —se quejó Caroline.

—Las diversiones auspician los buenos tratos. No tardaré. ¿De acuerdo?

—¡Caroline, me alegro de verte!

Ella volvió el rostro y sonrió al hombre.

—Yo también, sir Thomas. Hace mucho que no nos veíamos.

—Desde tú cumpleaños. ¿Sabes algo de Darby?

Caroline borró la sonrisa.

—No. Y tengo esperanzas de no recibirlas nunca —dijo con aspereza.

Los ojos de sir Thomas le lanzaron una mirada de reprobación.

—¿Acaso esperaba preocupación? Darby nunca me trató bien. Mí vida es mucho más feliz sin su presencia.

—Sé cuanto lo odiabas, pero nunca imaginé que una muchacha como tú deseara la muerte de alguien —dijo el hombre decepcionado.

—¿Puede sentir compasión el gorrión hacia el carcelero que lo mantiene cautivo? Sir Thomas. Darby es el único culpable de mis sentimientos abominables —dijo ella con frialdad.

—Ese muchacho solo quería tú bien —lo defendió él.

Ella sonrió con cinismo.

—¡Oh, por supuesto! Y al final lo ha conseguido: con su muerte.

—Espero que te equivoques —musitó sir Thomas.

Caroline oteó el salón con curiosidad.

—¡Vaya! ¿Dónde se habrá metido Freddy? Me disculpa, sire —dijo alejándose.

No lo encontró, ni tampoco vio a Betty. Cruzó la puerta adentrándose en el jardín.

La escena la dejó paralizada. Freddy estaba abrazado a esa arpía y se besaban con fogosidad.

—¡Maldita bruja! —gritó acercándose a ellos.

La pareja se separó bruscamente.

—Caroline, puedo explicarlo. Yo...

—¡Calla, maldito traidor! —bramó Caroline fuera de sí.

—Señorita Lowell. Debería calmarse. Se está poniendo en evidencia —le dijo Betty con suma calma.

—Sí, por favor —le suplicó Freddy mirando a los curiosos que se habían congregado en el quicio de la puerta.

—¿Yo me estoy poniendo en evidencia? ¡Por el amor de Dios, Freddy eres mí prometido! Es ella la que está organizando un escándalo —continuó chillando Caroline.

Betty esbozó una sonrisa arrogante.

—No tengo entendido eso. Todos saben que le han prohibido casarse con Freddy.

—Lo haré cuando cumpla la mayoría de edad, señorita —replicó Caroline con altanería.

—¿Dentro de tres años? Es evidente que es mucho tiempo para que él aguarde. ¿No opina lo mismo tras lo que ha visto? —se burló Betty.

Caroline le lanzó una mirada iracunda.

—Puede usar artimañas indecorosas para intentar atraparlo. Pero le aseguro que él será mi esposo. Haré lo que sea para conseguirlo. ¿Me oye bien? Usted jamás me lo arrebatará. Lo impediré aunque tenga que matarla —siseó dando media vuelta.

Freddy intentó atraparla.

—Querida...

Caroline lo apartó de un manotazo.

—¡Dejen paso! —gritó a los curiosos.

Betty miró a Freddy estupefacta.

—Esa chica está loca —musitó Betty.

Freddy no contestó y dejándola sola, cruzó el salón y subió las escaleras que llevaban a los dormitorios.

—¡Caroline! —gritó abriendo la puerta de su habitación.

—Vete —le pidió ella sollozando.

Freddy se acercó a la cama y le acarició el cabello.

—Querida, puedo explicarlo. Betty es muy testaruda y pretendía demostrar que podía hacerme cambiar de opinión sobre ti.

—¿Por eso la besabas con tanta pasión? —inquirió ella con acidez.

—La impresión que te produjo verme en brazos de otra, te confundió. Lo

cierto era que yo intentaba separarme. Es la verdad, amor mío.

Caroline le lanzó una mirada iracunda.

—Está bien. Lo admito. Cedí a la tentación. Pero te juro que es a ti a quien amo.

—¿Me tomas por idiota? —inquirió ella limpiándose las lágrimas con brusquedad.

Freddy inspiró con fuerza.

—Cariño, el otro día pudiste comprobar que un hombre tiene necesidades. Tú me las niegas constantemente y no he podido evitar caer en las redes de esa perversa. Ya sabes. Los hombres no se controlan con tanta facilidad. Deberías comprender y perdonarme este pequeño desliz. Al fin y al cabo, solo ha sido un beso. Y te juro que no volverá a ocurrir.

Caroline se incorporó de medio cuerpo.

—¿De veras? Acabas de decir que no eres hombre que aguante la abstinencia. Y aún quedan años para nuestra boda.

Él la miró con ojos cargados de deseo.

—Si no fueses tan testaruda, podrías evitarlo, Caroline.

Ella se levantó indignada.

—Me pides que me entregue a ti sin estar casados para que no tengas la necesidad de acostarte con otras. ¿Y juras que me amas? ¡Por el amor de Dios! ¡Que desfachatez!

—¡Pues sí, te amo, maldita sea! Por eso me estoy volviendo loco y ya no sé ni lo que hago. ¡Oh, Señor! Lo único que deseo es poder amarte en completa libertad, pero me lo están impidiendo y ya no lo soporto. Caroline, cielo. ¿Por qué estamos discutiendo? Los dos nos queremos. Olvidemos lo que ha pasado y comencemos de nuevo. Dame otra oportunidad. Prometo que ninguna mujer se interpondrá entre nosotros —dijo él con desesperación.

Caroline lo miró con tristeza.

—Supongo que los dos estamos sufriendo demasiado. Pero dentro de poco obtendremos la felicidad que nos están negando.

—¿Significa eso que me perdonas? —preguntó él expectante.

—Sí. Pero prometo que si vuelvo a enterarme que la ves o que me engañas con otra, lo nuestro se acabó. ¿Comprendido? —dijo ella.

—Jamás volveré a decepcionarte, amor mío. Ni será necesario que montes un escándalo ante ningún invitado a una fiesta —dijo Freddy con gesto circunspecto.

—¡Oh, Señor! Me parece que lo he estropeado. No podré volver a mirar a

nadie a la cara con dignidad —gimió Caroline.

Freddy alzó las cejas.

—Un poco. De todos modos, mañana comentarán la situación como algo divertido y volverán a aceptarte. No eres la primera mujer que ofrece ese espectáculo. Y por supuesto, no serás la última. Debo regresar al salón. Les diré que estás indispuesta y te disculparé. Ahora, acuéstate e intenta relajarte —dijo él esbozando una sonrisa.

—Lo intentaré —musitó Caroline.

Freddy cerró la puerta y ella se dejó caer sobre la cama con gesto hundido. Había estropeado su primera presentación social por un desliz sin importancia de su prometido.

Con gesto cansado se quitó la ropa y se metió en la cama, quedándose dormida pensando que moriría de vergüenza a la mañana siguiente cuando tuviese que enfrentarse a ellos.

Apenas había amanecido, cuando el grito desgarrado de una mujer la despertó bruscamente.

Se puso la bata y salió de la habitación. Otros invitados también atisbaban con ansiedad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

La anfitriona llegó acompañada de una sirvienta que gimoteaba con histeria.

—Betty has sido asesinada. Alguien le ha clavado un cuchillo en el pecho. Junto a su cadáver se ha encontrado este pendiente. ¿No es suyo, señorita Lowell? —le dijo la marquesa mirándola con recriminación.

Los demás curiosos la miraron acusadores.

Caroline tragó saliva al imaginar lo que pensaban.

—Sí. Pero le aseguro que no me he movido en toda la noche de la habitación. Además...

—¿Qué está insinuando? —casi clamó Freddy encaminándose hacia Caroline.

—No insinúo. Esta alhaja estaba en la mano de la víctima. Y su prometida amenazó anoche a Betty —contestó ella con acritud.

—¡Yo no he hecho nada! ¡No he matado a esa chica! —gimió aterrorizada Caroline.

—Por supuesto que no, querida. No te preocupes. Lo aclararemos y todos los que ahora te acusan, tendrán que pedirte perdón —dijo Freddy llevándola dentro de la habitación.

Freddy miró a Caroline con una sonrisa.

—No desesperes, amor mío. Ganaremos el juicio —le dijo con una sonrisa.

Caroline hundió el rostro entre las manos sollozando con desgarró.

—Será inútil. Todas las pruebas están contra mí. No hubo testigos y no tengo coartada. Además, una de mis criadas declaró que también amenacé a Darby y sospechan que tuve algo que ver con su desaparición. Estoy perdida. ¡Me colgarán!

—¡No lo permitiré! —exclamó él abrazándola con desesperación.

Ella alzó el rostro. Su cara estaba pálida y grandes ojeras bordeaban sus ojos azules.

—Es la sentencia para los asesinos —musitó.

—No si alegamos minoría de edad y su estatus social —intervino el abogado defensor.

Caroline lo miró espantada.

—La cadena perpetúa sería peor que la muerte, señor Osborn.

—Se equivoca. Es mejor vivir. Sobre todo en su caso. Puede que algún día se demuestre su inocencia.

—¿Y quién procurará demostrarlo? —dijo ella con escepticismo.

—Yo no descansaré hasta conseguirlo, mi amor. Juro que te sacaré de este infierno y seremos felices tal como siempre habíamos planeado —aseguró Freddy tomándole las manos.

Ella sacudió la cabeza.

—Aunque se aclarase todo, tú familia ya no permitirá nuestra boda.

Freddy besó sus manos con fervor.

—Te amo y nadie lo impedirá; por mucho tiempo que tenga que esperar.

Caroline esbozó una sonrisa sombría.

—Freddy, en estos momentos me reconforta tu lealtad. Pero si aceptara eso, demostraría que no te amo. Te pido que si me sentencian a muerte o a años de cárcel, intentes rehacer tu vida. Busca una muchacha que te quiera y forma una familia.

—¡Nunca! —rechazó él con fiereza.

—Cariño, debes hacerlo. Promételo.

La puerta de la celda se abrió.

—Es la hora —anunció el carcelero.

Caroline se levantó. Sus pasos torpes se encaminaron hacia la sala de justicia. Tomó asiento en la tarima y miró a los asistentes con temor. Toda esa gente ya la había condenado y veía en sus rostros la ansiedad porque el juez dictara sentencia para llevarla a la horca.

Cuando el juez entró, se levantó temblorosa esperando el veredicto.

—Una vez sopesada la acusación de asesinato contra la señorita Caroline Lowell, este tribunal dictamina que es: Culpable.

Un murmullo de satisfacción se alzó en la sala al ver como Caroline se tambaleaba y caía sobre la silla con el rostro blanquecino.

—¡Silencio o despejo la sala! —ordenó el juez.

Todos callaron. No querían perderse el castigo que iba a recibir esa criminal.

El juez carraspeó y comenzó a leer el pergamino.

—Teniendo en cuenta la minoría de edad de la acusada, declaro en nombre del rey, que la sentencia por su vil acción es el exilio y su posterior venta como esclava en las colonias; siéndole confiscadas todas sus posesiones, entregándolas a sus herederos. ¡Qué así sea!

Caroline aferró las manos a la tarima y hundió la cara jadeando sin control. Aquello no podía estar sucediéndole a ella. No había matado a nadie. ¡Era inocente!

El carcelero la asió del brazo con brusquedad y la obligó a abandonar la sala.

—¡Caroline! —exclamó Freddy intentando tocarla.

—Apártese —gruñó el guardián.

—¡Te amo! —gritó el muchacho con el rostro sumido en la desesperación.

Osborn apoyó la mano sobre su hombro.

—Recuerde lo que ella le pidió, my lord.

—¡Absurdo! La amo y quiero que regrese a mí lado. Apelaremos.

—No conseguiríamos nada.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué nos rindamos? ¡Caroline es inocente! —protestó Freddy.

—Nosotros lo sabemos. Si embargo, las pruebas han sido concluyentes. ¿Cree en verdad que encontraremos al verdadero culpable? Podrían pasar

años y en el casual que desveláramos el misterio, y le entregáramos a uno de los nobles que asistieron a la fiesta, el escándalo sería aún mayúsculo. Caroline les viene de perlas para zanjar el asunto. Lo siento, my lord —dijo Osborn abandonando la sala.

Freddy se dejó caer en el banco abatido y aguardó hasta quedar a solas. Miró a su alrededor y esbozó una sonrisa triunfal. El plan había salido casi perfecto. Caroline no iba a ser colgada, pero igualmente conseguiría la fortuna que tanto había ambicionado. Lo único que lamentaba era no haber podido poseer a Caroline. ¡Maldita estúpida! Si se hubiese liberado de su absurda decencia no se habría visto obligado a urdir este plan.

—¿Señor?

Freddy borró la sonrisa y ladeó el rostro.

—Tenemos que cerrar —le dijo el soldado.

Abandonó el edificio de justicia y subió al coche.

—¡Al puerto! —ordenó golpeando el techo. Tenía que celebrar la victoria, y que modo mejor de hacerlo que con esa perversa de Dora.

Sonrió satisfecho. Se sentía libre. Liberado de la tiranía de su padre, de la imbécil de Betty con quien querían casarlo y de la pantomima que tuvo que representar con esa mentecata de Caroline mostrándose como un hombre enamorado.

—Pobrecita. ¿Me extrañarás desde las Colonias? —musitó rompiendo a reír estrepitosamente.

No dejó de hacerlo hasta que entró en la cantina. Con gesto ansioso buscó a Dora, mientras tomaba asiento.

—¿Puedo hablar con usted?

Freddy miró a la muchacha. Su rostro era dulce, de facciones pequeñas y gestos comedidos. Una prostituta realmente singular.

—¿Solo hablar? —inquirió con una sonrisa insinuante, tomándole de la mano.

Ella carraspeó nerviosa. El señor la había confundido con una mujerzuela.

—En realidad... Vengo por un asunto muy importante. Sobre... lady Betty —farfulló.

Él dejó de sonreír y soltó la mano con desprecio.

—Ese asunto está zanjado —dijo al fin.

La muchacha esbozó una sonrisa enigmática.

—Tal vez para la justicia, no para usted, sire. He de comunicarle que era la criada de Betty. Esa noche vi como usted abandonaba su habitación.

¿Imagina lo que podría ocurrir si hablara?

—Pero no lo harás. ¿Verdad? —dijo él con voz acerada.

—Depende de la recompensa por mí silencio. Si es generosa, seré una tumba —respondió ella con arrogancia.

Freddy pensó que ya se encargaría él de cerrarle la boca para siempre.

—¿Qué tal cincuenta libras? —ofreció.

Ella arrugó la nariz.

—¿Me toma por idiota? Quiero mil.

Él sacudió la cabeza con énfasis.

—Sin duda, eres una loca.

—¿Qué son mil libras en comparación de la herencia que recibirá de esa mujer que usted y yo sabemos que es inocente? Vamos sire. Sabe que en mi lugar otro pediría una suma más suculenta. Yo no soy ambiciosa. Lo único que deseo es dejar esta asquerosa ciudad y establecerme en el campo; desaparecer para siempre —replicó ella alzando el mentón.

—Lo harás. No lo dudes. Mañana te espero a la misma hora y recibirás lo convenido. Ahora, vete. Espero a alguien —contestó Freddy alzando la mano para que Morris se acercara.

Ella se levantó satisfecha y se encaminó hacia la puerta.

—¿Ves a esa mujer? Deshazte de ella —le ordenó a Morris.

—¿Para siempre? —preguntó el matón mirándola lascivamente con sus ojos saltones.

—Ya me has comprendido. Y nada de diversión. Ha de morir antes de que alcance la próxima calle. ¿Comprendido? —masculló Freddy.

Morris lanzó un suspiro de decepción.

—Es una lástima. La chica merecía un buen revolcón.

—Complácete en acabar con ella del modo que más te plazca —dijo Freddy mirando a Dora que se acercaba contoneándose con cadencia.

—¡No dudes que lo haré! —rió Morris alejándose.

—¿Qué desea el señor de mí? —le preguntó Dora mirando a Freddy con ojos insinuantes.

Él se levantó y tomándola de la cintura, se encaminó hacia las escaleras.

Mientras, Caroline se estaba preguntando la razón del porqué no había acudido a la celda en compañía del abogado para preparar la apelación.

—Deja de llorar, cielo —le pidió ásperamente la mujer que compartía su mazmorra.

—Tú no puedes entenderlo —susurró Caroline.

—¿Ah, no? Cariño, has matado a una mujer. Seguramente lo merecía, como el cabrón que apuñale. Ahora debemos aceptar el castigo. ¿Comprendo o no? —contestó la mujer quitándose un piojo de sus cabellos encrespados.

—Soy inocente —dijo Caroline.

—Y yo la Virgen María —se burló la otra.

Caroline se tumbó en el camastro y su cuerpo se convulsionó con el amargo llanto. La mujer se acercó y le acarició el cabello.

—Puede que digas la verdad, pequeña. Lo cierto es que no tienes aspecto de asesina. Mí nombre es Norma. Anda, ven aquí —le dijo abrazándola.

Caroline se aferró a ella con angustia.

—¿Qué será de mí? No soportaré la humillación de ser una esclava —hipó.

Norma le alzó el mentón y la miró.

—Eres muy hermosa muchacha... ¿Cuál es tu nombre?

—Caroline.

—Como decía, Caroline, eres endiabladamente bonita. Algún rico colono se encaprichará contigo y no te hará sufrir si le complaces —le dijo sonriendo.

Caroline aún lloró con más fuerza.

—¿Qué pasa ahora? ¿Acaso no te han aliviado mis palabras? —se quejó su compañera.

Caroline la miró azorada.

—Soy una chica decente. No podré comportarme como una ramera. Ni tan siquiera sé como se... como se hace...

Norma la miró estupefacta.

—¡Jesús! ¿Eres virgen? ¡Por todos los diablos! Temo que nunca he conocido a alguna. Bueno, a excepción mía, claro. ¡Eso es fantástico, chiquilla! No dudes que tendrás un trato especial en el barco. La corona no permitirá que estropeen una mercancía tan valiosa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Caroline sorbiendo la nariz.

Norma hizo revolotear las manos.

—Bueno, en las bodegas permanecen juntos hombres y mujeres nada respetables. Es una larga travesía y no reina precisamente la calma. Muchas mujeres han llegado preñadas a las Colonias. Por violaciones, la mayoría.

Caroline se estremeció horripilada.

—Tranquila, Carol. Estarás a salvo. Siempre y cuando especifiques tu estado; y que permitas que lo comprueben.

—No haré eso —jadeó ella.

Norma la miró con seriedad.

—Deberás hacerlo o sufrirás un verdadero calvario.

—Ya lo estoy viviendo —dijo Caroline sin apenas voz.

Su compañera sacudió la cabeza.

—¡Vamos, muchacha! Alegra ese ánimo. ¿Quién sabe? Puede que en América encuentres el paraíso.

—Lo dudo —musitó Caroline.

Caroline avanzó temblando hasta el centro de la tarima.

Owhará:Ne la escrutó detenidamente.

—¿Te gustaría comprar una mujer? —le preguntó su acompañante sonriendo divertido.

—¡Te has vuelto loco, Ó:Ri! ¡Ya tengo suficiente con mí esposa! — exclamó Owhará:Ne con gesto abrumado —. Aunque, a ti no te vendría mal una. No es bueno que el hombre esté sin compañera.

—¡Sin duda eres tú el que ha enloquecido! ¿Piensas que escogería a una convicta? ¿Qué entregaría todo el dinero que he conseguido por una de esas? —repuso Ó:Ri sacudiendo la cabeza con énfasis.

—Esa es hermosa, sin duda. Y no me parece que sea peligrosa. ¿No te gusta?

—Nadie es inocente en este lugar. Solo llegan los asesinos —repuso Ó:Ri sin molestarse en mirarla.

—De todos modos, ella irradia pureza —musitó Owhará:Ne sin poder dejar de contemplarla.

Ó:Ri, sintiendo curiosidad, la observó con más atención. Su corazón se sacudió con violencia al ver el rostro perfecto, el cabello dorado, los asustados ojos azules como el cielo.

—Veo que te interesa. Escuchemos al comerciante —dijo Owhará:Ne.

Ó:Ri no atendió a ninguna de las palabras del oficial que, supuestamente, relataba las excelencias que ella podía proporcionar al posible comprador. No podía. Todos sus sentidos estaban subyugados por la presencia de esa mujer.

—Supongo que, después de lo que ha dicho el soldado, ahora sí te gustaría gastar los ahorros —se burló su amigo al ver el rostro tenso de Ó:Ri.

—¿Qué? —dijo al fin él.

—Que si no te das prisa, ese bribón de Wolf te la quitará.

Ó:Ri tragó saliva. No. No dejaría que nadie se la arrebatase. Alzó la mano para pujar.

—¡Doscientos ofrece el caballero! ¿He oído doscientos cincuenta? — exclamó el soldado.

Wolf asintió.

Ó:Ri volvió a pujar.

—¡Ofrecen trescientos!

—¿No deseabas coger ese barco? —le preguntó Owhará:Ne.

—El viaje ha dejado de tener sentido. Pagaré lo que sea por esa mujer.

¡Quinientos!

Wolf sacudió la cabeza.

—¿Ninguna oferta más? ¡Adjudicada al caballero! —dictó el soldado.

Owhará:Ne esbozó una sonrisa.

—Ya puedes ir a por tu mujer.

Ó:Ri le entregó una bolsa.

—Tengo un asunto que solucionar. Recógela y llévala a casa.

Caroline, sobrecogida, miró al nativo.

—No temer. Tú salvo conmigo. Venir —dijo sonriéndole.

Caroline siguió al indígena por las calles atestadas de carros, caballos y gentes que caminaban con celeridad. Se sentía aterrada. Le habían contado relatos espeluznantes sobre esa gente. Mataban a los hombres arrancándoles las cabelleras y a las mujeres, tras violarlas, las acuchillaban sin piedad.

Al llegar ante una pequeña casa en las afueras, el piel roja se detuvo.

—Él te espera —dijo abriendo la puerta.

Caroline parpadeó desconcertada. Pero al mismo tiempo sintió un gran alivio al comprender que ese hombre no sería su amo.

Con pasos trémulos entró, respingando sobresalta al oír como la puerta se cerraba tras ella, mientras miraba al hombre que se encontraba de espaldas revolviendo unos cajones.

Era muy alto. De complexión atlética. Su cabello negro sobrepasaba sus hombros manteniéndolo sujeto con una cinta. Lentamente se volvió hacia ella. Su rostro estaba semioculto por una espesa barba y sus ojos azules la miraron con frialdad. Una mirada que la traspasó haciéndola sentir miedo. El mismo temor que años atrás le producía Darby.

—¿No te alegras de verme? —le dijo él sin apenas mover un solo músculo.

Caroline parpadeó con incomprensión.

—Me... temo que nunca... nos hemos visto, señor —musitó ella.

Él alzó una ceja y su boca se curvó en una sonrisa cínica.

—Veo que muy pronto me has olvidado, preciosa. ¿O tal vez pensabas que había muerto?

El rostro de Caroline se frunció.

—Le repito que no le conozco, señor. Ayer llegué por primera vez a estas tierras —insistió.

El hombre avanzó hacia ella y Caroline retrocedió.

—Es lógico que me temas. Intentasteis acabar conmigo. Pero como ves, no conseguisteis vuestro propósito —escupió mirándola con odio.

Caroline apretó los dientes en un esfuerzo por no romper a llorar. Ese hombre estaba completamente loco y se encontraba bajo su poder, indefensa, en una tierra salvaje y desconocida.

—No te preocupes, pequeña arpía, no te mataré. Pero juro que pagarás con creces lo que tú y ese bastardo maquinasteis.

Ella no pudo más y rompió a llorar con desgarro.

—¡Le juro que no le conozco! Seguramente... lo más probable es que me confunda con otra.

Él la miró con curiosidad, preguntándose si en realidad no lo había reconocido. Pero eso era imposible. Durante años había convivido en la mansión campestre. Esa actitud era otra de sus pérfidas artimañas. La agarró del brazo y acercó su rostro al suyo.

—¡Mírame, maldita sea! ¡Mira mis ojos! —rugió.

Caroline, temblando, obedeció. La claridad azul se había tornado plomiza y entonces la imagen de su tutor sin esa espesa barba apareció nítida.

—Darby —musitó estupefacta.

—Sí, cariño. Soy Scott Darby, el hombre que Freddy y tú quisisteis matar —siseó él.

Ella abrió la boca incrédula.

—¿Qué? ¡Jamás intentamos esa atrocidad! —exclamó.

—Tú querido amorcito contrató a unos matones para que me hiciesen desaparecer.

—Freddy es un ser noble e incapaz de causar daño. ¿Para qué desearía matarte?

—Esos tipos dijeron que yo impedía una boda y que por eso iban a matarme. Incluso hablaron de la mansión de tu querido amorcito.

Caroline sacudió la cabeza.

—¡Imposible!

—Entonces, no hay duda que tú lo indujiste y él, enamorado como estaba, acató tu voluntad.

—¡Sin duda has enloquecido! —gritó ella.

—Estoy muy cuerdo. Aunque al verte expuesta en la tarima junto a los demás esclavos, pensé que sí me había vuelto loco. Pero no puedes ni imaginar la alegría que sentí al comprender que mi venganza pronto iba a realizarse.

—¿Pero qué te he hecho? —gimió ella.

—Planear mi asesinato. Tú deseabas casarte con él y yo estorbaba. Además, no olvides que en una ocasión amenazaste con matarme si volvía a tocarte —le recordó él.

—¡Eso no fue una amenaza real! De todos modos, con o sin tu presencia, no hubiera podido contraer matrimonio hasta alcanzar la mayoría de edad —se excusó Caroline.

—No te empeñes en mentir, gatita. No eres creíble —dijo él soltándola con brusquedad.

Ella se frotó las manos con angustia.

—Por el amor de Dios, Darby. No miento. ¡Jamás atenté contra tu vida! Si esos desalmados nombraron a Freddy sería por una casualidad. Cuando desapareciste, el propio Freddy se encargó de contratar a unos detectives para buscarte. ¿Crees que si deseaba tu muerte lo hubiese hecho?

Scott sonrió con burla.

—Guardaba las apariencias.

—¡Oh, Señor! ¡Juro que digo la verdad! —se exasperó Caroline.

—Me han entregado los papeles de tu condena. En ellos especifican algunos detalles muy interesantes. Por lo visto el motivo por el que mataste a esa mujer fueron los celos. Le gritaste ante todos que Freddy era tu prometido y que si volvía a tocarlo la matarías. Y lo era porque yo no estaba. Sabes que lo habría impedido, incluso tras tu mayoría de edad porque lo prometí a tu padre —dijo él con el rostro contraído por la ira.

Ella se dejó caer en una silla visiblemente afectada.

—Yo no he matado a esa chica. Ni tampoco conspiré contra ti.

Scott rió con maldad.

—¿De veras, querida? Los hechos son los hechos. Os peleasteis y al día siguiente apareció muerta, junto a un pendiente tuyo. ¿No son eso pruebas?

—Alguien colocó la alhaja ahí —musitó ella.

—Por supuesto —se burló él.

Caroline se alzó con el rostro arrebolado por indignación.

—¡Me da igual que me creas o no! Yo sé la verdad, y prometo que algún día se descubrirá y todos los que me han dañado pagarán con creces.

—¿Cómo? Te han arrebatado la fortuna, la casa, las tierras. Ahora eres una simple esclava. Y me alegro. Mereces pasar un infierno, como al que vosotros me sometisteis. Y te aseguro que junto a mí lo sufrirás. No tendré piedad. Al fin y al cabo, eres una asesina sin derecho a recibir el menor respeto ni atención —masculló mirándola con ira.

Caroline clavó sus ojos azules en la profundidad de sus dos llamas.

—No dudo que lo harás. Pero algún día, Scott Darby, te haré tragar esas palabras y también juro que entonces no tendré compasión. ¡Haré la atrocidad de la que me has acusado injustamente!

Él alzó los hombros con indiferencia y caminando hacia la puerta que se encontraba frente a ella la abrió. Se volvió hacia Caroline indicándole que entrara.

—Está anocheciendo. Mañana tenemos que viajar.

Caroline miró la única cama y se tensó. Aún podía recordar a ese hombre sobre ella besándola con voracidad.

—Desnúdate. Estás cubierta de mugre y hueles mal. Lávate —dijo quitándose las botas.

Ella sacudió la cabeza.

—Caroline, te he dado una orden —dijo ásperamente.

—No me desnudaré ante ti.

—Obedece. ¿O has olvidado que ahora eres una esclava? —insistió lanzándole una mirada helada.

—Siempre lo fui bajo tu tiranía —le recordó ella.

—Te equivocas, gatita. Antes la ley te protegía, pero eso acabó. Se ha vuelto en tu contra y ahora puedo hacer lo que me plazca. Y lo haré —dijo él mirándola con intensidad.

Caroline jadeó asustada ante esos dos carbones encendidos.

—¡Quítate la ropa! —rugió él.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por el hermoso rostro de Caroline, mientras con dedos trémulos intentaba desabrocharse los lazos del vestido casi destrozado por las semanas de navegación.

Scott se acercó y volteándola, hizo el trabajo. De nuevo la volvió hacia él y se sentó sobre la cama mirándola con fijeza. La odiaba con toda su alma. Incluso su estómago al verla se crispó en un gesto de repugnancia. Pero ahora la tenía ante él y ese asco dio paso a un deseo casi irrefrenable por acabar lo que comenzó sobre esa mesa de la cocina. A pesar de la suciedad y el vestido deshilachado estaba preciosa.

—Continua.

Caroline lo hizo.

—¿No pretenderás bañarte con la ropa interior? Tú piel está sucia. Quiero sentirla limpia y perfumada —rió Scott.

Cuando la prenda cayó alrededor de sus pies, él ahogó un gemido. El cuerpo era perfecto. Una diosa hecha para el placer.

Caroline, con las mejillas encendidas, entró en el agua. A pesar del miedo jadeó de placer al sentir el agua caliente. ¡Señor, hacia semanas que no se daba un baño decente!

Scott se levantó y se colocó tras ella. Cogió un cubo y dejó caer el agua sobre su cabello alborotado. Con delicadeza lo frotó con jabón hasta que los reflejos dorados aparecieron brillantes. Después cogió una esponja y frotó su espalda.

—Puedo... puedo hacerlo yo —protestó ella.

—Lo sé, pero tengo el capricho —repuso él paseando la esponja hasta rozar sus pechos.

Caroline respingó sobresaltada e intentó cubrirse.

—Eres mía, preciosa. Quiero que estés quieta —musitó Scott continuando el masaje.

Ella, asustada, se mordió el labio ante la sensación nada repugnante que le estaba provocando.

Scott dejó caer la esponja y sus dedos rozaron los pezones erguidos, sintiendo como un ramalazo de deseo se desataba en su entrepierna. Hacía mucho que no estaba con una mujer. Y, a pesar de odiar con toda su alma a Caroline, ella sería el instrumento para apaciguar su ansia sexual. Era un mero instrumento. Nada más.

—Creo que ya te has bañado lo suficiente. Es hora de ir a la cama —masculló alzándola.

—¡No! ¡No permitiré que lo hagas! ¡Soy una chica decente! No quiero yacer contigo—gritó Caroline pataleando.

Él lanzó una risa gutural.

—¡Oh, sí! Lo harás. Ahora si estás en mis manos, pequeña gata —sentenció Scott.

Scott la tiró sobre la cama y comenzó a desnudarse con premura. Estaba exaltado, ansioso por tomar a esa mujer perversa y someterla a todos sus deseos. Deseaba castigarla, hacerla sufrir; del mismo modo que él lo había hecho por su culpa.

Ella se acurrucó contra el cabezal apoyando las piernas sobre el pecho, mirándolo aterrorizada.

—Por favor, no puedes violarme —jadeó al ver reflejada en el rostro de Scott la lujuria.

Él alzó una ceja.

—¿Violarte? A una mujer tan voluptuosa como tú no hará falta forzarla. He sentido como la excitación te traspasaba cuando te he acariciado, del mismo modo que reaccionaste cuando esa mañana intenté hacerte el amor. Además, supongo que Freddy y tú ya os habréis acostado. No será ninguna novedad para ti fornicar conmigo.

—Nunca me he acostado con un hombre —confesó ella.

—No me tomes por estúpido, preciosa —masculló Scott.

—¡Es cierto! —exclamó ella acurrucándose aún más cuando él se reclinó en la cama.

—Sabes que descubriré la verdad en unos minutos. No insistas. Acércate —dijo él rozando la yema del dedo en su pantorrilla.

Caroline permaneció quieta.

—¡Por Cristo! ¡Ven aquí! No te haré nada que ese bastardo no te haya hecho ya —bramó Scott arrastrándola junto a él. La rodeó con el brazo y con la otra mano le alzó el mentón. Al ver el espanto en su rostro chasqueó la lengua —. Aunque, pensándolo bien, creo que ese niño aún no era demasiado experimentado. Es probable que descubras nuevos placeres.

Ella lo empujó con los puños.

—Cariño, he decidido tenerte y lo conseguiré. Así que, te aconsejo que pongas un poco de voluntad y todo irá mucho mejor —le aconsejó él buscando su boca.

Con fiereza se abrió paso hurgándola. Caroline gimió impotente e intentó

darle una patada. Y esa oposición aún lo enardecía más. La apretó contra su pecho y ella pudo sentir su masculinidad exaltada.

—Quieta, gata salvaje —gruñó aferrando los dedos en su cabello dorado.

—Te lo suplico, no lo hagas —jadeó ella.

Él la miró con ojos nebulosos.

—¿Por qué razón debería detenerme? Te deseo y eres mía —dijo jugueteando con sus rizos.

—¿No te importa que te odie? —musitó ella.

—Si has conseguido esto sabiendo que intentaste matarme. ¿De veras piensas que tu odio me parará? No, preciosa. Quiero que seas mía para aliviar este deseo —dijo bajando la mirada hacia su entrepierna.

Ella lo miró horripilada.

—¿Acaso no escuchaste al vendedor pavonearse de mi virginidad? —gimió.

Scott alzó los hombros con dejadez.

—No presté atención. Además, todos mienten para sacar más dinero. Cariño. Te aseguro que te gustará. Sé como complacer a una mujer —rió.

—A mi me harás sufrir —sollozó Caroline.

Bajo el rostro y su boca aprisionó el pezón sonrosado.

Caroline se revolvió con fiereza y tiró de sus cabellos obligándolo a lanzar un gemido.

—¡Maldita arpía! Se acabó mi paciencia. Vas a darme lo que quiero ahora mismo —masculló posándose sobre ella.

Sin ningún tipo de consideración se abrió paso entre sus muslos y comenzó a penetrarla. Caroline lanzó un gemido de dolor clavándole las uñas en la espalda. Scott alzó el rostro y detuvo sus movimientos mirándola desconcertado. No le había mentado. Caroline aún era virgen. Con el ceño fruncido se apartó. Apoyó el codo sobre la cama y le alzó el mentón.

—No lo comprendo. Decías estar enamorada de Freddy. ¿Por qué no te acostaste con él?

Caroline se enjuagó el llanto con el dorso de la mano.

—Soy una chica decente. Pero tú... tú me has... arrebatado la virtud —hipó.

Scott rió divertido.

—Compruebo que aún eres más inocente de lo que jurabas. Preciosa, aún posees tú preciada doncella.

Ella lo miró aturdida.

—Apenas había comenzado —le aclaró él.

—¿Y ahora que sabes la verdad, me respetarás? —le preguntó Caroline sin apenas voz.

Scott la miró pensativo durante unos segundos. Su boca se curvó en una sonrisa malévolamente.

—Gatita, hace unos años me otorgaron tú formación. Intenté que te convirtieses en una dama educada y respetable. No tuve éxito. Tú perversamente maquinó mi asesinato. Eso me libera del juramento que le hice a tu padre. Ahora, intentaré enseñarte algo muy distinto: A complacerme en la cama.

—¡Nunca lo haré! ¡Jamás seré tu cortesana! —jadeó ella con el rostro arbolado.

Él la miró con severidad.

—Naturalmente o te prometo que te venderé al tipo más degenerado de la ciudad y esto será el cielo comparado con lo que te esperaba con él. No me provoques, Caroline. ¿Comprendido? Abre la boca —dijo.

Ella, hipando, obedeció.

Scott acercó el dedo a los labios.

—Eso es, preciosa. Ahora absórbelo. Chúpalo —musitó él sintiendo como crecía su ardor. ¡Señor! Esa simple caricia lo estaba alterando de un modo brutal. Se apartó con brusquedad.

—No te... enojas, por favor. Ya te he dicho que no... no soy experta —le suplicó ella.

—Por eso te estoy educando. Bésame, Caroline.

Ella hizo oscilar la cabeza negándose. Scott la tomó de la nuca y la elevó hasta su boca.

—Bésame. Lame mis labios —insistió con voz acerada.

Caroline, ante la inutilidad de cualquier protesta, entreabrió los labios. Con el corazón latiéndole con fuerza por la degradación a la que estaba siendo sometida, lamió con la punta de la lengua los labios carnosos de Scott, haciéndolo lanzar un gemido placentero.

Él, incapaz de resistir por más tiempo la dulce tortura, la apretó contra su cuerpo y la besó con hambre.

—Quiero que respondas, Caroline —murmuró sobre su boca entreabierta.

—No... Puedo —hipó ella.

Scott la fulminó con la mirada.

—Lo harás para saldar tu cruel delito. Bésame.

Una vez más, acató la orden, respondiendo del modo que él le había enseñado.

Las manos inquietas de Scott recorrieron su espalda con sutileza, deteniéndose en las nalgas turgentes, acariciándolas. Alarmada, comprobó como una ráfaga electrizante la recorría, provocando que un gemido escapase de su garganta.

Scott sonrió. Se apartó y la posó de espaldas.

—Veo que no te desagradó tanto como me has hecho creer.

—Solo he expresado temor —se excusó ella con la respiración agitada.

Scott se tumbó de costado apoyándose en el codo, sujetándose la cabeza con la mano.

—¿De veras? Querida, sé cuando una mujer es voluptuosa y tú lo eres. Pero veo que aún no te has percatado. Así, que cambiaré los planes. Hoy seré yo quién te descubra tu propio placer —rió él acariciándole el cuello.

—Solo me provocarás asco —dijo ella con ojos encendidos de indignación ante su arrogancia.

—Veremos que ocurre si hago esto —la retó frotándole el pezón con la palma de la mano.

Ella respingó alterada al comprobar que su masaje le reportaba el placer que él le había prometido y saltó alejándose.

—¡Ah, no! He de comprobar la repulsión que juras tenerme —protestó Scott atrayéndola de nuevo. Le tomó con la mano derecha las muñecas y la mantuvo sujeta, mientras que con la otra mano reiniciaba las caricias.

Sus ojos brillaron divertidos al sentir el botón endurecido bajo la mano. Con un rictus de perversidad tomó el pezón en la humedad ardiente de su boca y lo succionó con avidez. Ella emitió un leve sonido de protesta. Esa boca la estaba incitando a olvidar que no debía ceder.

—¿Lo ves? Tengo razón. Eres muy sensual.

—Me estremezco de miedo y de repugnancia —negó ella.

—A parte de ser una asesina eres retorcida. Dices que me odias y sin embargo, deseas que te acaricie, que te tome. Aunque, cabe otra posibilidad y es que siempre hayas estado enamorada de mí.

—Estás loco —musitó Caroline.

—Creo que los dos lo estamos.

Deslizó la mano libre lentamente por su estómago, por su vientre, hasta alcanzar su entrepierna. Buscó la carne tersa y la acarició con delicadeza.

Caroline saltó sobrecogida cuando los dedos alcanzaron el centro de su

placer. Scott era un demonio perverso. Lo aborrecía con toda su alma. Pero no conseguiría nada negándose ante lo inevitable. Sería mejor, decidió, no oponer resistencia. Tal vez de este modo, Scott procuraría ser más delicado y le haría sentir esas sensaciones un poco agradables que le provocó en el pasado. Intentó relajarse. Cerró los ojos para poder pensar en la felicidad que sintió de niña, para alejarse de ese momento sórdido y vejatorio. Para evitar cualquier sensación. No lo consiguió. Por el contrario, los dedos de ese hombre la estaban llevando a una percepción grata e incluso gozosa. ¿Tenía razón Scott y era tan desvergonzada como una mujerzuela?

Scott gimió casi con agonía al notar su humedad. Anhelaba poder liberar la tensión que lo atenazaba. Pero esa noche sería un error poseerla. No es que le importase ser delicado. No lo merecía. No obstante, no quería tener en su lecho a una mujer obligada a ser sumisa. Deseaba fuego, pasión, entrega. Y por la reacción de su esclava, estaba convencido que terminaría olvidando su inquina para suplirla por el placer. Por ello debía mostrarle que el sexo podía ser muy gratificante. Con la frente sudorosa por el terrible esfuerzo al que estaba sometido, la penetró con el dedo.

Caroline jadeó con angustia.

—Mírame —le pidió ronco.

Ella lo hizo.

—Dime ahora que te repugno —musitó él acrecentando el ritmo de sus caricias.

—Me lastimas. Noto un terrible dolor en las entrañas —jadeó Caroline con el rostro arrebolado.

—Yo te liberaré de él, cielo y sabrás lo que es el placer —aseguró apretando los dientes.

Dejó de sujetar sus manos. Con fiereza capturó su boca y la besó profundamente, sin dejar de acariciar su sexo.

Ella, envuelta en una vorágine desconocida y vergonzosa, no pudo evitar que su cuerpo temblase.

Scott se apartó ligeramente. Su rostro estaba contraído por el dolor que sentía en las ingles. ¡Señor deseaba tanto poseerla! Pero no lo hizo. Clavó los ojos en el rostro atormentado de Caroline.

—No te reprimas, cielo. Deja que suceda. Disfruta —le dijo con voz queda.

Caroline, inconscientemente, en pleno abandono, impulso las caderas hacia esa mano insidiosa que la estaba torturando en busca del bálsamo que le

había prometido.

—Eso es, gatita. Lo haces muy bien —susurró Scott acelerando el ritmo de sus caricias, sin apartar los ojos de su rostro tenso, de esos labios rojos que se estremecían de placer.

Ella se contrajo en un rictus doloroso. La tormenta rugía en cada poro de su piel. De repente, el huracán se extendió arrasando toda cordura. Y cuando la delicia exquisita la traspasó, se convulsionó casi con violencia dejando escapar un gemido profundo.

Scott la abrazó sintiendo como temblaba, sumida aún en la placentera experiencia que había tenido.

Caroline bajó los ojos abochornada. ¿Cómo era posible que hubiese aceptado esa indecencia y que incluso gozara con ella?

—Como ves, el sexo es delicioso. Pero esto es tan solo el principio. Te convertiré en la amante perfecta. Te enseñaré placeres sensuales que te harán enloquecer —le dijo Scott con voz seductora.

—¡No, por favor! Otra vez no —exclamó ella asustada. No quería que volviese a hacerla sucumbir a sus obscenidades.

Scott alzó las cejas lanzando un suspiro, mostrándole su excitación. La aferró de la nuca y la besó con glotonería.

—Lo haría encantado. Aún no he recibido mi alivio. Pero como te dije, mañana hemos de salir de la ciudad al amanecer. Será mejor que duermas. Yo daré un paseo. Necesito despejarme.

Caroline respiró con alivio. Pero no pudo dejar de pensar que Scott no volvería a ser tan condescendiente. Tarde o temprano, tendría que entregarle su virginidad.

Caroline miró a Scott cargar las bolsas en los caballos con el estómago encogido. No tenía la menor idea hacia dónde se dirigían. Pero por las ropas burdas y de abrigo que había comprado para ella, supuso que hacia las montañas.

—¿Lista? —le preguntó Scott.

No. No lo estaba. Lo único que deseaba era escapar de su tiranía. No obstante, montó.

—¿Adónde vamos? —preguntó casi en un susurro.

—De caza —contestó él espoleando al caballo.

Caroline tragó saliva. Su respuesta significaba que estarían completamente solos, sin ninguna posibilidad de huir.

Lo siguió mirando como poco a poco las casas de la ciudad quedaban atrás y se internaban en el bosque. Un bosque espeso y de árboles casi gigantescos.

El revoloteo de un pájaro surgido del bosque la hizo gritar.

—Caroline, será mejor que te contengas. Es una simple ave —le dijo Scott volviendo el rostro hacia ella.

—Lo siento... Este... lugar me parece tenebroso —farfulló.

—¿Tenebroso? ¡Es espléndido! Aunque, supongo que te parecerá mucho más hermoso nuestro destino.

—¿Y cuál es? —quiso saber ella.

—Ya lo verás —contestó Scott azuzando al caballo.

—¿Estaremos mucho tiempo? —preguntó Caroline dirigiendo el caballo hacia el lado de Scott.

—Tres meses.

—¡Tres meses! ¿Pretendes que viva en las montañas todo ese tiempo? —jadeó ella.

Scott le lanzó una mirada helada.

—¿Olvidas que harás y estarás dónde me plazca? Y si vamos a cazar es por tú culpa y la de Freddy. Vuestra fechoría me abocó a buscar trabajo en estas tierras. Hago lo que mejor sé hacer: Tratar con caballos. Ahora, mantén

la boca cerrada. Quiero disfrutar del paisaje.

Caroline apretó la boca. Lo que le estaba ocurriendo no era justo. Nunca dañó a nadie y era castigada con crueldad. Pero, pensó, algún día todos sabrían la injusticia a la que había sido sometida y su honor, junto a su libertad, quedaría restablecido.

Durante varias horas cabalgaron en silencio. Caroline se concentró en el paisaje. A pesar de su temor, no pudo evitar maravillarse ante la naturaleza salvaje de los bosques y lagos. Allí todo era enorme. Allí los sonidos eran más intensos.

—Vamos a comer —dijo Scott rompiendo el silencio.

Desmontaron y se sentaron junto al lago, asustando a unas nutrias que se lanzaron con celeridad en las aguas cristalinas.

Scott cortó panceta y pan, y dejó caer la espalda en el tronco de un árbol.

—Este lugar es un paraíso —musitó clavando sus ojos azules en las montañas.

—A mí me parece el infierno —murmuró Caroline mordisqueando el queso.

—¿Debido a mí presencia? —preguntó él en tono provocador.

—Es uno de los motivos —respondió ella con desdén.

—Gatita, será mejor que te hagas a la idea que “mí presencia” será larga y nada agradable. Bueno, según en que situaciones; como ya has podido comprobar. Ahora debemos irnos —dijo él burlón alzándose.

Al anoecer, Scott detuvo el caballo en un claro del bosque.

—Pasaremos la noche aquí. Estaremos protegidos de las alimañas —dijo dando un salto.

Caroline desmontó y se frotó las nalgas. A pesar de ser una experta jinete, estaba molida. Nunca en su vida había cabalgado tantas horas seguidas, ni en una montura no específica para damas.

—¿Cansada? No te preocupes, gatita. Más tarde intentaré aliviarte —dijo Scott guiñando un ojo.

Ella se volvió mirando hacia el lago con el rostro encendido. Durante la tarde albergó la esperanza de que tantas horas de viaje lo dejase agotado. Pero no. Y estaba claro que ese bárbaro no había olvidado sus vergonzosas intenciones.

—Pon las mantas bajo ese árbol —le ordenó Scott, lanzándole una alforja. Mientras ella obedecía, preparó un fuego y calentó la comida.

—Toma.

Scott miró como Caroline devoraba las habichuelas con verdadero apetito. La vida salvaje, pensó, le sentaba muy bien. Estaba muy seductora bajo la luz del fuego. Tanto, que una ráfaga de deseo lo traspasó como una daga.

—¿Has terminado? Quítate el vestido —dijo tumbándose sobre la manta.

Ella lo miró estremecida.

—Gatita, hazlo —insistió él.

Ella comenzó a desnudarse soportando la mirada lasciva de ese bastardo.

—Solo el vestido, preciosa. La noche será fría. Ahora ven —dijo Scott golpeando la manta con la mano.

Caroline se acostó.

—Te prometí relajarte. ¿Lo has olvidado? —le dijo mirándola con falsa inocencia. La hizo ponerse boca a bajo. Le rodeó el cuerpo con las piernas y comenzó a masajearle los hombros.

Caroline gimió. Las manos expertas de Scott estaban consiguiendo aliviar la tensión.

—Mucho mejor. ¿Verdad? —dijo él extendiendo el masaje hacia su espalda.

Ella asintió y cerró los ojos sumergida en una sensación maravillosa.

—Aunque, creo que era aquí dónde más dolorida estabas. ¿Me equivoco? —musitó Scott alzando la camisola.

Caroline respingó turbada cuando las manos de Scott rozaron sus nalgas y comenzaron a masajearlas con delicadeza.

—No... Es necesario. Estoy... estoy bien —protestó ella alzando el torso.

Scott la obligó con firmeza a acostarse de nuevo.

—Opino lo contrario —dijo acariciando la carne tersa y suave como la seda.

Caroline ahogó un gemido sofocado al sentir el aliento abrasador de su boca, de su lengua recorriendo las curvas perfectas.

Él rió guturalmente.

—Preciosa, estoy mostrándote un nuevo modo de obtener disfrute.

—No, por favor. Es indecente —le suplicó ella.

Scott chasqueó la lengua.

—Veo que prefieres el ya conocido —dijo buscando con la mano el centro de su placer.

Caroline se removió angustiada. No quería complacerlo. Él no merecía su sumisión. Pero hundió el rostro cuando la lengua del hombre recorrió con extrema lentitud su espina dorsal sin poder evitar que el remolino placentero

la traspasara. ¡Señor! Ese hombre conseguía trastornarla de una manera bochornosa. Sin percatarse sus caderas se elevaron y él, avivado por su reacción, continuó acariciando su calidez húmeda, besándola en la nuca, consiguiendo que ella gimiese envuelta por la sensualidad.

Scott estaba intentando no sucumbir a la excitación que esa hechicera ejercía sobre él. Pero su cuerpo rebelde había reaccionado con extrema rapidez. La volvió hacia él y la miró con ojos vidriosos.

—Eres una bruja, cielo. Me odias y sin embargo, aceptas cada una de mis caricias con delectación.

—¿Te detendrías si te lo suplicase? Estoy segura que no. Y si me resisto, me lastimarás —musitó ella respirando entrecortadamente.

—Chica lista. Pues ahora, cumple como espero —dijo él con voz ronca.

Bajó el rostro y besó su vientre, descendiendo hasta la tibieza de su entrepierna.

Caroline saltó sobrecogida cuando la humedad abrasadora de su boca se hundió en lo más íntimo. Alzó las manos e intentó empujarlo.

—Esto no puede... ser normal, aparta.

Scott alzó el rostro y la miró con ojos chispeantes.

—Deberías comprender de una vez que yo no soy normal. Deseo hacer esto, Caroline. Y me satisfarás.

Volvió a hundir el rostro y continuo hostigándola con la lengua inquieta; hasta conseguir que ella se rindiese.

En total abandono, Caroline permitió que la efervescencia de sus besos profundos la arrastraran hacia un abismo enloquecedor. Podía sentir sus caricias osadas en cada centímetro de su piel, obligándola a retorcerse sumergida en una vorágine de voluptuosidad.

Scott gimió. La voluptuosidad de Caroline lo estaba estimulando de un modo brutal. Anhelaba estar dentro de ella, pero primero quería obtener su esencia. Alimentarse de su placer más absoluto. Alzó las manos y acarició sus senos henchidos.

Caroline, casi sollozando, se aferró a sus brazos moviendo las caderas hacia esa boca malévolas que la trastornaba, que le infligía un placer aún más exquisito que el que le había mostrado la noche anterior. Ya no le importaba la decencia, ni la humillación a la que la sometía. Ahora solo deseaba estallar, regocijarse con el deleite que él le estaba ofreciendo. Y la explosión la alcanzó salvajemente. Se agitó espasmódicamente, sollozando de pura delicia.

Scott serpenteó sobre ella y atrapó su boca, impregnándola de su propio

sabor. Con avidez la besó incansable, pensando que era inútil contener las ansias de poseerla. Se introdujo entre sus muslos, mirándola con ojos turbios.

—Vas a ser mía, Caroline. Y nadie, ni tan siquiera tu misma lo impedirá — musitó excitado.

El rugido lo hizo saltar. Alargó la mano y tomó el rifle.

Caroline gritó aterrorizada al ver al puma.

—Tranquila. Teme el fuego. No se atreverá a atacarnos —jadeó Scott.

Se equivocó. La fiera dio un salto hacia ellos. Pero Scott disparó acertando de pleno en el pecho del animal, que cayó como si fuese un muñeco de trapo junto a la hoguera.

Caroline rompió a llorar.

—Ya pasó —la tranquilizó él acariciándole la mejilla.

Ella lo miró furibunda.

—¡Eres odioso! ¡Me obligas a hacer cosas degradantes y encima me arrastras a mundo salvaje y lleno de peligros! ¡Eres un... un... bastardo! — gritó ella con histerismo.

—Si, querida. Un bastardo al que no le importa arrastrarte hacia lo más bajo. Juré que pagarías tú traición. Te humillaré y te vejaré siempre que me apetezca —le escupió mirándola con desprecio. Se encaminó hacia el puma y cargó con él hasta la espesura.

Caroline se acurrucó sollozando. Scott siempre había sido cruel con ella. Pero ahora que creía que había intentado acabar con su vida, haría lo imposible por dañarla sin tener la menor misericordia. Y la ley, por ser su esclava, protegía cualquiera de sus actos.

Al día siguiente, antes del anochecer, llegaron hasta un poblado indio. Caroline miró asustada como Scott encaminaba el caballo hacia allí. Sin duda se había vuelto loco. Durante la navegación le habían contado que esos salvajes eran peores que alimañas y que odiaban a los blancos.

—¿Qué haces? ¡Es peligroso! —exclamó deteniendo el caballo.

Scott tomó las riendas y la obligó a continuar.

Varios indígenas alzaron el rostro y miraron a los jinetes. Sus rostros esbozaron una sonrisa y gritaron como si se alegraran de la visita.

—Son amigos, Caroline. No pasa nada —dijo Scott entrando en el campamento.

Un anciano de cabellos grises y con un tocado de grandes plumas en la cabeza, alzó la mano saludándolos.

—Kwe Kwe, Ó:Ri.

—Hola, Karonhiakwé.

—¿Tú mujer? —preguntó mirando a Caroline con curiosidad.

—Mí esclava. Un hombre necesita diversión y cuidados después de una dura jornada de trabajo —repuso Scott bajando del caballo.

El anciano sintió con la cabeza.

—La wigwam está preparada.

—Gracias, Karonhiakwé.

Las mujeres y niños de poblado escudriñaron a Caroline.

—¿Qué ocurre? —musitó ella temerosa.

—Supongo que nunca han visto un cabello tan dorado. Pasa —dijo Scott abriendo la puerta de la choza.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —quiso saber ella mirando la estera del suelo.

—Este es nuestro campamento de trabajo, gatita —contestó él dejando caer las alforjas.

El rostro de Caroline empalideció.

—¿Vamos a vivir entre salvajes? ¡Sin duda este país te ha trastornado! ¡Yo no lo haré! ¡Soy una dama educada y...

Scott la agarró del brazo y le lanzó una mirada furibunda.

—Eres una vulgar criminal. Y esa gente es mucho más civilizada que nosotros. Ahora, saca las cosas y colócalas en esa tabla. Mientras iré a darme un baño.

—Como ordene el amo —masculló ella agarrando una bolsa.

—Así me gusta, complaciente en todo —rió él abriendo la puerta.

Caroline, murmurando juramentos impropios de una mujer educada, comenzó a trabajar.

—¡Mujer!

Volvió el rostro. Una muchacha de tez cobriza, con el largo cabello trenzado estaba en la entrada y le indicaba con la mano que la acompañase. Ella negó con la cabeza.

—Orden de Ó:Ri —dijo la muchacha.

Caroline la siguió hasta llegar al río. Se adentraron por un pequeño sendero hasta donde el agua formaba una pequeña laguna.

—Limpia —le señaló la india dándole una pastilla de jabón.

Caroline pensó en protestar. De todos modos, se abstuvo. Sería un acto inútil. Así que, se desnudó y se sumergió en las frías aguas.

La india cogió sus ropas y se alejó.

—¡Eh, vuelve! —gritó Caroline.

Por supuesto, no fue obedecida.

—¡Malditos salvajes! —gruñó frotándose con vigor.

A los pocos minutos, la chica regresó. Le dio un paño y Caroline se cubrió.

—Poner —le pidió la nativa tirándole un vestido de pieles.

Caroline cogió la ropa y la miró atónita.

—¿Pretendes que me ponga “esto”? ¡Ni lo sueñes! —protestó.

La chica avanzó hacia ella con el ceño fruncido. De un manotazo, le quitó el paño y volvió a señalarle el vestido.

—¡Poner! ¡Orden tu hombre!

Ella obedeció una vez más; no sin dejar de maldecir a Scott.

Regresaron al campamento cuando el sol iniciaba su descenso.

Una hoguera enorme chisporroteaba en el centro del poblado; y mientras los hombres se sentaban a su alrededor, las mujeres trajinaban las ollas preparando la cena.

Respingó asustada al sentir como alguien la agarraba de la mano. Lanzó un suspiro de alivio al ver al niño.

—Comer.

Lo acompañó hasta la hoguera y tomó asiento junto a las otras mujeres.

Un nuevo sobresalto la sacudió al estallar el sonido de los tambores y los cánticos de los hombres. Miró a su alrededor buscando a Scott. Lo odiaba con toda su alma, pero en esos momentos deseaba que estuviese a su lado. Esos bárbaros la aterraban.

No lo vio y el estómago se le encogió al pensar que la había abandonado.

—No —casi sollozó rechazando el plato de carne.

—Comer —insistió la anciana que se encontraba a su derecha.

Caroline, sumida en pensamientos tenebrosos, miró como varios nativos se levantaban y comenzaban a danzar alrededor del fuego. Sus cuerpos casi desnudos brincaban sumidos en una especie de trance y sus voces profundas repetían una letanía que le pareció siniestra.

El que había sido coronado con un tocado de plumas de águila, saltó la hoguera con gran precisión y el poblado entero estalló en gritos de júbilo.

Después de esto, la cena se dio por terminada y todos se retiraron a sus tiendas.

—Dormir —le dijo la anciana que había cenado junto a ella.

Caroline entró en la choza. Estaba vacía. ¡Señor! Scott se había ido.

Frotándose las manos comenzó a pasear agitada. No podía quedarse con esos sanguinarios sin la protección de Scott. Estaba convencida que acabarían por arrancarle la cabellera. Había visto en sus ojos la admiración y más de uno desearía tenerla como un trofeo exquisito.

Ahogando un gemido miró como la puerta se abría. El indio que había saltado la hoguera entró.

—¡Vete! —gritó retrocediendo.

El hombre se quitó el tocado y sonrió.

—Tengo todo el derecho a estar aquí.

Caroline miró a Scott perpleja. Sus ojos azules escudriñaron el rostro libre de la espesa barba y su cuerpo casi desnudo mostrando unos músculos de acero. Nadie diría que ese hombre había vivido en la Inglaterra civilizada; ni tan siquiera que fuese inglés.

—¿Sorprendida, cielo? —se burló él encendiéndolo el aceite de la lámpara.

—¡Estás loco! —exclamó ella.

—Simplemente honro a mis anfitriones. Algo que tú no has hecho. Rechazaste la comida y ellos lo han considerado un ultraje —dijo él

mirándola con dureza.

—¡Me da igual! A diferencia de ti, no olvido que soy una respetable dama inglesa —replicó Caroline.

—¿Respetable? —se burló Scott mirándola de arriba hacia abajo, deteniéndose deliberadamente en las piernas que el vestido corto dejaban al aire.

—No tengo ganas de discutir —dijo ella sonrojándose.

Los ojos de Scott chispearon.

—Sabia decisión. Nos dedicaremos a algo mucho más agradable.

Caroline sacudió la cabeza.

—Gatita, esta noche pienso enseñarte la lección más importante. Y te aseguro que ningún puma nos interrumpirá —dijo él quitándose el taparrabos. Lo tiró descuidadamente y se tumbó sobre la cama confeccionada con pieles —. Desnúdate y acuéstate.

Ella, con ojos húmedos, lo hizo.

—No me vengas ahora con remilgos. Desde el primer momento te dije que quería de ti —le dijo él con aspereza.

—Y yo que no deseo perder mi honra —musitó Caroline temblando.

Scott le lanzó una mirada de hielo.

—La honra la perdiste en el mismo instante que urdiste mi asesinato. Esepreciado don me pertenece y lo voy a tomar. Y me complacerás con sumisión. Ahora, ven aquí —dijo hablando entre dientes, atrayéndola hacia su pecho. Estrujó su boca en un beso violento, exento de la menor pasión. Deseaba castigarla, ultrajarla por lo que le había hecho. Sin embargo, la frialdad comenzó a derretirse y un escalofrío de deleite la recorrió las entrañas. Con brusquedad se separó y se tumbó de espaldas con los brazos tras la nuca—. Ahora quiero ver lo que has aprendido.

Ella lo miró desconcertada.

—Gatita, deseo que me acaricies, que me toques para proporcionarme placer. Del mismo modo que yo he hecho contigo.

Caroline tragó saliva. ¡Eso era aún más denigrante que soportar sus vejaciones!

—Caroline, hazlo —le ordenó.

Ella, con el rostro ruborizado, alzó la mano y la dejó caer sobre su pecho. Con lentitud acarició la piel bronceada. Sus dedos recorrieron los músculos tensos y él se agitó estremecido.

—Continua, cielo. Siente mi piel —musitó mirándola con ojos turbios.

Caroline, a pesar de que lo último que deseaba era complacerlo, no pudo evitar que la sensación de poder la obligara a proseguir al ver el rostro contraído Scott, su frente sudorosa y su respiración, que se había perturbado casi con angustia cuando su mano rozó el vientre liso como una tabla. Sus ojos azules miraron con curiosidad el miembro ahora endurecido.

—Compruebo que eres una chica curiosa. No te reprimas.

Con extrema osadía lo acarició.

—Caroline. Eso es —gimió Scott apretando la boca. Esa muchacha lo estaba enloqueciendo. Sin embargo, continuó manteniendo las manos bajo la cabeza.

Ella sintió la rigidez de su masculinidad, el calor que desprendía, como crecía tenso y pulsante, como sus manipulaciones conseguían trastornar a Scott.

—Insólito —musitó al comprobar como el miembro adquiría más longitud.

—Los hombres demostramos la fogosidad y el deseo por una mujer de este modo —dijo él en apenas un susurro.

No razonó el motivo por el que se sintió poderosa. Solo supo que quería, por una vez, ser quien ostentara el mando. Bajó el rostro y besó su cuello, su torso, su vientre; olvidando el odio que por él sentía.

Scott lanzó un gruñido desesperado. Sentía como el fuego ardía en sus ingles. Alzó las manos y la apartó.

—Eres una bruja —jadeó aplastando su boca contra la suya, explorándola con avidez.

Caroline, ya nada coherente, aceptó su exaltación con el mismo ímpetu. ¡Oh, Señor! Era una impúdica. Carecía de moral y dignidad. Pero ya no importaba. En sus circunstancias, ya no. El futuro era incierto en esas tierras salvajes. Podía morir en cualquier momento. Tenía que vivir el momento. Aprovechar los pocos momentos de placer. Ahora deseaba a ese salvaje. Cada poro de su piel lo anhelaba. Se apretó contra él para sentir su calor, el deseo animal que emanaba.

Scott apenas podía contenerse. Serpenteó por su cuerpo besándolo con idolatría, hasta alcanzar la calidez de su intimidad.

Ella exhaló un suspiro y se arqueó arrebatada ante la boca vehemente que la transportaba a un mundo lleno de delicias, que disolvía la sensatez obligándola a gemir sin control. La espiral placentera estaba a punto de estallar para elevarla al éxtasis.

Un rictus de queja traspasó su rostro arrebatado cuando él se apartó.

—Quiero que el placer estalle cuando me sientas —dijo él ronco. Con apremio separó sus piernas y comenzó a penetrarla con delicadeza.

Caroline se aferró a su cintura sintiendo la dureza henchida y ardiente que la invadía con lentitud, suavemente; tanto, que ella apenas notó un leve dolor cuando él la colmó por completo.

Scott permaneció quieto, mirando el rostro arrebatado por la sensualidad de Caroline, el brillo de pasión en sus ojos azules.

Ella alzó las caderas y se movió contra él. Necesitaba más.

—Scott —le suplicó.

Él perdió la cordura y emitiendo un gemido profundo se movió casi con brutalidad. Caroline contrajo el rostro y gimió. Él intentó controlar la exaltación que lo dominaba; pero el cuerpo de Caroline lo obligaba a comportarse como un loco. La deseaba de un modo feroz, sentir como su calidez se tornaba fuego.

Ella se meció, uniéndose a sus embestidas de un modo febril, atrayéndolo con desesperación. Nada importaba si no él, ese cuerpo que la enfermaba y que al mismo tiempo la hacía saborear el más intenso de los placeres. Y el máximo delirio la alcanzó cuando Scott la irrumpió en lo más profundo entregándole la esencia de su pasión, uniendo su grito liberador a los espasmos agónicos de él que se convulsionó cayendo exhausto sobre ella.

Durante unos minutos, Scott permaneció pegado a su cuerpo jadeante, sobrecogido aún por la intensidad de su unión. Caroline lo turbaba peligrosamente y ninguna mujer lo había conseguido desde aquella infame traición siendo un adolescente.

Con un gesto de rabia, se apartó y sin mirarla, le dio la espalda.

—He disfrutado mucho. Ahora duerme. He de madrugar —gruñó enojado por su actitud.

Caroline hundió el rostro en las pieles y se mordió la boca esforzándose por no llorar. Debería de aborrecer a ese hombre por el modo en que la había usado. Sin embargo, el mayor desprecio lo sentía hacia si misma por haberse complacido ante la pérdida de su virginidad de ese modo tan sórdido. Pero sobretodo, por haber traicionado el amor que sentía por Freddy.

Scott se ajustó el puñal mientras miraba a Caroline como dormía. ¡Jesús, era tan hermosa! ¡Parecía tan inocente! Pero él conocía el mal que esa perfección escondía. Era una bruja que se escondía bajo el disfraz de un ángel.

Sacudió la cabeza y se encaminó hacia la puerta.

—¿Ya te vas? — le preguntó ella entreabriendo los ojos.

Él se dio media vuelta.

—Es evidente —repuso con frialdad.

—¿Por mucho tiempo? —quiso saber Caroline.

Scott esbozó una sonrisa.

—¿Es lo que te gustaría, no es cierto? Pero, para tú desgracia, no dejaré que disfrutes demasiado de tu soledad.

Caroline lo miró furiosa.

—¿Soledad? ¡Estoy entre salvajes!

Él se acercó al lecho con gesto hosco.

—Estos “salvajes” jamás han urdido un asesinato tan sibilino como el tuyo.

—¿Por qué insistes en acusarme de algo tan horrible? —se quejó ella.

—¡Porque es la verdad! —gritó él.

El rostro de Caroline adquirió un rictus de aflicción.

—Supongo que es inútil convencerte.

—Del todo. Sé lo que escuché. ¡Por el amor de Dios, Caroline! ¿Cómo pudiste hacer algo tan cruel? ¡Me echaron por la borda de un barco esperando que muriese agónicamente! —exclamó Scott lleno de resentimiento.

Caroline lo miró horrorizada.

—¿Remordimientos, gatita? Un poco tarde. ¿No crees? —masculló él.

—No me siento culpable, ya que nada hice. Pero ahora puedo comprender tú odio. Porque me humillas creyendo que fui la responsable de tu desgracia.

Scott la miró con amargura.

—¿Desgracia? He pasado un infierno. Cuando el barco del capitán Mcqueen me salvó estuve semanas delirando y una vez recuperado, me encontré en un país extraño, solo y sin dinero. Y entonces sí deseé haber

muerto. Me volví loco pensando que unos asesinos como vosotros vivíais tranquilamente y sin problemas, con la sociedad ajena a vuestra fechoría; mientras que yo tenía que mendigar para poder comer, porque nadie me ofrecía un empleo. Por suerte, el indio que te llevó a mí casa, se apiadó y me trajo al poblado. Si no hubiese sido por ellos, habría cometido una locura. Pero ahora, la vida vuelve a sonreírme. Te tengo en mi poder con la libertad de hacer contigo lo que se me antoje. Y algún día, el bastardo de Freddy también pagará su crimen. ¿No lo encuentras justo?

Ella bajó el rostro y comenzó a llorar. Él la tomó del mentón y la obligó a mirarlo.

—Tus lágrimas no me enternecen, preciosa. Nada de ti me causa ternura. Solo desprecio — dijo soltándola con brusquedad.

—Algún día descubrirás que estás cometiendo un gran error —musitó ella. Scott tomó aire con fuerza.

—Es posible que algún día me arrepienta de no haberte matado en el mismo instante que te vi en el mercado de esclavos.

Caroline se incorporó de medio cuerpo con el rostro encendido.

—¡Pues hazlo ahora mismo, no te reprimas! ¡Será un alivio no tener que soportar tú brutalidad! —bramó.

—¿Y privarme del placer de tú sufrimiento, de tu voluptuosidad? —se burló Scott dejando caer los ojos en el cuerpo desnudo de Caroline.

Ella, tiró de la piel y se cubrió.

—Juro por Dios, que jamás volverás a hacer que me comporte como una vulgar ramera —dijo sulfurada.

Scott curvó la boca con un gesto divertido.

—¿Por qué juras en vano? Es un objetivo que nunca alcanzarás, querida. Se cómo provocarte.

—¡Arrogante! —le espetó ella con las mejillas arreboladas.

—Realista. ¿Quieres que lo demuestre? —dijo él con voz seductora.

Caroline se aferró a la piel.

—No.

Él chasqueó la lengua.

—¿Y por qué pregunto? Eres mi sierva —dijo. Apartó las pieles y comenzó a acariciarla entre los muslos.

—Scott, déjame —le suplicó ella.

—¿A qué temas? ¿A confirmar que no puedes resistir el placer que te doy? —susurró él con un brillo insinuante en sus ojos azules.

Caroline se apartó e intentó escapar, pero él se lo impidió y la abrazó con fuerza.

—Quieta, gata salvaje —masculló él acariciándola sin piedad.

Caroline deseaba permanecer inmutable al ataque audaz de Scott, pero le fue imposible.

—Eres un miserable. Te desprecio —dijo respirando con dificultad.

—Pero tú cuerpo me desea —rió él viendo como su rostro se sumía en una tortura deliciosa.

Caroline, sintiendo asco por si misma, no pudo evitar que el placer la inundara y se aferró a él hundiendo la cabeza en su hombro.

Bruscamente, Scott se separó de ella. Caroline lo miró desconcertada.

—¿Lo ves, preciosa? Te comportas como lo que eres: Una ramera. Mí ramera —se despidió levantándose. Cogió la bolsa y se dirigió hacia la puerta.

Caroline, enfurecida y sintiéndose ultrajada como nunca, cogió un tazón y lo tiró contra él. Pero su puntería no era nada buena y se estrelló contra la pared.

Él se dio media vuelta.

—Gatita, deberás practicar más.

—¡Bastardo! —bramó ella.

—Comprendo tú frustración cielo. Pero no temas, a mi regreso terminaré lo que había comenzado —dijo soltando una gran carcajada.

—No esperes que esté aquí —masculló ella.

Scott dejó de reír y la fulminó con la mirada.

—Puedes intentarlo, pero terminare por encontrarte. No lo dudes. Pero no te lo aconsejo. Esta tierra es salvaje y peligrosa. No durarías ni una hora con vida.

—¿Y de qué me sirve vivir de esta manera? —se lamentó Caroline.

—No te pongas tan dramática, preciosa. Esto es mucho mejor que una mazmorra inglesa —repuso él con insensibilidad.

—¿Tú crees? —musitó ella.

—¡Por supuesto, gatita! Estarías privada de mí placentera compañía; además de perder la oportunidad de conocer a unos “salvajes” fascinantes — se burló Scott.

—No pienso relacionarme con ellos —aseguró Caroline.

Él alzó los hombros con indiferencia.

—Tú misma. Claro que, con esa actitud, lo único que conseguirás es que te

aparten como a una apestada. Y no creo que sea una decisión inteligente. Si te ignoran, deberás sobrevivir por ti misma.

—¿Y piensas que no podré? —lo retó ella.

—¿Una damita educada como tú? ¡No me hagas reír! ¿Qué sabes de pesca, de caza, de cultivar la tierra? ¡Por Cristo! Si ni tan siquiera lograste a prender a cocinar. ¿Y ahora pretendes subsistir en estas tierras? ¡Ilusa! —exclamó él en tono ofensivo.

Caroline abandonó el gesto abatido y golpeó la manta con los puños.

—Crees que me conoces. Pero no es así. No olvides que fui capaz de maquinara para librarme de ti. Así que, este reto no será mucho más difícil —siseó entre dientes.

—Gatita, estaré encantado de ver los resultados a mi regreso —dijo él cruzando la puerta.

Después de la partida de Scott, Caroline permaneció encerrada en la choza durante dos días. Ningún miembro del poblado se acercó a ella para interesarse por su estado de salud ni para ofrecerle un mísero bocado. Así que, con el estómago rugiendo, olvido el orgullo y decidió salir.

Abrió la puerta. Los niños que correteaban la miraron con curiosidad y uno de ellos se acercó, apartándose con celeridad cuando la más anciana de las mujeres lo regañó. Scott le había dicho la verdad. Si no ponía algo de su parte, jamás sobreviviría entre esos salvajes.

Decidida a no dejarse vencer, se encaminó hacia el grupo de mujeres que estaban pescando. Casi con temor, se detuvo para observarlas.

—¿Tú mejor? —le preguntó la muchacha que el primer día la llevó hasta el río con una sonrisa cálida.

Caroline asintió débilmente. No. No estaba mejor. Estaba hambrienta y la cabeza le daba vueltas.

—Yo Kahéntawaks. Pescar —le indicó.

Ella miró como lanzaba el palo puntiagudo en el agua acertando de lleno a un salmón.

—Enseñar — le dijo Kahéntawaks ofreciéndole el palo.

Caroline lo cogió y se metió en el agua. Uno tras otro, sus golpes fueron fallidos, cayendo repetidamente en las aguas frías, provocando las carcajadas de las otras mujeres.

Caroline tiró la lanza con furia. Lo estaba intentando y ellas se burlaban del modo más cruel, sin tener en cuenta que se encontraba asustada; perdida en un mundo extraño y prisionera de un bárbaro que la torturaba.

—¡Basta! ¡Dejad de reír! —gritó sollozando.

—Tú no llorar —le pidió otra de las nativas acariciándole el cabello.

—¡No me toques, india asquerosa! —exclamó apartándola de un manotazo. Se levantó y sin dejar de sollozar se encaminó de nuevo hacia la choza.

No pudo llegar. El terrible mareo la hizo desvanecerse y perder el sentido.

Cuando abrió los ojos vio el rostro preocupado de la vieja india que se inclinaba sobre ella.

—¿Mejor? —le preguntó llevando hasta sus labios un brebaje.

Caroline se sentía tan mal, que aceptó la bebida. Era espantosa y su cara se torció en un gesto de asco.

—Beber y tu poner bien —le pidió la anciana.

—Quiero comida —musitó Caroline.

No preguntó qué era cuando le ofrecieron un plato. No quería saberlo o moriría de hambre. Con avidez devoró el cocido y al terminar, sonrió sintiéndose más reconfortada.

—Gracias —dijo.

Viendo que se había recuperado, las mujeres la dejaron sola para dirigirse al campo sembrado de maíz.

—¡Eh! —exclamó sobresaltada al sentir como alguien tiraba de su cabello—. ¡Ah! Eres tú —exclamó aliviada al ver al chiquillo que había intentado dirigirse a ella cuando abandonó la choza.

El niño se señaló con el dedo el pecho y dijo:

—Jamade.

—Caroline. ¿Hablas mí idioma? —dijo ella.

—Tu pelo como piedras río —repuso él esbozando una gran sonrisa.

Caroline también sonrió.

—Veo que sí. ¿Cómo piedras del río? ¿A qué te refieres? Nunca he visto doradas.

El chiquillo la tomó de la mano y tiró de ella.

—Venir agua —le pidió.

Ella se levantó y lo siguió hasta la orilla.

Jamade se acuclilló y hundiendo la mano en el río extrajo una pequeña roca con incrustaciones doradas. Caroline la tomó entre sus manos y la miró.

—Jesús, es oro —musitó embelesada.

—¿Gustar? —le preguntó el niño.

Caroline asintió. Más que gustarle, aquel descubrimiento la había hecho sentirse feliz por primera vez en muchos meses. Tenía en su poder una gran pepita y si obtenía más, estaba segura que cuando regresase a la ciudad sería el pasaje que pagase su libertad. Ningún capitán ambicioso dudaría en aceptar el oro para llevarla en su barco a un país donde Scott no consiguiese llegar.

—¿Qué te parece si buscamos más? —le propuso.

Él se tiró en el agua y buceó extrayendo otra piedra dorada.

—¡Jamade!

Caroline y el niño miraron a la mujer de rostro iracundo.

—Sentir. Recoger maíz —dijo Jamade saliendo del agua. Le entregó la pepita y corrió hacia el sembrado.

Caroline volvió a la choza. Levantó la piel que cubría el suelo y en una esquina, cavó un agujero. Tiró las piedras dentro, con la esperanza de que Scott no las encontrara jamás.

—Me liberaré de ti, Scott Darby —masculló.

Una vez bien tapadas, salió de nuevo y se unió a las mujeres en el campo. Nadie debía sospechar lo que maquinaba y el mejor modo de evitarlo era hacer creer a todo el mundo que se había adaptado a esa vida salvaje. Y con una sonrisa, se puso a trabajar, escuchando el cántico melancólico de las nativas.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando ellas callaron repentinamente.

Kahéntawaks le indicó con los ojos que mirara hacia los matorrales.

Caroline sonrió al ver al ciervo que las estaba espiando. Era el ciervo más hermoso que jamás había visto. Su pelo era dorado como el trigo y sus astas enormes. De repente, el animal cayó fulminado bajo el fuego de las flechas. Llevándose la mano a la boca, ahogó un gemido de horror.

—Para fiesta cuervo —le dijo Jamade.

Caroline miró estupefacta como los indios que lo habían abatido, se inclinaban ante el animal y murmuraban una letanía.

—¿Qué hacen? —preguntó con curiosidad.

—Le piden perdón por matar su vida a un hermano —le explicó el niño.

—¿A un hermano? —inquirió ella atónita.

—La tierra es nuestra madre y todos los seres que habitan sus hijos. ¿Vosotros no pedir perdón si matar a un hermano allí al otro lado gran laguna salada?

Caroline sacudió la cabeza.

—Muy pocos, amigo.

El niño sacudió la cabeza.

—Blancos ser gente extraña. Menos Ó:Ri. Él ser casi un cuervo autentico.

Caroline estuvo de acuerdo. Scott era tan bárbaro como ellos.

Al caer el sol abandonaron la tarea y Caroline fue invitada a compartir la cena con Eithin, la más anciana de la tribu.

Miró el contenido del plato y lo olisqueó.

—Comer. Tu delgada. Hombres no querer mujer con huesos. Ó:Ri tampoco —le dijo frunciendo la frente.

—¡Me da igual si le gusto o no! ¡Lo odio! —exclamó Caroline enfurecida.

—Igual. Pertenece y obedecer. Comer —insistió Eithin empujando el plato.

Ella lo hizo. Se había marcado un plan y no podía estropearlo por una estupidez; además continuaba sintiéndose hambrienta.

—¿Cuándo volverá Scott? —le preguntó.

—No saber. Depende caballos y deseo de dios.

—¿Qué dios? —se interesó Caroline.

—Dios Cuervo. El que nos donó medicina —respondió la anciana.

—¿De veras? ¿Cómo fue? —preguntó con curiosidad.

Eithin entornó los ojos.

—Hace mucho tiempo, los hombres y los animales eran hermanos. Los árboles y praderas les daban cobijo y alimento; y aunque el hombre para poder subsistir mataba a algún animal, éstos sabían que era bajo los auspicios de los dioses. Pero un día, llegaron hombres que mataron a animales para vender pieles o comida. Ninguna criatura estaba a salvo de codicia.

Entonces, el oso habló con otros animales para encontrar remedio. Las moscas ofrecieron ayuda: “Pidamos a dioses que envíen gran enfermedad y nosotras extender por mundo”. Se aprobó y se extendió igual a hombres buenos y malos.

Los animales sufrieron por ello y decidieron otra solución. No acuerdo. Entonces, habló hierba y dijo que podía curar enfermos. Que rogar a dioses para enviar sueño a hombres buenos y enseñar para entender colores y aroma. Los animales convocaron espíritus y enviaron sueños a hombres mejores y comprender significado de plantas.

Así como llegar medicina y hombres buenos que son los chamanes.

—Un cuento hermoso —dijo Caroline.

—¿Cuento? Gran verdad. Ahora, dormir. Mañana trabajar o no comer —gruñó Eithin empujándola con el bastón.

Caroline se levantó. Entró en su choza y se desnudó. Lanzando un sonoro bostezo, se metió entre las pieles.

—Un cuervo. ¡Qué estupidez! —musitó quedándose inmediatamente dormida.

Los gritos de júbilo estallaron en el poblado al ver a los jinetes, al comprobar que la cacería había sido fructífera. Los niños abrieron el cercado y los caballos fueron introducidos.

Scott saltó del caballo.

—¿Todo bien por aquí? —le preguntó a Karonhiakwé.

El indio sonrió.

—La gata se va acercando al plato.

—¿De veras? Me gustará comprobarlo. ¿Dónde está?

—En río.

Scott se encaminó hacia allí.

Miró a Caroline. Tenía el cabello revuelto y los pies metidos en el agua, intentando apuntar con el palo afilado al salmón.

—¡Estoy asombrado! —exclamó Scott divertido.

Caroline lo miró.

—Scott —musitó mostrando disgusto.

—Esperaba un mejor recibimiento tras casi dos meses de ausencia, gatita —dijo él mostrando falsa pena.

—Y yo que no regresaras jamás —masculló Caroline ensartando al pez.

Él sacudió la cabeza con gesto decepcionado mientras salía del agua.

—¿Solo un pez para dos personas? Temo que pasaremos hambre.

—No te esperaba. Además, quien quiera comer, que se busque el alimento —le espetó ella dándole la espalda.

Scott la asió del brazo y la volteó.

—No he de hacerlo, pues ya tengo esclava para ello.

Caroline le lanzó una mirada iracunda.

—En ese caso, saca el látigo. No pienso volver a meterme en el agua. Está anocheciendo.

Él alzó los ojos.

—Cierto. Vamos a casa. Hay un trabajo urgente que te espera —decidió tirando de ella.

Caroline se revolvió rabiosa.

—¡No te complaceré! —gritó.

Scott la alzó en el aire y la tumbó sobre su hombro.

—¡Maldita rebelde! ¡Harás lo que te ordene! —gruñó.

Los miembros del poblado rieron divertidos ante la escena.

—¡Suéltame! —bramó Caroline pataleando con desesperación.

Scott lo hizo. Las dejó caer en el suelo sin consideración ante su choza.

—Maldito animal —masculló Caroline frotándose las nalgas.

Scott descolgó un conejo del zurrón y se lo lanzó.

—Me apetece para cenar. Prepáralo.

Ella, mirándolo con resentimiento, cogió un cuchillo y desolló al animal con pericia.

Scott ladeó la cabeza con gesto de admiración.

—Veo que la damita está aprendiendo. Sabe pescar, despellejar un conejo...

—Y otras cosas que te aconsejo no descubras— dijo Caroline asestando con rabia un golpe seco en las patas para apartar lo que quedaba de piel.

—Soy audaz y curioso. Temo que no podré resistir; aunque tenga que cuidar el gaznate —se burló él preparando jabón para rasurarse la barba. Clavó sus ojos añiles en Caroline. A pesar de odiarla con todas sus fuerzas, había descubierto durante la ausencia que la deseaba más que a ninguna otra mujer que hubiese conocido. Y ese sentimiento lo enfurecía.

—Quiero cenar, no desayunar, preciosa —le dijo con sequedad.

—Hago lo que puedo —respondió ella en el mismo tono. Traspasó el conejo con un palo y lo colocó sobre la hoguera. No estaba dispuesta a que una discusión lo divirtiese.

El pequeño Jamade se acercó a Scott.

—¡Bienvenido, Ó:Ri! —le saludó con una gran sonrisa.

—Kwe Kwe —le dijo Scott revolviéndole el cabello con afecto.

—¿Muchos caballos?

—Once magníficos. Entre ellos, uno pequeño, pero veloz y fuerte, y tan blanco como la nieve.

—¿Podré ver? —preguntó el niño casi con ansiedad.

—Incluso montar. Cuando esté domado, por supuesto —le contestó Scott embadurnándose las mejillas con jabón.

Jamade brincó entusiasmado.

—¿De verdad? ¡Gracias, Ó:Ri!

—¿No eres muy pequeño para cabalgar? Podrías lastimarte —dijo

Caroline.

—¡Cielos! ¿Alguien como tu se preocupa por un bárbaro? —ironizó Scott.

—Mujer y yo ser amigos. ¿Verdad? Pescamos, tiramos arco y cogemos piedras —dijo el niño dedicándole una sonrisa a Caroline.

Scott alzó las cejas sorprendido.

—Tendrás que explicarme como lo has conseguido, muchacho.

—Sencillamente, ha sido amable conmigo. No como otros —contestó Caroline echando leña a la hoguera.

—Ó:Ri. ¿Cuándo poder montar el caballo? —preguntó Jamade.

—Ya te he dicho que cuando sea dócil. Y si te gusta, podrás quedártelo.

—¿Si? ¡Gracias! —gritó el pequeño.

—El amo es muy generoso —murmuró Caroline empalando el salmón.

—Por supuesto. Siempre y cuando reciba un trato cordial —replicó Scott rasurándose la barba.

El pequeño se sentó junto a la hoguera y miró a Caroline curiosidad.

—¿Por qué no gustar él?

—Tardaría toda la noche en numerarte los innumerables defectos que le encuentro —contestó ella mirando a Scott con antipatía.

Él sonrió con sutileza.

—Jamade, puedo asegurarte que sí hay algo que le entusiasma de mí.

—Comprender —rió el chiquillo guiñando un ojo —. Ahora debo ir. Ista matará si no llegar tiempo cena. Ó:Nen.

—Buenas noches, muchacho.

Caroline miró a Scott ruborizada.

—¡Eres... Eres un depravado! ¿No ves que es un crío? —farfulló azorada.

—¿Por qué te alteras? Ellos asumen el sexo como algo natural. Como algo que forma parte de la existencia de todos los seres. No ven en él nada indecoroso. Esperaba que esa filosofía fuera uno más de los conocimientos que has aprendido estos días —dijo Scott.

—¡Oh, por supuesto que lo he descubierto! Sin embargo, no soy de la misma opinión. ¿Una pena, no? —replicó Caroline con sarcasmo.

—Cierto, gatita. Te privas de descubrir que la ausencia de represión aún lo haría más placentero. Aunque, por el momento, me conformo con el modo que reaccionas en mí lecho —sonrió él entornando los ojos con sensualidad.

—Nunca podrás obtener más; puesto que no te amo —replicó ella levantándose para llenar los cuencos de agua.

—Estoy hablando de placer, no de sandeces —dijo Scott frotándose las

mejillas con el paño.

Ella volvió el rostro y sonrió.

—Era lógico esperar en un hombre como tú la ausencia de sentimientos nobles. Eres peor que el demonio.

Scott se sentó junto a la hoguera y se sirvió un trozo de conejo.

—Una convicta por asesinato no es precisamente una santa, preciosa —la censuró él mordisqueando una pata.

Caroline frunció la frente.

—Cuantas veces he de decir que yo nunca he...

Scott exhaló un suspiro de cansancio.

—Me gustaría cenar relajado. ¿Te importa cambiar de tema?

—Haré algo mejor: Callar —refunfuñó ella.

—Buena chica —se burló él.

Caroline miró con curiosidad a la india que entregaba una manta a su marido, y como éste agachaba el rostro avergonzado ante sus gritos airados.

—¿Qué pasa? —preguntó Caroline.

—Ya no lo quiere como esposo. Ha descubierto que la ha engañado con otra y se está divorciando —le explicó Scott.

Ella parpadeó atónita.

—¿Una mujer puede hacer eso?

—Esa es la ley de los Cuervos. Pero, si estás pensando en hacer lo mismo, olvídale —le advirtió Scott.

—Supongo que un hombre como tú no soportarías la humillación con tanta docilidad —se burló ella.

—Podría si fuese un cuervo y tú una mujer libre. Pero ninguno de los nos encontramos en esa circunstancia. Así que, espero que no lo olvides— la amenazó.

—Comenzaba a cambiar de opinión, pero compruebo una vez más que esta gente son unos bárbaros sin moral —dijo Caroline mirando con pena al esposo repudiado que abandonaba la choza con un gesto de desolación y vergüenza.

—En nuestra sociedad civilizada, hombres y mujeres permanecen juntos, guardando las apariencias cuando el supuesto amor acaba, traicionándose mutuamente. ¿Consideras que esa actitud es más moral que lo que acabas de presenciar? —dijo Scott con reproche.

—Tal vez no. Sin embargo, considero que esta humillación pública no es necesaria. Es cruel —respondió ella con énfasis.

—¿Y no es igual de vejatorio comentar una separación en los salones

sociales? ¡Por Dios, Caroline! He escuchado obscenidades y burlas mucho más desalmadas.

Ella lo miró con censura.

—Me asombra que repruebes esa actitud, cuando tú mismo has participado de esa hipocresía con lady Prudence en la fiesta de mí cumpleaños.

Scott la miró boquiabierto.

—¿Me espiaste?

—¡Oh, no por Dios! Solo sentí curiosidad —dijo ella con cinismo.

—¿Y cuanto tiempo estuviste observando? —quiso saber él escudriñándola con gesto huraño.

Caroline no pudo evitar sonrojarse.

—El suficiente para comprender que eras un depravado. No temas, me fui antes de... de... Bueno, ya comprendes.

—Comprendo —gruñó él incomodo.

—¿Por qué ese enojo? Si te hubieses comportado con dignidad, jamás habría presenciado nada —se quejó ella.

—Puede que sea un disoluto, pero no hasta el extremo que me complazca que alguien contemple mis intimidades —le reprochó él.

—¿No me digas? ¡Es asombroso que aún te queden escrúpulos! —rió ella con sarcasmo.

—En cambio tú, los has perdido todos. ¿Ya has terminado? Estoy cansado y tengo ganas de acostarme —dijo Scott tirando el plato.

—Hazlo —contestó ella con aspereza.

Scott se levantó y tomándola de la cintura la alzó en sus brazos.

—Veo que aún no has asumido que el que manda soy yo. No importa. Aprenderás —masculló abriendo la puerta con el pie.

Caroline si sabía que nada de lo que hiciese impediría que ese animal la tomara esa noche, por eso no protestó. Dejó que la tumbara sobre las pieles y que su boca la besara hambriento, con el firme propósito de no complacerlo, de no sucumbir a sus caricias sensuales.

No pudo. Con un gemido de impotencia, descubrió una vez más, que ese hombre lograba derribar todas sus barreras. Scott la arrastraba hacia un torbellino sensual y conseguía hacerla olvidar que su corazón pertenecía a Freddy. Buscó el cuerpo musculoso y tenso de Scott respondiendo a cada una de sus exigencias.

—Querrías matarme, pero me deseas. ¿No es cierto? —jadeó Scott con un destello de fiereza en sus ojos azules.

—Mí cuerpo te desea, pero amo a Freddy —musitó ella.

—No, gatita. Si amaras de verdad, nunca gozarías de este modo conmigo —aseguró Scott.

—¿Y qué sabrás del amor? —contestó ella con aspereza.

—Puede que mucho más que tú, preciosa.

—Lo dudo.

—Ahora no es momento para discusiones. Ahora lo único que quiero es disfrutar de este cuerpo tan maravilloso —masculló él desnudándola. Buscó su seno y lo acarició con la punta de la lengua.

Caroline suspiró.

Él la miró divertido.

—¡Es triste ver que pronto olvida una mujer al hombre amado!

—Lo amo —dijo ella con obstinación, pero sin poder evitar un gemido atormentado cuando él acarició su sexo.

—Lo veo, cielo. Lo veo —murmuró Scott en tono de burla, buscando su boca.

Caroline, dejó de pensar. Solo podía sentir las caricias de Scott, su boca besándola con avaricia y arrebatada le apartó el taparrabos, lanzándolo casi con brusquedad, instándolo a que mitigara el exquisito dolor que la traspasaba como un cuchillo; y él, perdiendo una vez más la frialdad, la colmó exaltado.

—Sí, gatita. Te daré lo que deseas —jadeó meciéndose contra ella.

Caroline apartó con cuidado el brazo de Scott que la mantenía sujeta.

—Aún no —murmuró él adormecido atrayéndola con más fuerza.

—Tengo que preparar el desayuno y ayudar a las mujeres en el campo — dijo ella intentando liberarse.

Scott miró a Caroline mientras deslizaba el dedo sobre su mejilla sonrosada.

—Es una pena que la traición se interponga entre nosotros. Todo podría ser tan distinto —dijo exhalando un suspiro.

Ella lo empujó con los puños y se separó.

—Antes de esa supuesta traición, nuestra relación ya era nefasta. Somos dos seres abocados a no entendernos jamás —replicó ella con aspereza.

Scott sonriendo volvió a abrazarla.

—Esta noche nos hemos compenetrado a la perfección. ¿No crees, gatita? Aunque, si aún dudas, podemos comprobarlo de nuevo.

—El sol ha salido. Tengo cosas que hacer y opino que ya te he complacido lo suficiente esta noche —dijo ella sofocada al recordar las veces que Scott la poseyó sin que su ardor decayera.

Sí, lo había hecho. Había sido una noche llena de pasión. Y a pesar de ello, su cuerpo volvía a estar excitado. Caroline conseguía perturbarlo hasta el extremo de hacerle perder el control; de que casi todos sus actos estuviesen supeditados a ella. Y esa situación lo irritaba. Pero no pudo evitar ser vencido. Atrapó su boca y la besó con suavidad, recreándose casi con languidez en su boca dulce.

Caroline, asqueada por su debilidad, fue incapaz de luchar contra el maleficio sensual de ese hombre.

—Si este es el modo con el que quieres acabar conmigo, estoy dispuesto a morir —jadeó Scott arrastrándola bajo su cuerpo.

Los golpes en la puerta lo hicieron saltar sobresaltado.

—¡Maldición! —exclamó molesto.

—¡Ó:Ri, salir! —le pidió Jamade.

Scott buscó el taparrabos y se cubrió. Con gesto molesto abrió la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el ceño fruncido.

—Unos de la tribu de Osos han venido a pedir matrimonio a Nakemi. Ella negar y enfadados —le explicó el chiquillo.

Scott salió de la choza y miró como discutían con el jefe de la tribu.

—No gustar. Ellos gente mala —dijo Jamade sacudiendo la cabeza con preocupación.

—¿Qué harán? —quiso saber Caroline uniéndose a ellos.

—Supongo que irse con el rabo entre las piernas. La ley es clara. Si le han rechazado, debe resignarse —dijo Scott.

El pretendiente de la tribu de los Osos ladeó el rostro y miró hacia los extranjeros. Sus ojos de carbón se clavaron en Caroline.

—Dudo que lo haga. Ese indio no es de los que se resignan —dijo ella estremeciéndose ante la fiereza de su mirada.

—Ya lo ha hecho —dijo Scott al ver como subía al caballo y se alejaba del poblado.

—Mujer tener razón. Shehakon ser indio rebelde. Decir que él unirse a hombres Francia para próxima guerra —comentó Jamade.

—¿Qué guerra? —inquirió Caroline desconcertada.

—Los colonos pretenden la independencia de Inglaterra —le explicó Scott.

—Oodian a rey. Y mi madre matar si no ir a desayunar —dijo Jamade dejándolos solos.

—¿Es una locura! Nunca podrán vencer —exclamó Caroline.

—No estoy tan seguro. Francia y algunas tribus indias quieren ayudarlos. Pero eso no debe de preocuparnos, no es asunto nuestro —dijo Scott.

Ella lo miró casi con desprecio.

—¡Eres inglés! ¡Tu obligación sería servir a tú país!

—Nada le debo. Siempre fui tratado con injusticia. Y tú, querida, deberías ser la primera en renegar de Inglaterra. Ella es la que te ha convertido en una esclava. Si tuviese que luchar, lo haría favor de la independencia. Ahora, prepara el desayuno. Y no quiero ni una protesta, esclava —repuso Scott con rabia.

—El día que me libere e ti, lo pagarás caro —lo amenazó ella mirándolo con rencor.

Él alzó las cejas con gesto escéptico.

—Nunca te dejaré en libertad, preciosa. Nunca. Que te quede claro.

—Y yo no renunciaré a escapar de tus garras —aseguró ella echando unos

trancos al fuego.

Scott la asió del brazo y la obligó a mirarlo.

—Si intentas huir, juro que te arrepentirás.

—Nada puede ser mucho peor que lo que he soportado hasta ahora —replicó ella con tono provocador.

—Desconoces mi crueldad y te aseguro que es implacable con los que me traicionan. Será mejor que no lo intentes —le advirtió lanzando una mirada colérica.

Caroline, con los ojos llorosos, se enfrentó a él.

—A pesar de ello, lo haré; aunque muera en el intento. La muerte será mucho mejor que permanecer a tu lado.

—Lo sé. Por ello lo impediré a toda costa. Quiero que sufras, como yo lo hice cuando quisiste acabar conmigo vida. Ahora cumple con lo que te he ordenado —masculló Scott soltándola con brusquedad.

Caroline, apretando la boca, le llenó el cuenco y se lo ofreció.

—El señor está servido. ¿Le importa que vaya al río para acicalarme?

—Sí, me importa. Siéntate y come —gruñó él.

—No tengo apetito.

—¡Que te sientes! —exclamó él airado.

Caroline lo hizo lanzándole una mirada de hostilidad.

—No es justo que me culpes por lo que te está sucediendo. Fuiste una chica mala y te pago como mereces — le dijo Scott.

—¿Y tú eres inocente? ¡No me hagas reír! Desde que entraste en mi vida no has hecho otra cosa que dañarme. Arruinaste mi futuro con el hombre que amo —replicó ella.

Él lanzó un suspiro cansino.

—¿Otra vez con esa cantinela?

—No me cansaré de repetirlo, porque es la verdad —contestó Caroline alzando el mentón con arrogancia.

Scott tiró el plato. Sus ojos azules adquirieron un tono añil.

—Me asquea tu estupidez.

—¿Es asco lo que sientes o envidia? —inquirió ella con arrogancia.

Él parpadeó perplejo ante su pregunta.

—¿Envidia? ¡No digas sandeces! ¿Por qué debería?

—Por no tener a tu lado a una mujer que sienta un amor incondicional hacia ti.

—Eso no existe. Y tú más que nadie debería saberlo. ¿Dónde está ese gran

amor? Permitió que te apresaran, que te alejaran de él. Ahora vive feliz, disfrutando de la libertad y tal vez... Bueno, sin duda, de otras mujeres. Incluso estoy convencido, de que ya te habrá olvidado —contestó él con mordacidad.

Caroline sacudió la cabeza con énfasis.

—Un hombre como tu no puede comprender ese sentimiento tan hermoso. Freddy me ama y la distancia no mitigará ese amor. Cuando regrese, viviremos dichosos en Foxland; sin importar los años que hayan transcurrido.

—¿Foxland? Ya no te pertenece, querida —le recordó él.

Caroline sonrió enigmáticamente.

—Eso piensan todos.

Scott arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Antes de tu desaparición testé a favor de Freddy. Al condenarme le entregaron mis posesiones. Ahora él es el dueño y yo también lo seré cuando nos reunamos —le explicó Caroline visiblemente satisfecha.

Scott se levantó furioso.

—¡Maldita idiota! Pero... ¿Qué has hecho?

—Proteger mis intereses. Sabía que querías arrebatarme la herencia, por eso la dejé al hombre que amo —replicó ella sin alterarse.

—Jamás tuve esa intención. Freddy sí y tú insensatez le ha proporcionado lo que siempre había andado buscando. Ese bastardo necesitaba tu fortuna. Su padre lo había amenazado con desheredarlo si no sentaba la cabeza y se casaba.

—¿Olvidas que iba a hacerlo conmigo? —le recordó ella con ironía.

—Esos eran tus planes, pero no los de Freddy. ¿Verdad? Por eso mataste a esa pobre muchacha, para que tus sueños infantiles pudiesen realizarse —le escupió Scott con desprecio.

Caroline lo miró desconcertada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ese juego no te servirá conmigo, preciosa. Sé lo malvada que eres y no me harás creer que eres inocente de la muerte de la prometida de tu adorado Freddy.

Caroline lo miró petrificada. ¿Qué estaba diciendo Scott, que Betty y Freddy estaban comprometidos mientras él le juraba amor eterno?

—No es verdad. Si se hubiesen comprometido, alguien me habría informado. Ya sabes como era ese mundo. Los chismes corrían como la pólvora —musitó con el rostro pálido.

Scott inspiró con fuerza.

—Te juzgaron y fuiste culpada. Esa es la única verdad.

Caroline clavó sus ojos azules en los de Scott.

—Puede que me creas una estúpida, pero no hasta el extremo de arruinar mí vida. Si hubiese descubierto que ellos estaban comprometidos, solo hubiese tenido que cambiar el testamento y borrar de él el nombre de Freddy.

—Cierto. Pero una mujer caprichosa como tú jamás se dejaría arrebatar lo que considera de su propiedad. Y actuaste para que no sucediera.

—Te juro por lo más sagrado que no la maté y que desconocía su relación —musitó Caroline frotándose las manos.

Scott alzó los hombros con indiferencia.

—Es la única verdad —insistió ella con ojos húmedos.

—Tal vez. De todos modos, es justo que estés pagando por el intento de asesinato hacia mí persona. Y ese bastardo, también pagará algún día —contestó él con frialdad.

—De esa acusación también me declaro inocente —dijo Caroline enjuagándose el llanto.

Scott se tensó intentando controlar las ganas de abofetear a esa miserable embustera.

—¡Por el amor de Dios, Caroline! ¡Estoy harto de tus lloriqueos! ¡Vete de una maldita vez con las otras mujeres! —le gritó entrando en la choza.

Ella permaneció sentada inmersa en pensamientos tenebrosos. Todo lo que había sucedido, en parte, era por su culpa. Freddy le había pedido cientos de veces que se casaran y ella se había negado. Era lógico, si Scott no había mentido, que él se viese obligado a aceptar el mandato paterno. Pero eso no significaba que no la amara. Freddy la quería, se lo demostró durante el juicio, con su desesperación y su juramento de amor eterno. Lo que debía hacer era permanecer firme, que la duda no mellara su fortaleza.

Con un gesto brusco se secó el llanto con el antebrazo y se levantó. Con pasos firmes se encaminó hacia el río. Se mojó la cara y dejó que el agua fría aliviara la hinchazón que había dejado el llanto.

Los pasos la hicieron volver el rostro. Intentó gritar al ver a los indios osos que habían estado en el poblado. No pudo. Uno de ellos le tapó la boca con la mano, mientras el otro cargaba con ella en el caballo, emprendiendo la huida al galope.

La conversación con Caroline lo había puesto de muy mal humor. ¿Cómo era posible que esa muchacha fuese tan estúpida hasta el extremo de donar su fortuna a un asesino? Claro que, pensó, el amor hace cometer muchas necedades. Él lo sabía muy bien. Desde lo que le sucedió, decidió que nunca más se dejaría atrapar por los sentimientos hacia ninguna mujer. No merecían amor ni compasión. Todas eran traidoras por naturaleza.

—¿No feliz? —le preguntó Owhará:Ne.

Scott esbozó una sonrisa amargada.

—¿Alguien lo es?

—Yo lo soy —le respondió su amigo palmeándole la espalda.

—Eres afortunado.

—Ser. Vivo tranquilo, la tierra da alimento, tener esposa complaciente. Vieja, no bella como la tuya, pero quererme. Tener paciencia y verás como mujer blanca quererte pronto —bromeó Owhará:Ne.

Scott posó los ojos sobre el caballo que Jamade montaba con pericia.

—Ella nunca me amará. Y tampoco lo deseo. Entre nosotros no existirá jamás una relación amistosa.

—¿Por qué? —se extrañó su amigo.

Scott volvió los ojos hacia él.

—¿Recuerdas lo que te conté? Caroline es la mujer que intentó matarme.

Owhará:Ne lo miró pasmado.

—¿Y tú no matar ella?

—Sé que debería hacerlo, pero no puedo. Deseo humillarla, ver como sufre —contestó Scott con los dientes apretados.

—No ser bueno vivir siempre atormentado. Mejor acabar la venganza y encontrar paz —le aconsejó el piel roja.

—Para vosotros es fácil. Nuestras leyes no admiten el desagravio con una muerte.

—Mujer merecer morir. ¿Por qué dudar? Ahora estás con Cuervos. Aplica ley nuestra —opinó Owhará:Ne.

—Podría. ¿Verdad? Sin embargo, soy incapaz.

El indio clavó sus ojos negros en la profundidad azul de los de Scott.

—¿Tú enamorarte de ella?

Scott lanzó una risotada despreciativa.

—¡No, por Dios! Simplemente, por ahora, me fastidiaría prescindir de sus servicios en la cama.

—¿Qué hacer cuando cansar, llevar contigo a casa?

Scott entonó los ojos pensativo. Era una solución que aún no se había planteado.

—Ni tan siquiera sé si deseo regresar a Inglaterra. Pero de lo que estoy seguro, es que no quiero cargar con Caroline el resto de mis días.

—Tu no querer matar, ni seguir con mujer. Difícil problema. Mejor vender otro —opinó el piel roja.

—¡Por Cristo, no! —exclamó Scott agitado. Solo el pensar que Caroline pudiese ser acariciada por otro lo enfermó.

Owhará:Ne sacudió la cabeza.

—Yo no comprender a Ó:Ri. Odiarla, pero no querer separarse. Pensar que tu amar mujer.

Scott lo miró casi con fiereza.

—Ningún hombre en su sano juicio amaría a su asesina. Y yo estoy muy cuerdo, amigo. Lo único que me inspira es desprecio y si la retengo, es para mortificarla; para que pague su crimen. Y cuando considere que ha pagado, me desharé de ella. ¿Comprendido?

—Owhará:Ne comprender y también tener hambre. ¿Venir?

Scott llegó a su choza. Caroline no estaba, ni tampoco la comida que debía de haber preparado.

—Mujer tuya no ser complaciente —se burló la vieja Eithin.

—Lo será en cuanto le dé unos azotes —gruñó él.

Se dirigió hacia el campo de cultivo. Pero no estaba allí. Se acercó al río. Tampoco había rastro de Caroline.

—¡Maldita zorra! —maldijo entre dientes al imaginar que ella había escapado.

—¿Qué pasar? —le preguntó Jamade acercándose a él.

—Caroline ha huido.

—Yo no creer —negó el niño.

—¡Pues lo ha hecho! Pero, daré con ella. Y juro que se arrepentirá de esto. ¡Lo pagará caro! —rugió Scott dando una patada a una piedra.

—Ella no escapar. Sin zapato no —le dijo Jamade mostrándole una

zapatilla.

Scott la tomó entre sus manos y la miró fijamente.

—Es suya —musitó desconcertado.

Jamade se acuclilló y estudió con atención el suelo.

—Hay huellas de caballo. De tres, pero no de pies mujer —le informó.

El corazón de Scott latió con fuerza al pensar lo que había sucedido.

—Han sido esos Osos. Se la han llevado —musitó con el rostro desencajado.

—No preocupar. Ellos no matar Caroline —le dijo el niño.

—Le harán algo mucho peor. Tengo que salir a rescatarla ahora mismo. No pueden estar muy lejos —dijo Scott sin apenas voz.

—Yo ayudar —se ofreció Jamade.

—Te lo agradezco, pero aún eres un niño y es peligroso —rechazó Scott comenzando a caminar, apretando con fuerza la zapatilla entre sus manos.

—¿No encontrar esclava? ¡Mujer blanca no quererte, Ó:Ri! —le gritó Eithin riendo.

—¡Callar! Mujer ser cogida por Osos —le recriminó Jamade.

El rostro de la anciana se tornó serio. Se levantó y se acercó a unos hombres para contarles lo que había ocurrido.

Visiblemente enfurecidos, acudieron junto a Scott.

—Nosotros ir —le comunicó Owhará:Ne.

En pocos minutos, los cuatro hombres partían tras las huellas que los otros indios habían dejado.

—¿Nos llevan mucha ventaja? —quiso saber Scott.

—Unas tres horas. No preocupar. Encontrar indios y tu mujer.

Al anochecer, la luz de una hoguera les anunció que habían logrado la meta.

Scott miró con ansiedad el pequeño campamento. Caroline estaba atada a un poste con el rostro hundido en el pecho, como si se hubiese desvanecido; mientras los indios bebían unas botellas de licor riendo despreocupados. De repente, el piel roja que había sido rechazado por la muchacha Cuervo, se acercó a Caroline y con brusquedad le alzó el mentón. Al ver que estaba inconsciente, la abofeteó con saña.

Scott contrajo el rostro e intentó abandonar el escondite para acabar con ese cerdo.

—No —le susurró Owhará:Ne.

—La matará —se quejó Scott.

—Tener paciencia —dijo su amigo indicando a los otros que ocuparan posiciones.

Durante unos minutos, que a Scott le parecieron eternos, observaron los movimientos de los Osos. Cada vez estaban más borrachos y apenas podían tenerse en pie.

—Es momento —decidió Owhará:Ne.

Con sigilo, se arrastraron por los matorrales y al alcanzar el campamento, se lanzaron sobre los secuestradores.

Los Osos, aturdidos por el alcohol y el sorpresivo ataque, apenas mostraron resistencia. Uno a uno fueron traspasados por los cuchillos y sus cabelleras cortadas como trofeo.

Scott corrió hacia Caroline.

—¡Jesús! —exclamó al ver su rostro cubierto de hematomas y sangre.

Ella se quejó débilmente cuando él la desató.

—Cielo, soy Scott. Ya estás a salvo —le dijo tomándola en sus brazos.

Owhará:Ne apretó los dientes al verla. Esos salvajes, sin duda, habían merecido la muerte.

—Eithin curará —le aseguró.

Scott la montó en el caballo y la apretó con fuerza contra su pecho.

—No poder ir poblado. Noche no —le dijo uno de sus compañeros.

—¿Y dejar que sufra de este modo? ¡No lo consentiré! —exclamó Scott rabioso.

—Ser razonable. Saber no posible cabalgar oscuridad. Ella herida, pero no morir —le dijo Owhará:Ne.

Scott admitió que era una locura intentar llegar al poblado en una noche sin luna. Desmontó y tomando a Caroline la llevó junto al riachuelo.

—Señor —musitó al ver el vestido rasgado y la espalda cubierta de latigazos.

La desnudo y la sumergió en el agua. Comenzó a limpiarle las heridas del rostro, provocando que Caroline gimiera dolorida.

—Lo siento, pequeña. Pero debo hacerlo o pueden infectarse —le dijo acariciándole la frente.

Ella abrió los párpados hinchados y lo miró.

—Scott..

—No hables.

Ella asintió débilmente dejando que él enjuagara la sangre.

Una vez limpia, Scott la envolvió en una manta y la acostó junto al fuego.

Owhará:Ne se acercó y Caroline al verlo respingó asustada.

—Tranquila, gatita. Es Owhará:Ne. Estas protegida. No permitiremos que nada malo vuelva a sucederte —le dijo él sonriendo.

Ella comenzó a llorar.

—Ha sido horrible... Ellos querían... No lo permití y me pegaron. ¡Oh, Señor! ¡Me duele mucho! ¡Por favor, haz que pare el dolor! —se quejó retorciéndose con angustia.

—Dar esto —le dijo Owhará:Ne ofreciéndole un cuenco.

Scott la obligó a beber y poco a poco, Caroline se fue relajando.

—Ella dormir toda la noche. Tú descansar —le dijo su amigo.

Scott no pudo conciliar el sueño. Se sentía furioso por que, a pesar de aborrecer a esa mujer, no soportaba su sufrimiento, ni ese sentimiento de angustia que lo obligaba a acunarla como si Caroline fuese su mayor tesoro.

Caroline, arrojada entre sus brazos, cayó sumergida en la droga que el indio le había dado. Cientos de imágenes estallaron en su mente. Soñó con los días felices junto a su padre, con la tiranía de Scott que la apartó del hombre que amaba. En su delirio recordó las palabras que le hablaron de su traición. Era una mentira. Freddy la quería. Si pudiese hablar con él descubriría que Scott la había engañado.

—Freddy... quiero ver... a Freddy —musitó removiéndose inquieta.

Scott, al escucharla, se tensó. Se sentía colérico y un imbécil por haberse apiadado de esa zorra traidora. Ella no merecía piedad, solo menosprecio. Y él se encargaría de dárselo en cuanto se recuperara. Nunca más volvería a caer en las redes de esa víbora.

—¡Nos vamos! —gritó al ver despuntar el sol.

Durante todo el trayecto hasta el poblado Scott no pudo apartar de su mente las palabras de Caroline. Unas palabras que ratificaban su testarudez al decirle que amaba a ese hijo de perra.

Desconcertado por el efecto punzante que le producían en el pecho, se dijo, una y otra vez, que solo se trataba de orgullo; de un terrible enojo al descubrir que la mujer que consideraba suya, en realidad no le pertenecía totalmente.

Rabioso por el malestar que esa pérfida le causaba, decidió dejar a Caroline a cargo de Eithin, o sería capaz de cometer la mayor de las locuras.

—No comprender a Ó:Ri. Tú salvar mujer y ahora abandonar. ¿No importar ella? —le dijo la anciana.

—Si fui a recatarla fue porque era de mi propiedad. Caroline no me

interesa hasta el punto de abandonar el trabajo —repuso con aspereza cargando las alforjas en el caballo.

Eithin sacudió la cabeza en señal de desacuerdo. Ese hombre, a pesar de su frialdad, amaba a esa blanca.

—¿Cuándo volver? Pronto llegar nieves —le preguntó.

—No temas. Llegaré a tiempo —contestó él montando. Azuzó al animal y se alejó del poblado.

Durante la primera semana Eithin mantuvo a Caroline sumida en un permanente estado de letargo, pues las heridas eran muy dolorosas. Con dedicación absoluta, limpió las llagas y hematomas con hierbas curativas, para intentar que ninguna señal empañara su rostro, para que Ó:Ri la encontrara a su regreso tan bella como siempre.

—¿Scott? —musitó Caroline al despertar.

—Ser Eithin. ¿Encontrar mejor? —le dijo la anciana sonriéndole con ternura.

Caroline asintió gimiendo al sentir el roce de las pieles en su espalda.

—¿Dónde está Scott? —preguntó mirando a su alrededor.

—Ir a por caballos. Volver pronto. Ahora, comer. Tú débil —dijo Eithin levantándose para preparar la comida.

Caroline, a pesar de aborrecer con toda su alma a Scott, no pudo evitar sentir una punzada de desilusión al descubrir que él la había abandonado al borde de la muerte. Había llegado a creer que había cambiado, que su crueldad había dado paso a la compasión. Lo pensó realmente al ver como acudió a rescatarla, y de que modo la cuidó con un rictus de verdadera preocupación. Fue un error. Ese hombre no tenía entrañas.

Una semana después, su opinión sobre Scott había empeorado.

Kahéntawaks entró en la choza y sonrió al verla despierta.

—¿Cómo estar? —se interesó sentándose junto a ella.

—Magullada —refunfuñó Caroline haciendo un mohín de malestar.

—Dos no estar buenas condiciones —rió la india mostrando su vientre abultado.

—¿Cuándo nacerá el niño? —le preguntó Caroline acariciándole la barriga.

—Hoy, mañana. Pronto. ¡Estar ansiosa por ver cara hijo! A esposo no gustar si tener niña —respondió Kahéntawaks lanzando un suspiro.

—Verás como no le importa. Será su hija. ¿No es cierto?

—Él decir ser duro, pero no verdad. Esposo tierno y complaciente —rió la india.

Caroline pensó que era una mujer afortunada. Era feliz junto al hombre que amaba y estaba a punto de darle un hijo.

—¿Qué ocurrir? —inquirió Kahéntawaks al ver que el rostro de Caroline había empalidecido.

—Nada... Un simple mareo —musitó Caroline. Pero no era cierto. Una angustiosa idea había cruzado por su mente aterrorizándola al preguntarse que ocurriría si ella quedase embarazada; que haría Scott en esa situación. Lo más probable es que la apartara de su lado como a una apestada.

—Comer. A Ó:Ri no gustar si estar delgada —le dijo Eithin ofreciéndole un cuenco.

—¡Me da igual si a ese bastardo no le gusto! —rechazó Caroline encolerizada.

—¿Por qué enojo? Tu hombre...

—¡No es mi hombre! ¡Es mi amo, al que odio! —continuó gritando Caroline.

—Él quererte. Y mucho —le recriminó Kahéntawaks.

—Scott no quiere a nadie. ¡Es una bestia! ¡Y desearía que estuviese muerto! —continuó gritando a punto de alcanzar la histeria.

Eithin sacudió la cabeza. Tomó un vaso y la obligó a beber.

—Necesitar descanso —dijo indicándole con la mano a Kahéntawaks que se marchara.

Caroline, en pocos minutos, cayó adormecida. Eithin cerró la puerta y encendió el fuego. Con un bostezo de cansancio se acostó cerca de Caroline y se abrigó con las pieles. El viento frío del Norte ya había caído sobre el poblado y la noche se avecinaba fría.

Scott también se cubrió con la manta al sentir un escalofrío mientras se adentraba en el poblado.

Ojeroso y cansado entró en la choza. Estaba vacía. Caroline debía continuar en casa de Eithin.

Mientras se desnudaba y encendía el fuego, se preguntó si estaría recuperada o por el contrario, sus heridas se habían infectado. Pero eso a él no le importaba lo más mínimo, se dijo sacudiendo la cabeza.

Llenó un cuenco con agua y se limpió concienzudamente, casi con rudeza; como si con ello consiguiese apartar a esa mujer de su cabeza. Le fue imposible. Necesitaba verla. Se cubrió con la manta de piel y salió.

El silencio reinaba en el poblado. Con premura llegó ante la choza de Eithin y abrió la puerta. Las dos mujeres dormían. Se acercó hasta Caroline y

la miró intensamente. Las heridas habían sanado casi por completo. Solo permanecían unos pocos moratones que no empañaban la belleza de su rostro. Un rostro que, a pesar de querer olvidarlo, lo había obsesionado cada segundo de los días que permaneció alejado de ella. Se arrodilló y casi con temor acarició sus cabellos dorados.

—Hola gatita —musitó. La tomó entre sus brazos tapándola con su propia piel, sintiendo el calor de su cuerpo contra su pecho. Ella, adormecida se aferró a su nuca, dejando caer la cabeza sobre su hombro.

Cuando llegaron a su choza, la acostó en la cama, tumbándose junto a ella, contemplándola aún asombrado por su belleza.

Caroline, presintiendo su presencia aún dormida, abrió los ojos y lo miró.

—¿Ya has vuelto? —murmuró sonriendo inconscientemente al ver en su rostro un gesto de afecto.

Él, enojado por el alivio que su pecho sintió ante su sonrisa, se levantó con brusquedad.

—Si, gatita. La peor de tus pesadillas ha regresado para atormentarte —dijo con frialdad.

Caroline lanzó una mirada gélida al comprobar que se había equivocado una vez más con ese hombre.

—Si tanto me odias. ¿Por qué no dejaste que esos salvajes acabaran conmigo? ¿Por qué curaste mis heridas? —le preguntó ella con un rictus de tristeza.

—Como te dije hace tiempo, quiero mantenerte con vida para hacerte pagar el daño que me causaste. Únicamente por eso. No busques otra explicación, pues no la hay.

Caroline se alzó de medio cuerpo colérica, ahogando un gemido de dolor.

—¿Y piensas aún que no lo he pagado? Has abusado de mí, me has obligado a vivir como un animal, y por poco unos indios me violan y me matan. ¿Y aún dices que debo continuar siendo castigada? ¡No tienes entrañas! ¡Oh, Señor, lamento no haber urdido de verdad tu asesinato, porque te juro que ahora lo haría sin dudar! ¡Ojala revientes, maldito hijo de perra! —gritó rompiendo a llorar con desgarró.

Scott apretó los puños tenso. Sí. Había pagado con creces su maquinación diabólica. Pero, ahora su obsesión era muy distinta. Quería retenerla para saciar de una maldita vez esa pasión incontrolable que lo consumía más allá de la cordura torturándolo a todas horas. Necesitaba matar ese deseo enfermizo por su cuerpo perfecto y suave como el terciopelo.

—Sí, gata salvaje. Soy un hijo de perra. Y lo comprobarás ahora mismo —masculló tirando de ella.

Caroline pataleó y le golpeó el pecho con desesperación. Scott se posó sobre ella inmovilizándola.

—No me vengas con falsos pudores. Ya nos conocemos. Ahora, sé complaciente con el amo o te juro, que esta vez no tendré ninguna consideración —dijo entre dientes.

—¿Acaso la has tenido alguna vez? Sabes que amo a otro y...

Scott le rodeó la cabeza con las manos y la miró con ojos febriles.

—Jamás vuelvas a decir eso, porque no es verdad. ¿Me oyes? ¡Nunca más, maldita seas! —siseó.

Caroline lo miró sin mostrar temor.

—Solo matándome podrás evitar que confiese el amor que siento hacia Freddy. Así que, ya sabes lo que tienes que hacer —le retó.

Scott se separó de ella y sacudió la cabeza con un gesto de desaprobación.

—¡Ah no, pequeña arpía! No conseguirás que sea yo el que acabe con el remordimiento que te corre el alma.

—Mi conciencia está muy tranquila, puesto que nada malo he hecho —replicó ella con vehemencia.

—Freddy no tendría la misma opinión, preciosa. No si te hubiese visto como has reaccionado entre mis brazos —dijo él en tono burlón.

—Él comprendería que me he visto obligada —dijo ella agitándose incómoda.

—¿A rendirte de una manera tan voluptuosa e insaciable? —inquirió Scott alzando una ceja con suspicacia.

—¿Rendición? ¡Sabes que te desprecio! —exclamó ella perturbada ante la veracidad de sus palabras.

—Un sentimiento nada novedoso. Ya conocí tu menosprecio cuando era tu siervo —le espetó él.

—El trato que te di era el adecuado a un hombre que había quebrantado la ley.

—Entonces, ¿por qué desapuebas el que te inflijo? Tú crimen fue mucho más monstruoso.

—No pienso discutir esta cuestión contigo. Sería del todo inútil —contestó Caroline dándole la espalda.

—Estoy de acuerdo. Es un tema que ya he zanjado. Pero hay otro que quiero iniciar, gatita —dijo Scott acercándola hacia su pecho.

El cuerpo de Caroline se tensó debido al miedo.

—¿Qué ocurre, pequeña? ¿A qué temes? —musitó él sobre su nuca.

Al temor, pensó, a que ese hombre volviese a quebrantar su frágil resistencia. Por que, a pesar de todo, había descubierto en sus delirios febriles que deseaba a Scott más allá de la sensatez. Y tenía que evitarlo a toda costa, no complacer la lascivia de ese desalmado.

—A un embarazo —dijo al fin sin apenas voz.

Scott se apartó bruscamente y la volvió hacia él.

—¿De qué demonios hablas? —inquirió malhumorado, al comprender lo inconsciente que había sido al no haber tomado precauciones en ninguna de las ocasiones que la poseyó.

—Supongo que no te complacería —dijo ella aliviada al ver en su rostro un rictus de aprensión.

—¡Por todos los demonios, no! —exclamó él con vehemencia. Después pregunto: ¿Estás embarazada?

—No, y para que no ocurra, será mejor que durmamos —dijo Caroline dándole la espalda de nuevo.

Scott permaneció unos segundos desconcertado. ¿No hacerle el amor? Moría por acariciarla, por sentir como temblaba cuando la invadía. Con un gesto de determinación, la rodeó con los brazos.

—No te preocupes. Sé como evitarlo, preciosa —dijo en tono cariñoso.

—Por favor, no —protestó ella agitándose.

Él no aceptó su negativa. Su boca mordisqueó la nuca de Caroline, mientras su mano remolona descendía por su cuello, hasta dejarla posada en sus senos.

Caroline no pudo evitar alterarse ni que sus pechos reaccionaran con las caricias delicadas y al mismo tiempo ansiosas.

—¿Lo ves, pequeña arpía? Tú también lo deseas —dijo Scott con voz pastosa.

—Es arriesgado. Ninguno de los dos queremos un hijo —gimió ella intentando apartar su mano.

—Seré cuidadoso. Lo prometo. Confía en mi —susurró él jugueteando con los dedos sobre su vientre.

—¿Confiar... en el demonio? —apenas pudo decir ella envuelta en el torbellino que Scott estaba desatando cuando su mano se perdió entre sus muslos buscando su esencia.

Él se limitó a sonreír al ver como el cuerpo de Caroline se estremecía

herido por la voluptuosidad.

—Basta. No quiero que sigas —le imploró ella angustiada ante la claudicación de su carne lujuriosa.

—Yo sí. Lo deseo y no sabes cuanto —dijo él, presionado su cuerpo ya tenso contra su espalda.

—¿Por qué me haces esto si tanto me odias? —casi sollozó Caroline.

—Porque, al igual que tu, la pasión que siento es superior a cualquier odio. ¿Verdad, gatita? —dijo ronco.

Era cierto. No podía negar que su cuerpo moría por sentir esa furia salvaje y sensual que la elevaba hacia un mundo exquisito. Se arqueó contra su vientre permitiendo que sus caricias fuesen más profundas, sintiendo la fuerza ardiente y pulsante de su masculinidad entre sus muslos, su boca hambrienta besándole los hombros, la espalda.

—Me vuelves loco y quiero que tú también enloquezcas —jadeó él acelerando sus movimientos.

Caroline alzó las manos para rodearle el cuello, instándolo a que continuase entre gemidos casi agónicos de puro placer. Ya nada existía a su alrededor que no fuese ese cuerpo viril y fuerte estremeciéndose contra ella. El odio y la humillación estaban siendo borrados para llenar una nueva partitura sensual y delirante que se confundía con los latidos acelerados de su corazón y de las pulsaciones agónicas entre sus muslos que la acercaban inexorablemente hasta el estallido final.

Scott tomó su nuca y la volvió hacia él. Sus ojos la miraron seducidos. Era una mujer entregada al placer más primitivo, libre de toda culpa y convencionalismos absurdos.

Caroline cerró los ojos cuando la tempestad comenzó a golpear cada uno de sus sentidos obligándola a gemir casi sin control y Scott, no pudiendo soportar su propia urgencia la poseyó suavemente, mientras la atraía con fuerza hacia él, meciéndose en su suave calidez, hasta que la sensación tensa que soportaba Caroline detonó obligándola a gritar de puro placer.

Scott, al borde del abismo, hundió el rostro en el cuello de Caroline y con un gemido atenazándole la garganta, tal como le había prometido, se apartó de ella para liberar la esencia de su pasión.

Caroline permaneció recostada jadeante y saciada, mientras él juguetea con sus rizos dorados, pensando en lo que había sucedido. De nuevo había traicionado el amor hacia Freddy por un momento de lujuria y se sentía despreciable por ello.

—¿Estás bien? —musitó Scott al oír su llanto apagado.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué? —inquirió él desconcertado.

Caroline continuó de espaldas a él y Scott la obligó a mirarlo.

—¿Te he lastimado? —insistió sin comprender el motivo de su desdicha, atrapando una de sus lágrimas con la yema del dedo.

—Lo siento. Me... duele la espalda —dijo ella al fin intentando evitar que él tratara de convencerla de que ese amor no existía; porque tal vez, ella también terminaría por creerlo.

Él sonrió con gentileza.

—Temo que he sido descortés. Debí esperar a que estuvieses recuperada del todo. Pero eras una dulce tentación difícil de superar. Será mejor que duermas —dijo acariciándole la marca del látigo que aún persistía en su piel de seda, para después arroparla entre sus brazos de acero.

Caroline cerró los ojos sin poder dejar de sentirse una traidora.

Scott apenas durmió. Se sentía confuso y temeroso de los sentimientos que Caroline le provocaba cada vez que la tomaba. Y no quería caer de nuevo en la trampa del amor. No quería sufrir a causa de otra mujer. Sin embargo, ella estaba consiguiendo que el odio visceral que sentía se estuviese transformando en una ternura estúpida y sin sentido. Y no debía permitirlo. Ella había intentado matarlo y no merecía su perdón, ni su misericordia.

Al amanecer, se apartó de ella y se levantó de la cama.

—¿Te marchas? —le preguntó Caroline desperezándose con languidez.

Scott apartó los ojos de ese cuerpo que lo incitaba de un modo brutal.

—¿Otra vez intentando deshacerte de mí, pequeña arpía? —contestó malhumorado.

Ella abandonó el gesto relajado y lo miró con resentimiento.

—Sabes que esa es mi máxima aspiración —contestó cubriéndose.

—La mía que soportes mi presencia y que acates cada orden. Así que, levántate y haz el desayuno. Y no pongas excusas de que no estás bien, anoche demostraste que estás en plena forma —dijo él con desprecio.

Caroline le lanzó una mirada furibunda.

—¡Cómo ordene el amo! —exclamó saltando de la cama. Se encaminó hacia el fuego y comenzó a amasar la harina de maíz, mientras calentaba un cuenco.

—¡Por el amor de Dios, tápate! —bramó él sin poder apartar los ojos de su cuerpo desnudo.

—¿Qué ocurre, al señor le han entrado escrúpulos de repente? —se mofó ella mirándolo con descaro.

—Caroline, vístete —rezongó Scott.

Mientras lo complacía, él tomó el fusil y comenzó a limpiarlo.

—¿Vas de caza? —quiso saber ella peinándose.

—No habrá más remedio si no quieres morir de hambre.

Ella lanzó una risa escéptica.

—¿Cómo si eso te importara!

Scott recorrió su cuerpo con un brillo de lascivia.

—Por supuesto que me importa, gatita. No soy hombre a quien le apasione un cuerpo plagado de huesos. Así que, espero que no adelgaces ni un solo gramo.

Ella soltó el peine y sin mirarlo, removió la torta.

—¿Y puedo engordar, amo, o eso también te parecería una afrenta hacia tu incontinencia lujuriosa?

—Después de cómo reaccionaste anoche, esta actitud puritana es absurda, preciosa —se mofó él entrecerrando un ojo ante el fusil.

Ella sacó el cazo del fuego y dejó caer la torta en el plato con brusquedad.

—Si me comporto como una ramera, es por tu culpa. Me haces cosas que... que me impiden razonar.

—Y olvidar a tu gran amor, ¿verdad? —dijo en tono provocador.

—No pienso iniciar una nueva discusión —se negó ella.

—¿Una verdadera lástima! Me divierten mucho tus enfados —dijo él lanzando un suspiro de decepción.

—Pues no te complaceré. Jamás...

Unos golpes en la puerta la interrumpieron, dando paso a Eithin.

—Bienvenido, Ó:Ri. Caroline, no deber estar levantada. Aún enferma. Tú no ser considerado —dijo.

—Es mejor que comience a despabilarse. Dentro de tres días nos iremos —contestó Scott cogiendo el fusil para limpiarlo.

Caroline lo miró perpleja.

—¿Adónde?

—La temporada de caza ha terminado. Tengo que ir a la ciudad a vender los caballos y por supuesto, tú vendrás conmigo.

—Echar de menos —dijo Eithin.

—¿A esta fiera? ¡Caramba! Tenía entendido que no te gustaba en absoluto. Dijiste que era arrogante e inútil —dijo Scott alzando una ceja divertido.

La anciana arrugó la frente.

—Ahora conocer mujer blanca. Cambiar opinión. Lo mismo que tu.

—Bueno, en algún aspecto, que por supuesto tu no podrás apreciar, sí ha cambiado mí parecer —contestó él con malicia.

Caroline enrojeció avergonzada ante sus palabras intencionadas.

—Kahéntawaks tener niño. ¿Querer ver? —le informó Eithin.

—¡Oh, sí! —exclamó Caroline.

—¿No olvidas algo? —dijo Scott mirándola con disgusto.

—Lo siento. Tengo que preparar el desayuno al amo. Supongo que cuando esté saciado, me dará permiso para conocer al bebé. ¿No es así, señor? —replicó Caroline con sarcasmo.

Él gruñó.

—¡Iremos a ver a ver a ese mocoso!

Caroline salió de la choza sin darle opción a que cambiara de parecer. Scott soltó el fusil y salió tras ella. No le apetecía lo más mínimo, pero era un acto de cortesía en la sociedad de los Cuervos y no podía eludirlo.

—¡Es precioso! —exclamó Caroline mirando al recién nacido que estaba en los brazos de su madre.

—Marido satisfecho. Un niño, como quería —dijo Kahéntawaks mirándolo con orgullo.

—¿Puedo? —le pidió Caroline extendiendo las manos. La madre lo depositó en sus brazos y Caroline tuvo que reprimir la emoción que sintió al tener al niño contra su pecho, al comprender que ella jamás podría tener hijos. Scott no los deseaba y ella jamás querría dar a luz a un niño de esa bestia sin corazón.

—Llamarse Dulle, que significa arce. Fuerte y vigoroso como árbol.

—Bienvenido al mundo, pequeño Dulle —le susurró Caroline besándole la frente.

Scott observó a Caroline, y por un momento pensó que no le importaría tener con ella un ejército de hijos. Pero al instante apartó esa idea loca.

—Deja al niño con su madre. Tú no entiendes de esas cosas —dijo abruptamente.

Caroline obedeció respirando con agitación. ¡Señor, como odiaba a ese bárbaro!

—Mis mejores deseos para tu hijo, Kahéntawaks. Que el Gran Dios le conceda larga y prospera vida —dijo Scott inclinándose ante ella.

—Gracias, Ó:Ri. Esperar que tú también pronto tener uno.

—¡Dios no lo quiera! —se horrorizó él sonriendo.

La india lo miró perpleja.

—No intentes comprender. Los blancos somos gente extraña. Vamos, Caroline. Tenemos trabajo que hacer —dijo él asiéndola del brazo.

Caroline abrazó a Jamade con fuerza.

—¿Volver pronto? —le preguntó él intentando retener el llanto.

—No lo sé —respondió ella mirando a Scott.

—Tal vez, pequeño. Pero, si no volvemos a vernos, piensa en nosotros siempre que montes el caballo —dijo Scott revolviéndole los cabellos.

—Hacer —aseguró Jamade.

—¿Listos? —quiso saber Owhará:Ne.

Scott asintió.

—¿No pensar? Bosques peligrosos con asunto guerra —dijo el indio con gesto preocupado.

—Tengo que vender los caballos y este es el mejor momento. Nos pagarán el doble. Además, nosotros no tenemos nada que ver con esa maldita guerra. ¡En marcha!

Los habitantes del poblado alzaron las manos en señal de despedida. Caroline volvió el rostro para verlos, quizá, por última vez. Era extraño, pero había acabado por tomarles cariño y los echaría de menos.

—¿Triste? ¡Estoy sorprendido! Pensé que para ti no eran más que salvajes —le dijo con sorna Scott.

Caroline miró hacia el otro lado y espoleó su caballo para alejarse de él. Estaba harta de sus cinismos y del despotismo que a todas horas le infligía.

—¿Has decidido dejar de hablarme? —le preguntó él acercándose de nuevo.

—Lo único que hacemos tú y yo es pelear.

—Me parece que te equivocas, gatita. Solemos hacer algo mucho más agradable —dijo él entornando los ojos con sutileza.

—¿Y piensas que eso es suficiente para mantener una relación? —inquirió ella con aspereza.

—Nosotros no tenemos ninguna relación. Lo único que nos une es el odio y una pasión salvaje —dijo él con frialdad.

Caroline, a pesar de que esas palabras la habían herido, fingiendo indiferencia, dijo:

—Entonces, es absurdo que intentemos mantener una conversación civilizada. ¿No crees?

El rostro de Scott se tornó súbitamente serio y asintió. Azuzó al animal y se alejó de ella para controlar la manada.

Varias horas después se detuvieron al escuchar el sonido de unos cañones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Caroline asustada.

—Ser guerra —dijo Owahará:Ne.

—Están cerca —dedujo Scott desmontando.

—En nuestro camino —aseguró el piel roja.

—Daremos un rodeo —decidió Scott.

—No poder. Acantilados.

—Debiste hacerle caso y esperar —dijo Caroline visiblemente asustada.

Scott le lanzó una mirada iracunda.

—¿Y quién te ha pedido opinión? ¡Calla! —exclamó Scott furioso consigo mismo por no haber sido razonable; por pensar tan solo en la sed de venganza que le roía el alma.

—Volver poblado —propuso Owahará:Ne.

—Demasiado tarde. Nos verían —descartó Scott.

—¿Y qué? Somos ingleses. No pueden atacarnos. ¿Verdad? —se atrevió a decir Caroline.

—Lo harán si piensan que somos rebeldes. Vayamos al centro del bosque. Puede que pasemos desapercibidos —decidió Scott tomando las riendas de los caballos.

Se ocultaron entre la espesura de los árboles, hasta que, tras dos angustiosas horas, el sonido de los disparos fueron quedando en la lejanía.

—Continuemos —dijo Scott respirando con alivio. Lo último que deseaba era que el esfuerzo de varios meses fuese robado y le impidiese coger ese barco hacia Inglaterra.

—Pronto caer noche —dijo Owahará:Ne.

—Hay luna. Veremos bien. No es conveniente permanecer aquí.

Cabalgaron durante horas sin apenas detenerse y cuando salió el sol, continuaron incansables, hasta que al atardecer llegaron a la ciudad.

—¡Señor! —musitó Caroline al ver el caos que reinaba. Cientos de personas corrían de un lado hacia otro intentando escapar, amontonando sus pertenencias en carros, empujándose para conseguir un pasaje en alguno de los barcos que partían hacia Europa.

Owahará:Ne miró a Scott.

—¿Tú quedar aquí?

—¡No, por todos los demonios! Este país se ha vuelto loco y esta guerra no me interesa. Vigila a Caroline. Voy a vender los caballos y a buscar pasaje para el barco que zarpe de inmediato. Esperarme en casa —dijo Scott con determinación.

Caroline miró con angustia como se alejaba.

—No preocupar. Ser hombre fuerte y listo —le dijo Owhará:Ne.

—Mi temor es otro, amigo. Si vuelvo a casa encontraré la muerte —dijo Caroline.

—Ó:Ri cuidar bien de ti. No pasar nada. Tranquila —le aseguró el indio.

—En esta ocasión no podrá —musitó ella azuzando al caballo.

Cabalgaron hasta el otro extremo del puerto y entraron en casa.

—Tú cansada. Dormir un poco —le aconsejó Owhará:Ne al ver las ojeras que bordeaban los ojos de Caroline.

Ella asintió con gesto agotado y entró en la habitación. Se tumbó e inmediatamente se quedó dormida.

Un par de horas después, Scott la despertó.

—Caroline, despierta. Tenemos que preparar el equipaje —le dijo.

—¿Adónde vamos? —preguntó adormecida.

—Regresamos a Inglaterra.

Ella se reincorporó con gesto preocupado.

—Yo no puedo volver.

—Pues lo harás —dijo él.

Caroline se levantó de la cama y se enfrentó a Scott.

—Fui condenada a esclavitud y al exilio. ¡Por el amor de Dios! ¡Si vuelvo me ahorcarán! ¿Es eso lo que quieres? Supongo que sí. Sería una buena solución para acabar con tú venganza. ¡No es cierto!

—Deja de decir sandeces —respondió huraño.

—Entonces, debo quedarme.

—¿Por qué no volver a poblado? —sugirió Owhará:Ne.

—Ella viene conmigo —sentenció Scott comenzando a llenar una bolsa.

Caroline cerró el cajón con brusquedad y lo miró con ojos encendidos.

—¡Maldito seas, Scott! Hasta ahora he acatado todas tus órdenes, pero esta no pienso cumplirla. No estoy dispuesta a morir y mucho menos por algo que no he hecho. No te daré esa satisfacción.

Él montó súbitamente en cólera.

—¡Lo harás aunque tenga que llevarte atada! ¡Y no quiero volver a oír una

objeción más! ¿Lo has comprendido, esclava? ¡Ahora haz el equipaje! ¡Y cuando digo ahora, es ahora!

—¿Y crees que vestida así conseguiremos eludir las sospechas? Necesito un vestido decente —le dijo Caroline.

Él miró las pieles. Sí. Tenía razón. Debían evitar los riesgos.

—Está bien. Owhará:Ne. Acompáñala al almacén y que compre dos vestidos, nada elegantes. Hay que ser discretos. Y no tardéis —decidió lanzándole unas monedas a su amigo.

Caroline y Owhará:Ne, en pocos minutos, llegaron a la tienda.

Mientras elegía la ropa, una mujer de aspecto elegante la miró con curiosidad, y al ver que Caroline abandonaba el almacén, salió tras ella para ver hacia donde se dirigía.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —se quejó Scott.

—¡Dios Santo! Pero si en toda mi vida no había elegido unos vestidos con tanta rapidez —replicó Caroline con el rostro arrebolado y respirando con agitación.

—Y espero que te vistas con la misma rapidez — gruñó él terminando de cerrar el equipaje.

Caroline entró en la habitación mascullando un juramento indigno de una dama.

—Yo tener que regresar poblado —dijo Owhará:Ne.

—Lo comprendo, amigo. Espero que las cosas mejoren por aquí y os dejen en paz —dijo Scott sonriendo con tristeza.

Caroline salió del cuarto y acercándose al indio lo abrazó.

—Que el dios Cuervo te proteja, amigo.

—Y él vosotros. Ó:Nen —se despidió él.

Caroline sacudió la cabeza intentando evitar el llanto.

—Hay veces que me sorprendes, gatita —le dijo Scott desconcertado ante la actitud realmente apenada de ella.

—Es que aún desconoces como soy en realidad —respondió ella deshaciéndose las trenzas.

—¿Y crees que algún día conseguiré conocerte? Me gustaría...

Los golpes en la puerta lo hicieron callar.

—Pasa, Owahará:Ne.

Scott miró perplejo a la mujer de cabellos de azabache y ojos azules como el mar.

—¿Qué desea?

—¿Scott? —musitó ella empalideciendo.

Él se tensó al reconocerla.

—Darlene —dijo sin apenas voz.

—¡Jesús! Pensé que estabas muerto —jadeó ella tambaleándose.

Él no se movió y fue Caroline quien acudió a sostenerla acercándole una silla; obligándola a sentarse. Corrió hacia la cocina y llenó un vaso de agua ofreciéndoselo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Scott recuperando la frialdad.

—Vi a la señorita Lowell... y la seguí. Quería preguntarle si sabía algo de ti —tartamudeó Darlene aún sobrecogida.

—¿Por qué? Hace más de quince años que no os importó que pudiera sucederme y ahora es a mí a quien no le interesa nada de ti. Así que, lárgate de mi casa —dijo él con sequedad. Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la habitación. De repente se detuvo y volvió a mirarla —. ¿Has dicho que querías hablar con Caroline? ¿Dé qué la conoces?

—Yo jamás la he visto. Lo juro —dijo Caroline mirándolo asustada.

—Cierto. Aunque yo sí. Estuve presente en el juicio contra ella. Por eso al verla, decidí seguirla y descubrir que había pasado contigo; si era verdad que ella te había matado —le explicó Darlene.

—Es evidente que no. Y tampoco asesiné a esa chica —dijo Caroline con gesto indignado.

—Por supuesto que no, querida —se burló Scott.

Ella lo miró con ojos encendidos, pero se contuvo de gritar todo lo que de él pensaba ante la presencia de esa mujer.

—Darlene, ya que me has visto con vida, tu presencia aquí es innecesaria. Además, tenemos prisa por coger un barco —le dijo Scott.

Darlene sacudió la cabeza negándose a moverse de la silla.

—No me marcharé hasta que hablemos.

—Puedes quedarte. Ya no necesitaré esta casa —dijo él alzando los hombros con indiferencia mientras cogía la bolsa.

—Te creía más sensato, Scott. ¿Acaso no ves que no podrás irte del país con ella? Caroline es una exiliada, una esclava y no le permitirán subir a ese barco.

—Lo sé. Yo mismo la compré. Pero soy muy testarudo cuando me lo propongo y te aseguro que ella se irá conmigo —replicó él.

—Es posible, pero cuando pise tierra inglesa la apresarán y acabará en la horca.

—A él le da lo mismo, señora. Lo único que siente por mí es odio —dijo Caroline.

—¡No digas estupideces! —gritó Scott.

—Entonces, ¿a qué viene esa obcecación? —preguntó Darlene.

—No tengo porqué darte explicaciones. Ahora, por favor, sé amable y vete. No me obligues a echarte a la calle —contestó Scott.

Ella sacudió la cabeza.

—Esta vez no permitiré que vuelvan a detenerte.

Scott esbozó una sonrisa.

—Ya no tengo quince años. Sé cuidarme. Además, aunque con ello me fuese la vida, jamás aceptaría tu ayuda.

—En esta ocasión estás jugando con la vida de Caroline. Al menos, deja que me ocupe de su seguridad.

—No.

Darlene se levantó airada.

—¡Por el amor de Dios, Scott! ¿Acaso no tienes sentimientos?

—Los pocos que tenía me los arrebatasteis abandonándome a mí suerte —dijo con resentimiento.

—Vinnie no solo te engañó a ti, si no a todos. Cuando me enteré de la verdad ya era demasiado tarde para poder ayudarte. Incluso hable con el rey para que te localizara. Fue como si la tierra te hubiese tragado. Y cuando ocurrió lo de Caroline descubrimos que aún vivías, pero una vez más desapareciste —le explicó Darlene.

—Ese apartado te lo podrá aclarar ella —dijo Scott mirando significativamente a Caroline.

—¡Maldito seas! ¡Nunca intenté matarte! —explotó ella.

Él resopló con gesto cansino.

—Estoy harto de todo esto. Vamos, Caroline. Coge la bolsa.

—No iré a ninguna parte —dijo ella tajante.

—¡Naturalmente que lo harás! —rugió él agarrándola del brazo.

Darlene se enfrentó a él.

—Siempre pensé que lo sucedido te habría vuelto frío y calculador. Veo que estoy equivocada. ¿Pero no comprendes que no lo conseguirás? No sin mi ayuda. Escucha, Scott. Mi marido es el embajador y si vienes conmigo al barco, nadie os molestará. Viajaréis bajo la protección de la corona.

Scott la miró con fijeza.

—¿Qué tramas, Darlene?

—Supongo que acallar mi conciencia.

—¿Por qué razón? Actuaste como debías ante un ladrón. ¿No es así? — dijo él con sarcasmo.

—Cierto, pero debí indagar las razones que te llevaron a cometer ese delito y no temer a perder la posición social que acababa de alcanzar —se lamentó ella.

—Ese arrepentimiento llega muy tarde. Ya no me sirve.

—Nunca es tarde, Scott. Por favor, deja que te ayude en esto. Después, comprenderé que no deseas volver a verme —insistió ella.

Scott frunció la frente. No quería aceptar su ofrecimiento; sin embargo, el deseo que tenía por volver a casa y vengarse de Freddy, logró vencer sus reticencias.

—Está bien. Pero no quiero que durante la travesía vuelvas a molestarme. No tenemos nada más de que hablar —decidió Scott.

—De acuerdo —aceptó ella.

—¡Esto es inaudito! Veo que a ninguno de los dos le importa mi opinión, teniendo en cuenta que soy yo la que arriesga la vida. ¡Pues no pienso subir a ese barco! ¡Me oyen bien? ¡Me quedo! —intervino Caroline con el rostro contraído por la indignación dejándose caer en una silla.

—Harás lo que se te ordene, esclava —siseó Scott arrancándola con violencia de la silla.

—No temas. Te protegeré en Londres. Nadie te causará ningún mal —le aseguró Darlene abriendo la puerta.

Darlene usó su influencia como esposa del embajador, y Scott y Caroline no tuvieron ningún contratiempo para subir al velero; todo lo contrario. Fueron acomodados en un camarote espacioso y elegante.

—¿Todo bien? —les preguntó Darlene desde el quicio de la puerta.

Scott la fulminó con la mirada.

—Hicimos un pacto. ¿Lo recuerdas?

—No seas tan drástico. Simplemente estoy comprobando que todo marche a la perfección —se quejó ella.

—Todo está perfecto, señora —dijo Caroline.

—No. No lo está. ¡Aquí falta aire! —exclamó Scott apartado con descortesía a Darlene para abrirse paso.

Ella sacudió la cabeza con gesto triste.

—No se ofenda, señora. Scott es así de bruto —dijo Caroline deshaciendo el equipaje.

—De joven era encantador —dijo Darlene lanzando un suspiro.

Caroline alzó la cabeza y la miró.

—¿Fueron amantes?

Darlene rompió a reír divertida.

—No, así que no debes sentirte celosa.

—¿Celosa? ¡No diga estupideces, señora! Yo aborrezco a Scott —exclamó Caroline con el rostro encendido.

—¿De veras? —inquirió Darlene no muy convencida. Había visto como reñían y el modo que se miraban, y no cabía la menor duda de que esos dos chicos se amaban.

—¡Estaría loca si amara a esa bestia! Usted no sabe lo que me ha hecho pasar. Lo único que deseo es verme libre de él. Pero siempre seré su prisionera. Ha jurado mortificarme hasta el día de mi muerte.

—Si intentaste matarlo...

—¡Nunca hice tamaña atrocidad! ¡Lo que se dijo en el juicio también era falso! —negó Caroline con vehemencia.

Darlene se sentó ante la mesa y alzó la mano invitándola a que ella

también se acomodara.

—¿Por qué no me lo cuentas todo? Tal vez de ese modo, puedas convencerme.

Caroline se sentó y le contó todo lo que había ocurrido desde que su padre falleciera, a excepción de la intimidad que entre ella y Scott había habido.

Darlene, cuando Caroline terminó de hablar, aspiró con fuerza.

—Ahora comprendo la amargura que embarga a Scott. La vida no le ha tratado nada bien desde que sucedió aquello.

—¿Y qué pasó? —se interesó Caroline.

—Hace más de quince años me enamoré del Duque de Preston, primo del rey. Supuse que él jamás pondría los ojos en la hija de un criado del palacio. Me equivoqué. Milford también me amaba y por un extraño milagro, el rey no se opuso a nuestro enlace. Scott, mi sobrino, vino a pasar una temporada a nuestro castillo de Escocia. Allí se sintió muy feliz. Tenía todas las cosas y comodidades de las que en su humilde granja carecía. Pero aquella dicha se truncó cuando descubrimos que había robado algunas joyas de la familia de mi esposo. Intentamos averiguar el motivo de su traición, pero él nada dijo. Simplemente admitió el hecho. Milford, indignado y furioso, no quiso usar su influencia con el rey y dejó que lo llevaran preso, para posteriormente ser vendido como esclavo. Y yo, atemorizada por perder lo que había conseguido, tampoco lo ayudé.

—¿Y aún desconocen por qué sustrajo las joyas? —preguntó Caroline.

—Descubrimos la verdad muchos años después, cuando perdimos su paradero y ya nada se pudo hacer por él. Verás, durante aquella estancia se encontraba con nosotros Vinnie, la cuñada de mi esposo. Era una mujer hermosa, llena de vida, con un marido viejo y enfermo. Lógicamente, Scott se enamoró perdidamente de ella y Vinnie, a la que todos creíamos un ser dulce y bondadoso, lo sedujo convirtiéndolo en su amante. Lo enloqueció de tal modo que lo convenció para que efectuara el robo, con la excusa de que era necesario si querían escapar para vivir su amor con libertad.

—Scott debía amarla mucho si no habló —musitó Caroline.

—Sin duda, pues expuso su libertad. Lo que él nunca supo fue que la verdadera intención de Vinnie era apoderarse de las joyas y huir con el hombre que amaba de verdad.

—¡Scott debería matarla por esa traición! —masculló Caroline con ojos rabiosos.

Darlene esbozó una sonrisa malévola.

—Pensé que odiabas a mí sobrino.

Caroline se revolvió inquieta.

—Y lo aborrezco, pero ella es la culpable de toda su tragedia y del resentimiento que le corroe. Debería explicárselo.

—Ya has visto que no desea hablar conmigo. Es testarudo y dudo que aún así, atienda a razones.

—Conozco su terquedad. Ya ha visto que estoy en peligro y a él le da lo mismo —dijo Caroline con tristeza.

Darlene le tomó las manos entre las suyas y la miró sonriendo con dulzura.

—Si no le importaras, te habría dejado en las colonias.

—Ya sabe el motivo: La venganza.

—¿Solo eso? Temo que hay alguna otra razón que has omitido. Scott puede estar resentido contra ti, pero dudo que desprecie tu increíble belleza y siendo su esclava...

—Si he hecho algo indecoroso, ha sido por obligación. No olvide lo que le he contado. Aún amo a Freddy y no pienso renunciar a él.

Caroline calló al ver a Scott. Tenía el rostro tenso. Mantenía los puños apretados y sus ojos habían adquirido un brillo salvaje.

—Sal de mí camarote, Darlene —siseó entrando.

Ella no discutió y los dejó a solas.

Scott cerró la puerta dando un sonoro portazo y se acercó a Caroline. Apoyó las manos en la mesa y bajando el rostro la miró fijamente con esas dos brasas encendidas de ira.

—Qué sea la última vez que hablas con esa mujer. ¡Por Cristo! ¡Te dije que no quería tratos con ella! ¿Y qué haces tú? Hablarle de sentimientos que no le interesan lo más mínimo —bramó golpeando la mesa con el puño.

Caroline no apartó la vista ni se amedrentó.

—¿Qué es lo que realmente te ha molestado, que vea que te desprecio y que mí corazón pertenece a otro? ¿O qué ella me hiciese ver que el duro Scott aún sigue enamorado de Vinnie?

Él apretó los dientes.

—Por suerte, no soy tan necio como tú. Jamás podría amar a una mujer que me traicionó del modo más vil.

—Te equivocas, Freddy jamás me engañó —dijo ella con vehemencia.

Scott se reincorporó y retomando la compostura sonrió con maldad.

—Eso lo comprobaremos en cuanto llegemos a Londres. Veremos si tu amado Freddy aún aguarda al gran amor de su vida o por el contrario, ya se ha

consolado con otra.

—Si lo ha hecho, fue porque yo se lo pedí. No podía permitir que desperdiciara su vida aguardando a una mujer que probablemente jamás regresaría junto a él.

—¡Cuanta generosidad! —se burló Scott.

—El amor es generosidad. Pero claro, un hombre como tú no puede comprender ese sacrificio —dijo ella con cinismo.

—Me sacrifiqué una vez. ¡Y juro por Dios que jamás volveré a caer en esa trampa! ¡Ninguna mujer lo conseguirá! —exclamó él rabioso.

—No todas son como Vinnie.

—Las mujeres son traidoras por naturaleza. Tú misma eres un vivo ejemplo, querida. Y estoy dispuesto a demostrarlo una vez más —dijo él encaminándose hacia la puerta. Corrió el cerrojo y regresó junto a Caroline.

—No sabes cuanto te aborrezco —masculló ella.

—Y me encanta que lo hagas, preciosa —dijo él atrapándola entre sus brazos.

Scott miró con preocupación hacia la costa. Estaban a punto de llegar a Londres y el temor a que las autoridades descubriesen a Caroline lo angustiaba. No quería perderla. Su sed de venganza aún no estaba saciada. Quería que Freddy, antes de morir, viese como le había arrebatado la mujer que tanto deseó. Como le había traicionado entregándose a él con ardor. Con una pasión salvaje e insaciable a la que no quería renunciar por el momento.

—¿Podemos hablar? Solo quiero un minuto, Scott.

Él ladeó el rostro. Miró a Darlene y comenzó a alejarse de ella.

—Sé que me odias y lo comprendo. Sin embargo, me necesitas ahora más que nunca o ella morirá. En las Colonias pude evitar que os pidieran los papeles, pero aquí es distinto. Nadie abandona un barco si antes no han comprobado si se trata de un traidor. Si dejas que te ayude, puedo pedir al capitán que prepare un documento que certifique otra identidad para Caroline.

Scott permaneció de espaldas a ella.

—El orgullo es absurdo cuando nos aboca al desastre. Reconoce de una maldita vez que en esta ocasión no puedes controlar la situación —insistió ella.

Él aspiró con fuerza. Por mucho que deseara rehusar su oferta, tuvo que admitir que tenía razón. Dio media vuelta y la miró con gesto circunspecto.

—Hazlo. Pero no permitiré que este favor té de derecho a inmiscuirte en mí vida. No quiero volver a verte. Hazte a la idea que he muerto.

Darlene ladeó la cabeza en señal de desacuerdo.

—Temo que no será posible. ¿Has pensado que harás con Caroline? Si no me equivoco, piensas retenerla junto a ti. Pero será difícil, muchacho. Esto ya no es un país salvaje. Dudo que puedas controlar cada segundo de su vida. Y con la nueva identidad, puede huir y desaparecer para siempre.

—No soy tan estúpido, Darlene. Tengo los papeles de su compra y con ellos puedo entregarla a las autoridades. Si es lista, no me desafiará.

—Cuando alguien está desesperado, puede cometer cualquier atrocidad. Y esa chica me confesó que ama a otro hombre. ¿O ya has olvidado el pasado, Scott?

Él frunció la frente.

—Esa estúpida no ama a Freddy. Lo sé muy bien.

—Pero ella no y temo que intente localizarlo. Eso sería fatal. Por lo que me contó Caroline, no confío en ese chico.

—Por supuesto. Esos dos intentaron matarme —replicó él con mordacidad.

—No estoy tan segura.

—¡Por Cristo, Darlene! Oí como mis asesinos hablaban de Freddy. Ellos querían casase y yo lo impedía. Era un estorbo y decidieron actuar por la vía más rápida: deshaciéndose del tutor engorroso —casi gritó.

—¿Y no has pensado que ella desconocía sus intenciones? Caroline es lo más alejado a una asesina que he visto en toda mí vida —opinó Darlene.

Él sonrió con desgana.

—Tampoco Vinnie parecía un demonio y me traicionó del modo más vil.

—¿Lo sabes? —se asombró Darlene.

—¡Por supuesto! Su amante se ocupó de que me enterara mientras me conducía a la mazmorra; burlándose con crueldad del pobre chiquillo atemorizado. Juró que nadie volvería a saber de mí y lo consiguió; como también, supongo, escapó con esa zorra y las joyas. Pero ahora que soy libre me vengaré —dijo él con rabia.

—No podrás —dijo Darlene.

—¡Oh, te aseguro que sí! —exclamó él con vehemencia.

—Vinnie está muerta, Scott. Quedó embarazada y ese bastardo la abandonó llevándose las joyas, dejándola en la miseria. Murió en el parto y ese tipo, pocos meses después, a manos de unos rufianes que lo asaltaron —le explicó.

—Tuvieron lo que merecían —dijo él sin la menor piedad.

—Estoy de acuerdo. Pero difiero con referencia a Caroline. No creo lo que todos decís de ella. Estas semanas he estado pensando y he llegado a la conclusión que fue Freddy quien maquinó tu atentado, y también que él quien mató a esa muchacha por la que fue condenada Caroline.

—¿Qué te ha llevado a esa conclusión?

—Los hechos. Cuando descubrí que habías sido esclavo de Lowell y que decían que ella te había hecho desaparecer, hice algunas indagaciones. Averigüé que Freddy no era tan leal como aparentaba. Se había comprometido con Betty, pero continuaba diciéndole a Caroline que iban a casarse.

—Por eso la mató —dijo Scott tajante.

—Deja que termine de hablar, por favor. Pues como decía, ese chico no era tan inocente como nos hacía creer. Un investigador lo siguió y descubrió que era un cliente asiduo en las tabernas del puerto; que se relacionaba con asesinos y prostitutas. Incluso, tras el juicio, tuvo la desfachatez de buscar los servicios de una mujerzuela; cuando todos los asistentes al juicio vieron como se desesperaba por la sentencia que había recaído sobre su amada, jurándole amor eterno.

—Esas revelaciones no me sorprenden. Nunca confié en Freddy. Pero, eso no excusa a Caroline de que intentase matarme —insistió Scott.

—¡Oh, por Dios, no seas tan testarudo! Puede que estés en lo cierto o que te equivoques. Piensa en esa posibilidad por una vez.

Scott la miró pensativo durante unos segundos. Caroline le había jurado que era inocente de todo. Sin embargo, no podía confiar en una mujer que juraba amar a otro y que se derretía entre sus brazos de un modo tan voluptuoso.

—La he pensado muchas veces y siempre he sacado la misma conclusión: Que es culpable.

—¡Está bien! No insistiré más. De todos modos, si tan seguro estás, entrégala a las autoridades y que pague por los crímenes que cometió —replicó Darlene casi perdiendo la compostura.

—No —respondió el tajante.

—En ese caso, deberás dejarla en mis manos.

—¡Ni lo sueñes! —se opuso él.

—Scott, si viene a mí casa podré controlarla. Hay criados suficientes para evitar que intente escapar y reunirse con ese asesino. Mientras tanto, tú puedes indagar para descubrir que pasó en realidad, si ella es inocente. Solo de este modo acabará el sufrimiento que te corroe por no poder amarla con libertad.

El cuerpo de Scott se tornó rígido.

—¿Amarla? Lo único que Caroline me inspira es desprecio —siseó.

—¡No me tomes por imbécil! Ningún hombre cuerdo desearía cada noche en su cama a una mujer que aborrece. ¿Actuarías del mismo modo con Vinnie si ella estuviese en tu poder? Por supuesto que no. No dudarías en matarla. ¿Y sabes por qué? Por la sencilla razón de que nunca la amaste. Fue una pasión juvenil. En cambio, ahora es muy distinto. Estás realmente enamorado de Caroline a pesar de que ella intentó matarte y que dice querer Freddy.

—¡Estás loca! —tronó él.

Darlene lo miró apenada.

—Scott. ¿No crees que ya sea hora de apartar el odio e intentar ser feliz?

—¿Hablas de felicidad? Nunca podré serlo. No hasta que acabe con ese bastardo y destruya a Caroline por su traición —dijo él con amargura.

—Siempre pensé que eras inteligente. Veo que me he equivocado. Te niegas sistemáticamente a que comprobemos que pasó de verdad. Claro que, tal vez se trate de cobardía.

—¿A qué puede un hombre como yo tenerle miedo? —se burló él.

—Estás aterrado a que si algún día se descubre que Caroline es inocente, ella te abandone y te aborrezca sinceramente. Porque querido, ella también te ama a pesar de que se empeña en decir lo contrario. No. No digas nada. Solo una mujer puede comprender los sentimientos de otra. Y te aseguro que esa muchacha está loca por ti. Así que, te sugiero que hagas algo.

Era cierto. Tenía que admitir de una maldita vez que estaba loco por Caroline. Pero el amor estaba muy alejado de su obstinación. De Caroline solo quería obtener placer y no permitiría que nadie le impidiese gozar de su esclava.

—Será una pérdida de tiempo, Darlene. Al final se confirmará lo que siempre he sospechado. Ahora, si no te importa, tengo que prepararme para desembarcar —dijo él.

—Ella necesita papeles, Scott —le recordó Darlene.

—Prepáralos. Pero con referencia al otro asunto, te prohíbo rotundamente que a mis espaldas intentes algo. Si quiero solucionar mi vida, lo haré yo mismo. ¿Comprendido? —dijo encaminándose hacia su camarote.

Darlene lo miró con gesto apesadumbrado. Ese muchacho estaba realmente herido. Pero en esta ocasión no permitiría que la vida volviese a darle un golpe mortal. Con o sin su aprobación descubriría el misterio que Caroline escondía.

En cuanto cruzaron la aduana sin ningún impedimento, Scott alquiló un carruaje y se dirigió al despacho de los abogados de Caroline.

—No deje que salga, amigo —le dijo Scott al cochero entregándole unas monedas.

Entró en el edificio y se anunció.

Kelly perplejo y aturdido miró a Scott.

—Pero ¿No estaba muerto? —Balbució dejándose caer en la silla.

—Es evidente que no —contestó Scott acomodándose ante la mesa.

—¿Qué pasó? —preguntó el abogado ya más restablecido de la sorpresa.

—Digamos que... me vi obligado a efectuar un largo viaje. ¿Podría informarme de cómo están mis asuntos? Le agradecería que fuera rápido. Tengo algo de prisa, señor Kelly.

Kelly rebuscó en el archivo y extrajo unos documentos.

—Sus inversiones no han sido tocadas, por lo que los intereses han continuado generándose. Ahora el capital se ha triplicado. ¿Quiere vender las acciones?

—A no ser que considere que corren algún riesgo debido a la guerra.

—Ninguno. Señor Darby... Desconozco dónde ha estado, pero supongo que sabrá lo ocurrido con la señorita Lowell.

Scott asintió.

—Ahora lord Alfred es el dueño de todo lo que usted administraba. Y he de decir, que no lo ha hecho muy acertadamente. Se ha visto obligado a vender parte de la finca. Por lo visto el juego y las mujeres han dilapidado parte del legado. Aunque, ha encontrado una solución definitiva. Se ha casado con la Vizcondesa de Hewitt —dijo Kelly mostrándole un periódico que anunciaba la llegada de los recién casados de su luna de miel.

Scott sonrió.

—No ha perdido el tiempo. ¿Puedo quedármelo?

—Por supuesto. Si me permite el atrevimiento le diré en su defensa que usted le prohibió que se casara con su pupila —le dijo Kelly mirándolo con curiosidad, preguntándose el motivo por el que desapareció durante dos años.

—Como ve, no andaba muy equivocado con ese tipo. ¡En fin! Volveré dentro de unos días, cuando esté instalado. Gracias por todo, señor Kelly — dijo Scott levantándose.

—¿Sabe algo de Caroline, señor Darby? —le preguntó Kelly.

—Nada en absoluto. Hasta pronto —respondió Scott abandonando el despacho.

Mientras se encaminaba hacia el carruaje pensaba si debería decirle a Caroline que su gran amor la había olvidado definitivamente. Decidió que, por el momento no era necesario. Ya se lo comunicaría al mismo tiempo que le ratificaba la fechoría que ella negaba constantemente.

—A Boyle Street —le ordenó al cochero mientras entraba en el carruaje.

Caroline volvió el rostro hacia la ventanilla y dejó perder la mirada en las calles, recreándose en los carruajes, en la gente que libremente paseaba, pensando que ella continuaba prisionera, esclava de un ser despreciable.

—Hemos llegado a casa —dijo Scott abriendo la puerta. Bajó y la ayudó a descender.

Caroline miró el edificio, mientras le seguía hasta la puerta.

—¿Es tuya? —preguntó sorprendida.

—La compré hace tres años. Y los abogados me han dicho que los negocios no me han ido nada mal. Así que, no debemos preocuparnos por la parte crematística. El buen trabajo que efectué administrando tus bienes ha dado unos beneficios muy suculentos —le explicó él dejando el sombrero sobre una mesita.

—¿Y piensas que eso me importa? —contestó ella con frialdad.

Scott alzó los hombros con indolencia.

—Supongo que en absoluto. Sin embargo, te gustará saber que tu querido Freddy ha disfrutado generosamente de tu herencia. Kelly me ha informado que ha vendido parte de la finca a causa de sus deudas.

—Eso te satisface enormemente, ¿verdad? —masculló ella mirándolo con hostilidad.

—La verdad, no. Pero me alegro que por fin saque a la luz su parte oscura. Algún día cometerá un error fatal y yo estaré allí para recoger sus miserias — dijo Scott con tono desdeñoso.

—Puede que Freddy, tras lo que ocurrió, cometiese alguna locura juvenil. Pero él jamás, ni yo, hicimos nada para perjudicarte. ¿Por qué te empeñas en no creernos y aceptar que lo que dijo aquel asesino es la verdad? —se quejó ella frotándose las manos con nerviosismo.

Scott abrió la puerta del salón. Se encaminó hacia las ventanas y las abrió para que la luz entrara la habitación.

—Hay un poco de polvo. Mañana lo limpias —dijo sin mirarla, mientras se quitaba el abrigo.

—Nunca aceptarás mi palabra. ¿No es cierto? —se quejó Caroline.

Él se volvió y la miró con gesto grave.

—Eres tú la que no quiere ver la realidad. Un hombre a punto de ser asesinado no olvida las últimas palabras de su verdugo y te aseguro que Freddy contrató a ese hombre. ¡Diablos, Caroline! ¡Abre los ojos de una vez! Tu gran amor no es más que un miserable. Un tipo que tras ser condenada fue a celebrarlo con una prostituta.

—No es verdad. Lo dices para lastimarme —musitó ella dejándose caer sobre una butaca con el rostro pálido.

—Darlene lo hizo seguir y se lo confirmaron. Y no era la primera vez, preciosa. Freddy te engañó reiteradamente mientras te juraba amor. Un amor tan falso como el tuyo, que no has tenido escrúpulos en entregarte a mí mostrando placer. ¡Los dos sois igual de despreciables! —dijo él sin mostrar misericordia ante el tormento de Caroline.

—Él me ama —sollozó ella.

Scott le lanzó el periódico con rabia.

—Descubre por ti misma lo mucho que te quiere.

Caroline vio la noticia y un gemido lastimoso escapó de su garganta.

—¿Convencida ahora?

—Le... le pedí que no me esperara —lo defendió ella.

—¡Oh Señor, como puedes ser tan idiota! —bramó Scott enfurecido al ver que a pesar de su traición ella aún lo excusaba, porque sin duda amaba realmente a ese bastardo.

—Soy objetiva. Freddy tenía derecho a rehacer su vida —dijo Caroline limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Pues ateniéndonos a esa objetividad, será mejor que aceptes de una maldita vez que me perteneces y que no consentiré que el nombre de ese rufián vuelva a pronunciarse en esta casa. ¿Comprendido?

—Lo que tú no entiendes es que no podrás mandar jamás en mi corazón. ¡Te odio y nada hará cambiar ese sentimiento! —gritó Caroline levantándose airada.

—Estoy harto de decir que me da lo mismo. Siempre y cuando cumplas con tu trabajo de ramera. Ahora sube al primer piso y prepara la habitación

azul. Yo tengo que salir. ¡Ah! Y no se te ocurra intentar escapar. Recuerda que tengo tu vida en mis manos —le dijo él con evidente desprecio.

—Por desgracia, eso es algo imposible de olvidar —murmuró ella.

Scott salió del salón y abandonó la casa dando un sonoro portazo.

Caroline, abatida, se sentó de nuevo. Cogió el periódico y volvió a leer la noticia, preguntándose porque el desprecio de Scott la había afectado mucho más que descubrir que el hombre en el que había confiado y querido durante años había apartado el amor para entregárselo a otra mujer. ¿Significaba eso que nunca había estado enamorada realmente de Freddy? Aún podía recordar la noche que la besó apasionadamente y ella sintió una absoluta indiferencia. Una frialdad muy alejada de la reacción placentera que los besos de Scott le producían. ¿Acaso estaba equivocada y a quien de verdad amaba era a su carcelero? No. Eso no era posible. Ella lo odiaba. Siempre lo detestó, incluso cuando era tan solo una niña. Pero no podía negar que cada vez que él la tocaba perdía la cordura, y que incluso su cuerpo sin su presencia lo deseaba con desesperación.

—¡No lo amo! ¡Solo se trata de una pasión enfermiza! —exclamó asustada.

Caroline se sentía desconcertada. No comprendía que le sucedía a Scott. Desde que se habían instalado ni una sola vez volvió a tocarla. Incluso dormía en otro dormitorio. Y esa actitud, en lugar de aliviarla, lo único que le provocaba era irascibilidad y malhumor.

Scott tampoco se sentía satisfecho. En el mismo momento que llegó a Londres contrató a un detective para seguir los pasos de Freddy. Pero no habían obtenido ningún resultado satisfactorio. El chico se comportaba en concordancia con el rango que ostentaba y eso lo enfurecía. Bien cierto era que podía matarlo del mismo modo que él lo intentó, pero no quería. Deseaba que en el momento de su muerte supiese que era él el causante de su condena.

Pero no era ese solo el único motivo de su malhumor constante. Parte de la culpa provenía desde el mismo instante que comprendió que Caroline amaba sinceramente a ese bastardo. Algo en su interior, orgullo tal vez, le impidió, a pesar de desearla con desesperación, tocarla. No quería tener entre sus brazos a una mujer que no le pertenecía totalmente.

Con el ceño fruncido entró en el comedor. Caroline estaba comenzando a cenar.

—¿No podías esperar? —gruñó dejándose caer en la silla.

—Nunca sé a la hora que llegarás y tenía hambre —respondió ella mirándolo con antipatía.

—Pues, a partir de ahora, aguardarás mi llegada.

—Como ordene el amo.

Scott se sirvió un poco de pudín y lo saboreó.

—Esa chica cocina realmente bien —dijo mirando significativamente a Caroline.

—Me alegro —replicó ella con aspereza soltando el tenedor.

—Pensé que estabas hambrienta.

Ella no respondió.

Scott la miró. ¡Señor! Caroline estaba preciosa y ardía por tomarla entre sus brazos y amarla hasta la saciedad. Sería fácil aplacar su ardor. Caroline no lo rechazaría. Nunca, a pesar de todo, lo había hecho. Sin embargo, no quería

tomar a una mujer que decía amar a otro. Ya no.

—¿A qué viene ese malhumor?

—Necesito salir —replicó ella tirando la servilleta con enojo.

Scott la miró con seriedad.

—Sabes que es peligroso.

—¿Y qué pretendes, mantenerme en esta cárcel el resto de mis días? —se quejó ella.

Él alzó los hombros con indiferencia.

—Tú te lo buscaste.

—¡No es cierto! ¡Fuiste tú el que me obligó a venir! ¡Te odio! ¡Y, aunque me cueste la vida, me voy! —gritó echando a correr.

Scott dobló la servilleta y lentamente se levantó. Subió la escalera y entró en la habitación de Caroline. Ella estaba rebuscando en los cajones con gesto desesperado.

—Si buscas el oro, lo tengo yo —dijo Scott.

Caroline lo miró con gesto desolado.

—Te dije que jamás permitiría que me abandonases. Ahora, haz el favor de calmarte y regresar a la mesa —le dijo él sin perder la serenidad.

Caroline sacudió la cabeza negándose.

Scott avanzó hacia ella con ojos brillantes.

—Estos días te han hecho olvidar quien es el amo. ¿Quieres que te lo recuerde, Caroline?

—No, por favor —musitó ella temerosa.

Él la miró con ojos encendidos. ¡Señor! Era inútil negar lo evidente. Su cuerpo la necesitaba. Apartó los escrúpulos y comenzó a desprenderse de la chaqueta.

—Lo siento, cielo. Tú petición ha sido denegada. Te deseo y no tengo porque reprimir el fuego que me consume —dijo avanzando hacia ella.

Caroline comenzó a respirar con agitación, horrorizada al comprobar que ella también lo deseaba de un modo salvaje.

Scott, con dedos trémulos, le desató las cintas del vestido, dejándolo caer a sus pies; arrancándole prácticamente la camisola.

—Eres tan hermosa —le dijo acariciándole las mejillas.

—Y una asesina sin corazón. ¿Lo has olvidado? —musitó ella.

—No me importa. Lo único que sé es que deseo tenerte entre mis brazos y besarte, y acariciarte; aún sabiendo que amas a otro —dijo él ronco.

—Scott yo...

Él la acalló con un beso hambriento, acariciando su piel con devoción, casi con miedo. Ya no quería solo su cuerpo, necesitaba su alma, borrar de su mente ese amor absurdo que sentía por Freddy. Sin embargo, era consciente que nunca lo lograría. Pero no renunciaría a ser el dueño de su cuerpo voluptuoso.

—Di que me deseas, gatita. Dilo —casi le suplicó hundiendo el rostro en su cuello.

—¡Oh, Señor! Te aborrezco por todo lo que me has hecho y a pesar de ello, no puedo evitarlo —sollozó Caroline.

—Nuestros cuerpos han sido moldeados para que se complementen. Es imposible luchar contra la naturaleza. Somos esclavos de la pasión. Déjala libre esta noche, Caroline —le dijo Scott besando sus lágrimas.

—¿Y qué ocurrirá mañana? —musitó ella mirándolo con tristeza.

—No pienses en mañana y bésame, cariño —le suplicó él.

Caroline no pudo resistir su súplica y tomó su boca besándolo con avidez, aferrándose a su espalda con ansiedad; descubriendo que no solo era pasión la que la obligaba a rendirse, si no un amor irracional y dañino. Y perdida en el huracán de sus sentimientos, palpó sensualmente la piel ardiente de Scott.

Él sintió como el corazón le latía con fuerza. La entrega de Caroline lo alteró de un modo brutal. Con un gemido gutural, abandonó su boca y la deslizó por su cuello dejando un rastro de fuego, sentándola sobre el tocador, apretándola contra su cuerpo ansioso e impaciente.

Caroline, incapaz de permanecer pasiva, comenzó a desabrocharle la camisa. Necesitaba sentir su piel ardiente.

Scott, arrebatado, la apartó. Con urgencia se desprendió de la ropa y se arrancó las botas lanzándolas al suelo sin contemplaciones.

—Eres tan hermosa —musitó.

Caroline ahogó un gemido cuando su boca encontró los montículos inhiestos y se recreó largamente infligiéndole un placer casi insoportable. Y movida por una fuerza desconocida, apartó suavemente a Scott. Necesitaba sentirlo y bajó el rostro hacia su pecho. Sus labios húmedos y candentes besaron la piel trémula, mientras sus manos descendían lentamente hasta su vientre, cada vez más abajo.

—Eres una bruja y haré que ardas en la hoguera —dijo él con voz estrangulada, alzándola para llevarla al lecho. La recostó tumbándose junto a ella.

Con hambruna tomó su boca, mientras su mano encontraba la carne tersa de

su sexo. Su caricia delicada y al mismo tiempo exigente, acrecentaron el deseo que consumía a Caroline. Embriagada por la sensualidad, lo obligó a tumbarse de espaldas. Con ansia su boca se recreó en la carne tensa y exaltada de Scott, saboreando el sabor salado, recorriendo cada músculo, cada rincón hasta alcanzar su máxima urgencia.

La tortura deliciosa de su boca estaba transportando a Scott a un delirio insoportable. Tiró de ella con un gruñido encrespado apartándola.

—Eres perversa —murmuró mirándola con ojos nublados por la pasión.

—Y eso te vuelve loco. ¿No es cierto? —jadeó Caroline mordisqueándole el lóbulo.

—Desde que te conozco no hago otra cosa que cometer estupideces. Pero no me importa —suspiró colocándola sobre él, acariciándola donde ella más lo deseaba.

—Scott —jadeó Caroline con el rostro sumido en el placer.

—¿Qué quieres, gatita? —le preguntó él ronco.

—Quiero sentirte dentro —le suplicó Caroline.

—Entonces, hazlo. Esta noche soy yo tu esclavo —musitó él manteniéndose tumbado, guiándola. Ella exhaló un suspiro ahogado al sentir la fuerza caliente y pulsante que la invadía, y comenzó a moverse, iniciando una danza sensual, sin apartar los ojos del rostro y del cuerpo tenso de Scott que la miraba seducido.

Él, incapaz de resistir la pasividad por mucho más tiempo, alzó las caderas empujando hacia esa tibieza que lo trastornaba, acariciando los senos henchidos, el punto de su unión.

Caroline cerró los ojos arrebatada y llevada por una fogosidad incontrolable, acrecentó el ritmo de sus movimientos, intentando encontrar alivio a la presión que sentía entre sus muslos. La convulsión del estallido la atrapó arrastrándola hacia un éxtasis hasta ahora desconocido y exhalando un grito casi animal dejó caer el cuerpo sobre el pecho de Scott.

Él, ebrio por el ardor, la tumbó de espaldas y la embistió con frenesí, moviéndose contra ella con ansiedad. Nada existía a su alrededor, solo la suavidad, la sensualidad del cuerpo de Caroline y la urgencia de su propia liberación.

—Mi amor —jadeó al borde del abismo.

—Scott, no debes... —gimió Caroline.

—No quiero que rechaces nada de mi, cariño. Nada —jadeó. Necesitaba que ella sintiese su pasión, su locura. Y continuó embistiendo en esa calidez

acogedora, y viendo como el rostro de Caroline se sobrecogía ante un nuevo ramalazo de sensualidad, profundizó dejándose arrastrar por el éxtasis, exhalando un gemido animal, entregándole toda su esencia.

Caroline ante la nueva oleada de exaltación, se aferró a su espalda hundiendo el rostro en su cuello y sollozando de pura delicia, dejó que detonase el placer.

Scott, aún jadeante, buscó su boca y la asaltó casi con furia, mientras sus manos reverenciaban cada rincón de su cuerpo estremecido.

—Solo yo puedo provocar esto. ¿No es así, gatita? —musitó Scott sobre su boca.

—No lo sé. Nunca he estado con otro —dijo ella aún respirando con agitación.

El rostro de Scott adquirió un gesto enojado.

—Ni jamás lo estarás —gruñó.

—Algún día te hartarás de la pequeña esclava y entonces...

—¡Aún así, no consentiré que otro te toque! —exclamó él apartándose.

Caroline lo miró con ojos encendidos.

—¿Y qué harás, matarme?

—No dudaré si descubro que intentas engañarme —le aseguró él.

—Ni yo dejaré de intentar escapar de tus garras.

Scott la atrajo hacia su pecho con rudeza.

—Juro por Dios que nunca lo lograrás —masculló capturando su boca.

Scott, aún somnoliento, abandonó la cama al escuchar los golpes en la puerta. Se puso una bata y revolviéndose los cabellos, abrió.

—Señor, la Duquesa de Preston desea hablar con usted. Dice que es muy importante.

Scott se quedó durante unos segundos pensativo. No deseaba verla.

—Dile que estoy ocupado —gruñó.

—Ha dicho que se trata de Freddy.

Scott sacudió levemente la cabeza. Necesitaba información sobre ese hijo de perra y si ella se la podía proporcionar, haría una excepción a sus reticencias.

—Está bien. Ahora bajo. Acomódelo en el salón verde —decidió cerrando la puerta.

Miró hacia la cama. Caroline aún dormía. Su rostro acusaba los excesos de la noche, pero aún así, estaba preciosa.

Con un suspiro, se quitó la bata y se vistió. Se peinó con descuido y bajó al salón.

—Darlene. Pensé que había quedado claro que no deseaba verte nunca más —dijo mirando con curiosidad a la muchacha de aspecto asustado que la acompañaba.

—Lo sé. Pero sabes lo insistente que soy. Además, este asunto te interesa y sugiero que si eres inteligente, me invites a tomar asiento.

—¿De qué se trata?

—Tengo información muy interesante sobre Freddy.

Scott alzó la mano indicándole que tomara asiento.

—¿Queréis tomar una copa de jerez?

—¿A estas horas? Claro que, por tu aspecto deduzco que no te has acostado aún o que has pasado muy mala noche —dijo ella estudiando su rostro ojeroso y barba incipiente.

Scott sonrió.

—La noche ha sido digamos... muy movida.

Darlene le lanzó una mirada de censura.

—¿Por qué te extrañas? Soy un hombre joven y sin ningún tipo de moral. Ya lo sabes. ¿Qué me cuentas de Freddy?

—Hace un tiempo encontré a esta muchacha casi muerta de hambre y decidí tomarla a mí servicio. Durante una fiesta vi como se aterrorizaba al ver a uno de mis invitados. La interrogué y por fin decidió hablar. ¿Ves esa cicatriz? Se la hizo un tipo llamado Morris. Un rufián que suele frecuentar la compañía de nuestro querido Freddy. Vamos, Lorna, cuéntale al señor lo sucedido.

La mucha miró con temor a Darby.

—Habla. Aquí estás segura —le dijo él sonriéndole con simpatía.

Ella carraspeó y frotándose las manos asintió.

—Yo servía en la mansión Treefox. Ya sabe, en la casa que mató a esa tal Betty. Cuando acusaron a la señorita, yo sabía algo que podía ayudarla, pero callé. Verá... Esa noche, la del crimen, vi como el marqués abandonaba el cuarto de Betty. Así que, supuse que él había sido el asesino. En aquella época mi madre estaba muy enferma y necesitaba dinero y decidí aprovechar la ocasión para hacerle chantaje. Él pareció aceptar, pero cuando abandoné la taberna... ¡Oh, Señor! Apareció ese tipo y me atacó. Me hizo... algo horrible... y después me apuñaló...

Lorna no pudo seguir y rompió a llorar.

—Todos sabemos lo horrible que fue, querida. Pero, continua, por favor —le dijo Darlene acariciándole el hombro.

Ella sorbió la nariz y se limpió con la manga del vestido.

—Ese tipo creyó que había muerto y me dejó abandonada en el callejón. Estaba muy malherida y no pude ir al palacio de justicia a explicar la verdad. Al recuperarme intenté enmendar mi error, pero ella ya había sido enviada a las colonias. ¡Oh, lamento tanto el daño que he hecho! ¡Tanto!

—La declaración de esta chica confirma la insistencia de Caroline en decir que es inocente. ¿No es así? —dijo Darlene sonriendo satisfecha.

Scott la miró con el rostro impertérrito, a pesar que una terrible tormenta se había desatado dentro de él. Si podían probar esa historia, significaba que Caroline había sido juzgada injustamente y sería eximida del crimen que no había cometido. Volvería a ser una mujer libre. Era lo justo, pero no para él. Caroline continuaba siendo cómplice en el intento de su asesinato. ¡Y que demonios! Él la quería a su lado, en su cama. No permitiría que se la arrebatasen.

—¿No es así? —insistió Darlene.

—¿Y quién creará a una vulgar criada? —dijo con tono enojado.

—El tipo que le hizo esto lo confirmará si lo atrapamos y conseguimos que confiese.

Scott miró a Lorna con el rostro tenso.

—¿Podrías reconocerlo? —le preguntó.

—¡Oh, por supuesto! Nadie olvida la cara de su asesino —exclamó ella con vehemencia.

Sí. Él también recordaba a la perfección al suyo.

—¿Cómo es?

—Se llama Morris y tiene ojos saltones y una oreja cortada.

Scott asintió. Era el mismo hombre que lo asaltó en el carruaje y que lo llevó al barco.

—¿Sabes si aún vive?

—Creo que sí.

—¿Cuál era el nombre de la taberna?

—El Pez Espada. Un antro infame, señor.

Darlene lanzó un suspiro de satisfacción.

—Redimiremos a Caroline y por fin podrá vivir en paz y libre.

—De un solo crimen. No lo olvides —le dijo Scott frunciendo la frente.

—¡Por Dios, muchacho! ¿Aún persistes en esa idea absurda? Caroline es inocente de todo —se exasperó Darlene.

—Al igual que a ella también intentaron matarme y sé quienes maquinaron contra mí. Y nadie me hará cambiar de opinión.

Darlene lo miró molesta.

—¿Quiere decir eso que no nos ayudarás a coger a Freddy?

—¡Oh, por supuesto que sí! Pero, con una condición: No lo entregaré a menos que confiese lo que me hizo.

—¿Y si no lo consigues?

—Morris nos ayudará. Es el mismo tipo que me secuestró.

Lorna parpadeó perpleja.

—¿También lo dañó, señor?

—Todos me hicieron pasar un infierno. Y juro que lo pagarán —siseó Scott.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos. Hablaré con mi primo. Un rey es un buen aliado. ¿No crees? —dijo Darlene levantándose.

—Supongo.

—¿Qué harás tú?

—Por el momento, desayunar. Estoy hambriento —respondió Scott.

—¡Jesús! ¿Por qué eres tan frío? —se quejó ella.

Él sonrió ladinamente.

—La vida nos moldea, querida. Aunque, té seguro que no todas opinan lo mismo.

—Espero que no tengas que arrepentirte algún día de cómo estás tratando a Caroline. Si sale inocente de todo, no volverás a verla jamás —le dijo ella cruzando la puerta.

Scott permaneció de pie sumido en pensamientos sombríos. Si Darlene tenía razón, no podría retener a Caroline. Ninguna excusa serviría para que ella lo abandonase.

—¡Maldita sea! —masculló encaminándose hacia la habitación.

Caroline continuaba dormida. Se acercó a la cama y acarició sus cabellos dorados, pensando que no soportaría perderla. Que su corazón se partiría en mil pedazos sin tener a la mujer que amaba. Por que, era inútil engañarse como lo había hecho hasta ahora. Quería a Caroline más que a su vida.

—¿Qué debo hacer contigo? —musitó apretando los dientes.

Caroline se removió y él se levantó dándole la espalda, para que no viese como un hombre duro e insensible como él estaba a punto de llorar como un niño.

—¿Scott?

Él no se volvió. Abrió la puerta y salió de la habitación.

Scott entró en la cantina y sus ojos azules se entrecerraron escudriñando a los clientes. Morris estaba reclinado en una esquina tragando una enorme jarra de cerveza. Un ramalazo de ira le traspasó el estómago. Pero se contuvo. Esbozó una sonrisa tomando asiento frente a Morris y alzó la mano indicándole que se acercara.

Morris, intrigado, ladeó la cabeza. No conocía al tipo, pero el aspecto elegante le hizo aceptar la invitación.

—¿Le conozco, amigo? —le preguntó dejándose caer en la silla.

Scott, conteniendo las ganas de matarlo allí mismo, le llenó la jarra.

—¿Es necesario para que le invite a una cerveza?

Morris sonrió dejando al descubierto una boca plagada de dientes podridos.

—Siempre recibo bien a quien paga. Aunque, tanta generosidad me mosquea, amigo. Me huelo que busca algo. ¿Me equivoco?

Scott hizo oscilar la cabeza afirmativamente.

—Diversión. Y tengo entendido que usted conoce a las mejores putas.

Morris se reclinó en la silla adquiriendo un gesto de ofensa.

—Temo que su información no es correcta. No me dedico a mediar para esas zorras.

—¿Piensa que mi amigo el marqués ha mentido? —dijo Scott mirándolo con seguridad.

Morris se removió inquieto. Había metido la pata y tal vez ese tipo ya no querría tratos con él. Volviendo a sonreír, se reclinó sobre la mesa.

—Siendo conocido del marqués, las cosas cambian, señor. Puedo ofrecerle lo que quiera. ¿Desea algo en especial? ¿Algún físico en concreto o perversidad?

—Me ha hablado muy bien de una tal Dora —dijo Scott dando un sobro de cerveza.

Morris adquirió un gesto de disgusto. Esa puta jamás aceptaría trabajar para él. Aún podía recordar como tuvo que forzarla para satisfacer el pago que Freddy le prometió.

—Esa chica no le conviene. Últimamente está desmejorada e incluso puede pegarle alguna enfermedad desagradable. Corin será ideal para un caballero como usted.

—Quiero a Dora o no hay trato —insistió Scott con voz acerada.

Morris ladeó el rostro y miró a la muchacha que conversaba con un cliente. Lo intentaría. Necesitaba dinero con urgencia o la bruja de la patrona lo echaría de la pensión.

—Como quiera —dijo alzando los hombros con indiferencia. Se levantó y se acercó Dora.

Scott vio como discutían. Ella parecía furiosa, pero su rostro se tornó satisfecho cuando Morris le señaló. Con un movimiento oscilante y exagerado, Dora llegó hasta la mesa, seguida de Morris. La escrutó detenidamente. Era vulgar, de facciones angulosas y con el cabello crespo. Sus mejillas estaban cubiertas de colorete. Y no pudo entender como Freddy podía desear a esa furcia.

—Este bastardo me ha dicho que desea mis servicios —le dijo Dora estirándose como un pavo real.

—Y espero que sean satisfactorios. Me han dado muy buenas referencias —dijo Scott recorriendo su cuerpo con ojos lascivos.

—Soy la mejor. Claro que, el precio que pido es sustancialmente más elevado —le aclaró ella.

—Por eso no tienes que preocuparte, preciosa. ¿Subimos? Vamos, Morris —dijo Scott levantándose.

Dora lo miró petrificada, lo mismo que Morris.

—¿Para qué quiere a este hijo de perra?

Scott sonrió con perversidad mostrándole una bolsa de monedas.

—Tengo gustos digamos... extraños. Aunque, si no queréis jugar, buscaré a otros.

Ella miró el saquito con codicia. Le repugnaba Morris y aún podía sentir su brutalidad cuando se acostó con ella, pero hacia semanas que Freddy no acudía y apenas había tenido clientes.

—Cobraré más —dijo al fin.

—De acuerdo —decidió Scott comenzando a caminar.

—Mi comisión, si quiere que participe, será otra, señor —dijo Morris relamiéndose los labios pensando que podría gozar de Dora.

—He dicho que el dinero no es problema. Moveos.

Tras subir, entraron en un cuarto. Scott corrió el cerrojo y cerró con llave,

guardándosela, sin poder evitar arrugar la nariz. La habitación olía espantosamente mal y la suciedad reinaba por doquier.

—¿Qué desea el señor? —le preguntó Dora acariciándole el pecho.

—Quiero que juegues un rato con Morris, mientras me recreo —le pidió Scott sacando del bolsillo de la chaqueta una soga.

Dora frunció la frente, pero al pensar en el dinero, cambió de actitud y sonrió.

—¿Qué... qué demonios... piensa hacer? —farfulló Morris al verlo.

—Nada que te dañe, amigo. Ahora, quitaos la ropa y, tú Morris, siéntate en esa silla. Te ataremos y Dora te torturará de un modo muy sensual. ¿No es así, pequeña? —dijo Scott esbozando una sonrisa malévola.

Morris dudó unos instantes. Pero pensar que esa zorra acataría las órdenes de ese tipo sin dudar, lo encendió. Con premura se desnudó, al mismo tiempo que la muchacha y ocupó el asiento. Scott le llevó sus manos hacia atrás y lo maniató.

—¿Qué hago? — le preguntó Dora.

—Por el momento, mirar —dijo él acercándose al maniatado.

—¡Maldito hijo de perra, ni lo sueñes! —gritó Morris desencajado.

Scott inclinó el torso.

—Solo quiero que me mires bien, bastardo. ¿No me recuerdas?

Morris, aterrorizado, sacudió la cabeza ante el aspecto iracundo de ese tipo.

—¿No? Deberías —siseó Scott sacando una navaja del bolsillo.

Dora comenzó a caminar. Scott lanzó el cuchillo clavándolo en la puerta.

—Ni se te ocurra, zorra. ¡Siéntate en la cama! —la amenazó. Ella obedeció y Scott volvió a encararse con Morris —. Tendré que refrescarte la memoria. Hace un par de años atacaste a un tipo en un carruaje y lo entregaste a un barco para que lo mataran. ¿Recuerdas ahora?

Morris volvió a negar con énfasis y Scott, caminó hacia la puerta y arrancó la daga. Volvió junto a él y dejó que la punta del cuchillo rasgará levemente la piel de su pecho.

—¡Ah! —gimió Morris retorciéndose con angustia.

—Esto es solo el principio si no hablas. Así que, te sugiero que lo hagas y pronto. ¿Has comprendido? ¿Te contrato Freddy?

—Yo no sé... nada... ¡Lo juro! —jadeó Morris.

Scott volvió a herirlo.

—Es una estupidez protegerlo. En cuanto se entere qué sé lo que hicisteis,

te matará. En cambio, si colaboras, seré generoso. Evitaré que tú cuello sea cortado por el hacha. ¿No te parece mejor solución?

Morris asintió con vehemencia.

—¿Fue él? —le preguntó Scott.

—Sí, señor.

Scott sonrió satisfecho.

—Yo no tengo nada que ver en esto. ¿Puedo... puedo irme? —musitó Dora realmente aterrorizada.

Scott se acercó a ella y levantándole el mentón con brusquedad, le lanzó una mirada colérica.

—¿Qué no tienes nada que ver? Estoy seguro que ese hijo de perra te lo contó con todo detalle. Algunos tipos son imbéciles y se pavonean de sus actos cuando están con una mujer en la cama. ¿No es cierto?

Ella comenzó a llorar.

—¡No me vengas con cuentos, zorra y habla de una maldita vez! —rugió él amenazándola con el cuchillo.

Dora tragó saliva.

—Freddy... Él se sentía muy satisfecho con... con lo que había obtenido. Una noche me contó que estaba prometido a una mujer muy rica, pero que le impedían casarse con ella. Así que... que decidió deshacerse de usted.

—¿Ella también participó en el plan? —preguntó Scott casi con temor.

—Esa chica nunca se enteró de nada. ¡La pobre pensaba que Freddy era un ángel! Pero se equivocaba. El plan de Freddy era seducirla para que quedase embarazada, pero esa mujer no aceptó y como no quería casarse con la chica que su padre le había buscado, decidió matarla e inculpar a esa desgraciada del crimen, para heredar su cuantiosa fortuna.

El rostro de Scott se tensó. ¡Señor! Caroline era inocente de todo y él la había torturado de un modo brutal y jamás se lo perdonaría.

—¿Sabe alguien más esto? —preguntó recuperando la frialdad.

—No —contestaron Morris y Dora.

—Espero que a partir de ahora vuestras bocas estén selladas. Ahora, me escucharéis atentamente. Tú —dijo señalando a Dora — te mantendrás oculta durante un tiempo. Ya te daré dinero para que sobrevivas. Y si descubro que me traicionas, te rajaré la garganta sin contemplaciones. ¿Comprendido?

Ella asintió con el rostro pálido.

—Morris, te reunirás con Freddy y le contarás que te han dicho que Scott Darby está vivo y que vive en la calle Boyle, junto a Caroline Taylor, la mujer

que traicionó.

—¡Si descubro que lo engaño, me matará! —protestó Morris.

—Y yo si no obedeces. Sugierele que lo mejor que puede hacer es acabar con nosotros. ¡Ah! Y a parte de pedir una buena suma, solicítale que te deje disfrutar de la mujer.

—¿Por qué razón? —preguntó Morris perplejo.

—Conozco tus perversidades y a una chica que logró sobrevivir a tu barbarie. Freddy no aceptará, pero no dudará en entrar en la casa para cometer él mismo esa atrocidad, amparándose en la coartada de que has sido tú delatándote posteriormente. Pero yo estaré aguardándolo —dijo Scott sonriendo con complacencia.

—¿Y si no acepta?

—Lo hará o podría perder lo que ha obtenido, junto con su cabeza. Cuando lleguéis a un acuerdo, me adviertes del día y la hora que piensas acudir a casa para asesinarme. ¿Has comprendido? —dijo Scott poniéndose la chaqueta.

—Sí, señor —musitó Morris mirándolo con temor.

—En ese caso, ya no tengo nada que hacer aquí —dijo Scott encaminándose hacia la puerta.

—¡Eh, no pretenderá dejarme así! —exclamó Morris retorciéndose.

—Por supuesto que no, pero antes quiero que veáis a un hombre que se convertirá en vuestra sombra. Y si me informa que alguno ha intentado delatarme a ese bastardo, os matará sin contemplaciones —contestó Scott abriendo la puerta. Cerró con llave y bajó las escaleras visiblemente satisfecho. Estaba a punto de cumplir su venganza. Aunque, al recordar a Caroline, su rostro adquirió un rictus de tristeza, al comprender que la había perdido.

Scott besó largamente a Caroline y con gesto brusco se separó abandonando la cama. Se dirigió al armario y comenzó a vestirse.

Caroline, con el rostro aún arrebolado por la pasión que habían compartido hacia apenas unos minutos, lo miró con gesto huraño. Lo odiaba por someterla, pero la desfachatez que mostraba aquella noche, la sulfuraba.

—¿Qué ocurre, gatita? —le preguntó él poniéndose los pantalones.

—¿Hace falta que lo explique? —contestó ella.

Él lanzó un suspiro.

—Sabes que no puedes ir a esa fiesta.

—¡Lo sé, maldita sea! ¡Pero ya no puedo más! —gritó echándose a llorar.

Scott se acercó a ella y le acarició el cabello.

—Te prometo que lo solucionaré.

Ella alzó el rostro y sonrió.

—¿Quieres decir que estás pensando dejarme libre?

Scott se apartó evidenciando un ataque de malhumor.

—¿Libre? ¡Ni lo sueñes! Simplemente estoy meditando trasladarnos. En un lugar alejado nadie te reconocerá.

Caroline le lanzó una mirada furibunda.

—O sea, que continuarás manteniéndome bajo tu poder.

—Exacto, gatita —contestó él poniéndose la chaqueta.

—¿Por qué tantas molestias? Te gusta vivir en Londres —dijo ella con ironía saliendo de la cama.

Scott la miró de arriba hacia abajo con desvergüenza.

—Hay algo que me gusta más, y que por el momento no estoy dispuesto a prescindir. Y estoy convencido que tú tampoco.

—No estés tan seguro —masculló ella con el rostro encendido, cubriéndose con la bata.

Él sonrió divertido.

—¿Por qué ese rubor? ¿No crees que sea absurdo después de lo que compartimos?

—Cualquier mujer se avergonzaría de mantener una relación como la

nuestra.

—Y otras morirían de envidia. ¿Me alcanzas el sombrero?

—Hazlo tú —se negó ella sentándose en la butaca.

Scott sacudió la cabeza.

—Será mejor que me marche. No quiero que tu humor de perros me fastidie la noche.

—¡Hazlo de una maldita vez! —le gritó ella viendo como salía del cuarto.

Scott bajó la escalera con celeridad. Salió a la calle y caminó hasta doblar la esquina; mientras un carruaje se detenía ante la casa.

Los ojos azules escrutaron la calle y brillaron ferozmente. Con una leve inclinación de cabeza, ordenó al hombre que aguardaba en la sombra que siguiese a Scott. Unos minutos después, bajó del coche y se encaminó hacia la casa de Scott.

No llamó. Con habilidad forcejeó la cerradura y la puerta cedió.

La casa estaba en silencio. Con cuidado caminó procurando no hacer ruido. Caroline debía estar en su habitación.

La luz en la escalera lo obligó a esconderse en un rincón. Era Caroline. Miró como bajaba y entraba en el salón. Con una sonrisa malvada, abandonó el escondite y entró en el cuarto.

—¡Freddy! ¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —jadeó Caroline empalideciendo.

—Supe que regresaste y deseaba verte.

—¿Te has vuelto loco? Scott piensa que intentaste matarlo. Si te encuentra aquí no tendrá piedad. Por favor, debes irte.

Freddy avanzó sonriendo con perversidad. Ella retrocedió asustada. Aquel rostro no se parecía en nada al muchacho que había dejado dos años atrás.

—¿Es así como me recibes, amor mío? Me decepcionas —dijo él avanzando. Ella volvió a retroceder —. No debes tenerme miedo, preciosa. ¿Recuerdas? Soy Freddy. Tu querido Freddy. Nunca te causaría ningún mal.

Ella lo miró con gesto de reproche.

—Ya no soy una imbécil. Sé que te has casado. Si me hubieses amado no habrías sido incapaz de traicionar nuestro amor.

—Tuve que hacerlo. El marquesado necesita un heredero, querida. Pero te juro que no la amo. Es a ti a quien deseo —respondió él acercándose aún más.

—No lo intentes —siseó Caroline.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso ya no me amas? —dijo él con ojos iracundos.

—Nunca te he amado. Solo fue un espejismo —confesó comprendiendo la verdad.

—No importa. En realidad, nunca me importó. Yo tampoco te quería. Sin embargo, te deseaba con desesperación y eso no ha variado. Así que, quiero que me des lo que siempre me negaste.

Caroline se alejó de él aterrorizada.

—Vamos, preciosa. Supongo que Darby no habrá sido un santo teniéndote en su poder.

—Y será implacable contigo si me tocas. Será mejor que te marches. Si te encuentra aquí, te matará —le aseguró ella.

—¿Scott? Lo dudo. Ya debe de estar muerto —la interrumpió él.

—Dime que no es verdad —musitó Caroline jadeando con angustia.

—¿Acaso he roto tú corazón? ¡Lo siento, querida! No sabía que lo amabas. ¡En fin! Ya está hecho —respondió él con frialdad.

Caroline se apoyó en la mesa intentando poder respirar. ¡Scott no podía estar muerto, no!

—Y ahora, ya no me impedirá de nuevo tenerte —sonrió Freddy con maldad.

—Fuiste tú el que mandó asesinarlo.

—Era necesario, querida. Se interpuso en mis planes. Pero el hijo de perra volvió a fastidiarme. Por lo que no he tenido más remedio que rematar el trabajo que falló hace dos años.

—No puedo creer que un hombre como tú sea tan cruel.

—Cuando la necesidad acucia, hay que sobrevivir, preciosa. Claro que, tú tienes parte de culpa.

—¿Cómo puedes decir eso? —le reprochó ella.

—Te expliqué la solución y te negaste. Mi padre me obligó a comprometerme con Betty, una mujer que aborrecía. Por lo que, no tuve más remedio que deshacerme de ella también e inculparte para conseguir el dinero que necesitaba. Y ahora, no tendré más remedio que acabar contigo, ya que conoces la verdad y no me arriesgaré a que nadie la sepa. Pero antes, me divertiré un poco.

—Gritaré —lo amenazó ella.

—De nada te servirá. Darby ha dado la noche libre al servicio. Estamos solos, querida.

Caroline miró a su alrededor desesperada. En un gesto instintivo, corrió hacia la puerta, pero Freddy se lo impidió atrapándola.

—No, zorra. No escaparás —siseó él apretándola contra su cuerpo.

—¡Serás tú el que no saldrá vivo de esta casa! —rugió Scott

abalanzándose sobre él. Con rabia lo apartó y le asestó un puñetazo en la cara.

—¡Basta! Nos ocuparemos nosotros —le ordenó uno de los soldados que lo acompañaba, apresando a Freddy.

—¡Maldito hijo de perra! ¡Te mataré! —aulló Freddy retorciéndose con desesperación.

—No, muchacho. Ya no podrás. ¡Llévenselo! —dijo Scott abrazando a Caroline.

—No llores, cielo. Estás a salvo —le susurró acariciándole el cabello.

—Pensé que... habías muerto —hipó.

Él sonrió con dulzura.

—Te prometí que no podrías librarte de mí.

Darlene entró en el salón.

—¡Gracias a Dios! —exclamó al ver a Caroline a salvo.

—Por favor, llévala arriba. Volveré enseguida —le pidió Scott saliendo tras los soldados.

Subieron a la habitación. Darlene llenó una copa de brandy y se la ofreció a Caroline.

—Bebe. Te reconfortará.

Caroline rompió a llorar con desgarro.

—Ha sido horrible.

—Lo sé, querida. Pero ha sido necesario para poder atrapar a Freddy. Espero que nos perdones.

Caroline alzó el rostro.

—¿Desde cuando lo sabíais?

—Hace unas semanas.

—Así que hace unas semanas —cuchicheó Caroline. Se levantó y abriendo el armario, comenzó a tirar su ropa sobre la cama.

—¿Qué haces? —le preguntó Darlene desconcertada.

—Está claro. Me voy de esta casa.

—¡No puedes! —casi gritó Darlene imaginando lo que Scott sería capaz de hacer si ella lo abandonaba.

Caroline sonrió.

—Por supuesto que puedo. Ahora se ha demostrado que soy inocente de todo y por lo tanto, libre. Ya nadie puede retenerme contra mí voluntad.

—Scott no...

—¡Al diablo con Scott! ¡Ese bastardo conocía mi inocencia y me ha seguido tratando como a una vulgar... una vulgar esclava! —bramó Caroline

furibunda.

—Compréndelo, querida. No podíamos arriesgarnos a que Freddy sospechara. Lo hemos hecho por tu bien —se excusó Darlene.

—¡Ah! —exclamó Caroline cerrando la bolsa.

Darlene se colocó ante la puerta y la miró angustiada.

—Sé sensata, por favor. ¿Adónde irás? No tienes dinero, ni casa.

—Cualquier lugar será perfecto con tal de perder de vista a Scott —siseó Caroline.

—No puedo permitirlo. Vendrás a mí casa —decidió Darlene.

—¡Ni hablar! Scott iría a buscarme.

—¿Y qué? Como has dicho ya no tiene ningún poder sobre ti. No podrá obligarte a volver con él. Solo si tú quieres.

—¡Antes muerta! ¡Vamos! Este sitio me ahoga —exclamó Caroline apartándola.

Scott no fue a casa de Darlene para exigir que regresase junto a él, ni tampoco se dirigió a ella durante las dos semanas que duró el juicio contra Freddy. Y esa actitud, en lugar de aliviarla, lo único que le provocó fue furia y un dolor espantoso. Scott le demostró que tan solo había sido para ella un mero divertimento sexual, y que su pasión enfermiza había terminado.

Una vez libre y exculpada de los crímenes que se le habían imputado, Caroline decidió regresar a su recién recuperado hogar e intentar olvidar para siempre los años compartidos junto a Scott. Pero el destino parecía querer confabularse contra ella. Jamás podría olvidarlo, porque lo amaba profundamente.

—¿Desea algo más? —le preguntó la doncella deshaciendo la cama.

—Puedes retirarte, gracias —dijo abriendo las puertas que daban al jardín. Hacía una noche bochornosa y salió para intentar aliviar el calor.

—Caroline.

Ladeó el rostro y empalideció al ver a Scott oculto tras unos matorrales.

—¿Qué... qué haces aquí? —dijo sin apenas voz.

—Necesito hablar contigo —dijo él avanzando con lentitud.

—Pudiste hacerlo en innumerables ocasiones antes que regresara a casa. Vete —le pidió ella respirando con agitación.

Scott continuó caminando. La luz de la luna iluminó su cara. Ella, sin poder evitarlo, lo miró fijamente. Estaba ojeroso y ligeramente más delgado. ¡Señor! Tenía un aspecto lamentable.

—No me marcharé hasta que me escuches —se negó él.

—Nada de lo que digas me interesa —replicó ella intentando mostrar serenidad.

—¿Ni siquiera oír que te amo con desesperación? —musitó él mirándola con tristeza.

El corazón de Caroline brincó sobresaltado al escucharlo. ¡Deseaba tanto creerlo! Pero no podía confiar en él.

—¿Pretendes que te crea después de cómo me has tratado? ¡Qué desfachatez! —exclamó Caroline intentando ocultar la alteración que sentía.

—Sé que te hice mucho daño. Y te pido perdón por ello.

—Es demasiado tarde. Ahora, que ya sé a lo que has venido, puedes irte —dijo Caroline encaminándose hacia su habitación.

Scott no se dio por vencido y fue tras ella.

—Nunca lo es, Caroline. No si permites que seamos felices por primera vez en nuestra vida.

—¿Tú precisamente me ofreces felicidad? —susurró ella mirándolo con gesto triste.

—Fui una bestia, lo acepto. Te torturé sin piedad. No por creer que habías intentando matarme. En el fondo sabía que eras inocente. Si no, por los sentimientos que me provocabas. No quería aceptar que la dulce Caroline había vencido la frialdad y el rencor que me embargaban. ¿Puedes imaginar por un momento como me sentía? Estaba loco por una mujer que amaba a otro. Al que contrató a unos tipos para que se deshicieran de mí. Y me ensañé con una rabia ilógica y cruel... Sé que jamás podré recompensar ese infierno y comprenderé que me apartes de tu vida como un perro...

Dejó de hablar. Sus ojos estaban húmedos.

Scott...

—No, deja que termine. Te prometo que después no volveré a molestarte. Sé que obtener tu amor es imposible; sin embargo, te pido el perdón, Caroline. Solo así encontraré un poco alivio al dolor que me corroe; pues nada podrá apartarlo si no te tengo a mi lado. Pero lo necesito.

Ella alzó la mano y con la yema del dedo atrapó una de sus lágrimas.

—¿Cómo puedo creer en ti después de lo que ha pasado entre nosotros?

—Haré lo que sea para demostrártelo —dijo él con vehemencia.

—¿Lo que sea? ¿Y si te pido que te marches y que no quiero que me molestes nunca más? —susurró ella.

Él rostro de Scott se contrajo en un rictus amargo.

—Lo haré, si con ello puedes ser feliz. Esa es mí única aspiración ahora, que seas dichosa a mi lado o con quien deseas.

Caroline se mordió los labios.

—¿Y si no es amor lo que sientes, que se trata tan solo de lujuria?

Él acarició su cabello con ternura.

—Lo único que sé es que, cuando te marchaste a casa de Darlene, mi primer impulso fue correr tras de ti para obligarte a volver conmigo. Pero comprendí que no podía hacerlo. Que no quería si tú no volvías por propia voluntad. Que lo único que de ti ambicionaba era tu amor. Esperé semanas

lleno de angustia, pero tu indiferencia me hizo comprender que no querías volver a verme. Intenté vencer las ansias de venir a buscarte. He sido incapaz. Si no estás a mi lado apenas puedo respirar y nada de lo que tengo alrededor me importa. Estás clavada en mi alma y esa espina jamás podrá ser arrancada...

Caroline, sollozando, se abrazó a él.

—Puede que cometa una locura, pero no puedo dejar que te marches, porque también te amo. En realidad siempre te he amado; incluso cuando me humillabas no podía evitar quererte.

Scott la apartó y la miró con ojos brillantes de esperanza.

—Juro que nunca te arrepentirás de esto, cielo. Nunca haré nada que te disguste. Obedeceré en todo con tal que seas feliz.

—¿Serás mi esclavo?

—Hasta el fin de mis días, señora mía.

Ella le tomó el rostro entre las manos y lo miró con gesto dulce.

—No quiero que seas mi esclavo. Quiero que apartes el odio de tu corazón e intentes ser feliz. Quiero que seas un hombre libre para amarme incondicionalmente.

—Mi corazón ya no odia. Ahora ama. Ama a una mujer maravillosa, que a pesar de todo el mal que le causé, me ha perdonado.

—Los dos nos hemos lastimado. Pero esto pertenece al pasado. Ahora debemos mirar hacia el futuro.

Scott, con ojos húmedos, dibujó una media sonrisa.

—Te prometo que en ese futuro siempre me tendrás adorándote.

Caroline negó con la cabeza.

—Nada de adoraciones. Quiero que me trates como a una mujer de carne y hueso.

—Querida, eso será inevitable. Queramos o no, siempre seremos esclavos de la pasión.